

EN TINTA VERDE

(Novela)



MIGUEL ALFREDO OVIEDO RISUEÑO

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFIA
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2015

EN TINTA VERDE
(Novela)

MIGUEL ALFREDO OVIEDO RISUEÑO

Tesis de Grado presentada al Comité Curricular y de Investigaciones de la Maestría en
Etnoliteratura, como requisito para optar al título de Magíster en Etnoliteratura.

Asesor: Doctor OSVALDO GRANDA PAZ

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFIA
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO

2015

RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de sus autores”.

Artículo Primero del Acuerdo N° 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, Noviembre de 2015.

AGRADECIMIENTOS

Debo agradecer

A Dios por darme la oportunidad de vivir para realizarme e iniciar: en primer lugar, la inestimable ayuda y la constancia de mi Asesor el Doctor Osvaldo Granda que recogió admirablemente mi investigación creación y que con su excelente magisterio me ha ido corrigiendo y asesorando sobre la manera cómo tenía que afrontar las numerosas dificultades aparecidas en las diversas etapas del trabajo.

A mi familia que, en todo momento, me ha apoyado animándome a seguir en la brecha y a llegar a la meta, en especial, a mi esposa Lupe Esmeralda y a mis hijos Alfredo José y Erick Darío.

Por último, señalar que para la realización de este trabajo ha sido imprescindible acudir a varias bibliotecas a cuyos responsables es necesario expresar, desde estas páginas, el más sincero de los agradecimientos por su colaboración y amabilidad hacia mi persona, a quienes me ayudaron en la recopilación de datos como la posterior ordenación y estructuración de los mismos que me han llevado muchas horas de trabajo y numerosos desplazamientos. Debo referirme, en primer lugar, a los responsables de la biblioteca de la Universidad de Nariño, en la que comencé a investigar y a recopilar las primeras informaciones a las que, con el paso del tiempo, se irían sumando nuevos datos que iban fortaleciendo la tesis que se perseguía en el trabajo. Por el volumen de la información recogida, también hay que mencionar a Casa Montalvo en la Ciudad de Ambato y a la Casa Montalvo en la Ciudad de Ipiales, donde he podido encontrar numerosa información en sus respectivas sedes y, además, cosa que es de agradecer, me han enviado, por medio del correo electrónico, numerosas referencias bibliográficas, tanto de obras específicas como de revistas, que he ido incorporando a lo que ya tenía. Gracias a todos los que, con su ayuda, oral y escrita han contribuido a la realización de mi tesis.

DEDICATORIA

Esta tesis se la dedico a Dios quién supo guiarme por el buen camino, darme fuerzas para seguir adelante y no desmayar en los problemas que se presentaban, enseñándome a encarar las adversidades sin perder nunca la dignidad ni desfallecer en el intento.

Y a todos aquellos que me apoyaron moral y fundamentalmente.

RESUMEN

La Novela “En Tinta Verde” consiste en una reconstrucción del proceso de vida y escritura de la obra de Juan Montalvo, en su exilio en la Ciudad de Ipiales. La he realizado cubriendo tres aspectos.

Primero. La aproximación novelística que ofrece un acercamiento a la vida de la gente que tan sólo puede ser realizado por la literatura con su capacidad de exploración en el alma humana y en el devenir social de los pueblos. Por medio de la inclusión de un análisis que considere asuntos tales como las corrientes literarias, orales y artísticas en general con las que dialogo en la obra presentada y las posibles proyecciones de mí trabajo.

Segundo. Esta novela, cuyo título es En Tinta Verde inicia con la llegada del escritor ecuatoriano Juan Montalvo a la ciudad de Ipiales, garantizando una creación limpia de personajes que en virtud de su papel protagonizan la novela y, nos dan un verdadero desarrollo de calidad, para los lectores, promoviendo su desarrollo integral y el de sus potencialidades, en el marco de un enfoque constructivista para manifestar el interés de su lectura de la enseñanza y el aprendizaje, teniendo en cuenta la diversidad cultural, las características e intereses de los personajes, las expectativas de los sitios creados y las demandas sociales. Por medio de una reflexión bibliográfica en torno al género, el contexto y la cadena de influencias que la obra presentada discute o interpela. En lo referente a Juan Montalvo Fiallo

Y, tercero. Uno de los aspectos fundamentales del desarrollo de la novela En Tinta Verde lo constituyen la adquisición de esas historias que solo se conocían oralmente y que al involucrarlas en la novela se vuelven de una competencia comunicativa pasando del lenguaje al ejercicio escrito, intensivo de su capacidad productiva tanto oral como como étnica, en razón de ello los estímulos para su desarrollo en el ámbito de la región, la comunidad y la frontera que se muestra para ver esa realidad entre las gentes de Colombia y Ecuador favoreciendo el desarrollo de relaciones fuertes, que constituirán la base para futuros estados de unión fronteriza.

Otro de los componentes de la novela *En Tinta verde* lo constituye el amor que se muestra impregnado en la historia que narro con personajes de ficción que deberán enfrentar varios obstáculos por la felicidad.

En esta novela como caso particular me he ocupado de desarrollar personajes de un carácter étnico de zonas rurales centrado en el mundo andino, mostrando una experiencia total e integral que forma parte de la vida, unida al juego, la danza y a la canción que me permite también recrear el uso de personajes a través de la narrativa y la poética al mismo tiempo. Consignando los hitos del proceso de escritura de la obra que consideré relevantes para la formulación de la misma.

ABSTRACT

The Novel "At Ink Green" is a reconstruction of the life process and writing the work of Juan Montalvo, in exile in the city of Ipiales. I've made covering three aspects.

First. The novel approach that offers an approach to life of the people can only be done by literature with its ability to scan the human soul and social future of peoples. Through the inclusion of an analysis that considers issues such as literary, oral and artistic trends in general with whom I dialogue in the work presented and possible projections of my work.

Second. This novel, whose title is in green ink begins with the arrival of the Ecuadorian writer Juan Montalvo to the city of Ipiales, guaranteeing a clean character creation that under the novel starring role and give us a real quality development, to readers, promoting their development and their potential as part of a constructivist to express interest in reading teaching and learning approach, taking into account cultural diversity, the characteristics and interests of the characters, sites created expectations and social demands. Through a bibliographic reflection on gender, context and chain influences the work presented or discussed challenges. Regarding Juan Montalvo Fiallo

And third. One of the fundamental aspects of the development of the novel in green ink constitute the acquisition of those stories that were known only orally and to involve them in the novel become a communicative language competence passing the written test, intensive production capacity both orally and as ethnic, because of this stimulus for development in the region, the community and the border shown to see that reality among the people of Colombia and Ecuador favoring the development of strong relationships, which constitute the basis for future joint border states.

Another component of the novel in green ink love what is shown steeped in history narrated by fictional characters who will face several obstacles to happiness.

In this novel as a particular case I have been concerned to develop characters of an ethnic character of rural areas centered in the Andean world, showing a full and comprehensive experience that is part of life, attached to play, dance and song that allows me also recreate the use of characters through the narrative and poetic at the same time. Consigning the milestones of the writing process of the work that I considered relevant to the formulation of it.



TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN	13
INTRODUCCIÓN	18
CAPÍTULO I	26
CAPÍTULO II	30
CAPÍTULO III	39
CAPÍTULO IV	47
CAPÍTULO V	53
CAPÍTULO VI	58
CAPITULO VII	69
CAPITULO VIII	75
CAPITULO IX	80
CAPITULO X	86
CAPITULO XI	102
CAPITULO XII	114
CAPITULO XIII	120
CAPITULO XIV	128
CAPITULO XV	133
CAPITULO XVI	136
CAPITULO XVII	140
CAPITULO XVIII	146
CAPITULO XIX	150
CAPITULO XX	167
CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES	188
PALABRAS FINALES	193
ANEXO 1	194
BIBLIOGRAFÍA	195
CIBERGRAFIA	197

PRESENTACIÓN

Tras el periodo transcurrido desde el inicio de la investigación- creación desarrollado en la Maestría en Etnoliteratura, que tiene que ver con la construcción de una novela y su correspondiente reflexión desde la ficción narrativa, recreando personajes y espacios, permitiendo conocer particularmente a un hombre mítico: Don Juan Montalvo, en el territorio fronterizo de dos países, Colombia y Ecuador, enmarcando una región símil en desarrollo étnico y cultural, he llegado a la aproximación novelística que ofrece un acercamiento a la vida de la gente que tan sólo puede ser realizado por la literatura con su capacidad de exploración en el alma humana y en el devenir social de los pueblos.

Esta novela, cuyo título es En Tinta Verde inicia con la llegada del escritor ecuatoriano Juan Montalvo a la ciudad de Ipiales. Para una adecuada realización de la presente tesis, se hace imprescindible una explicación encaminada a describir el proceso de elaboración seguido en este trabajo que se ha ido enriqueciendo, sin duda, con los numerosos acercamientos teóricos, publicados y aparecidos en gran cantidad de trabajos, preferentemente dedicados a la producción literaria del autor, objeto del presente estudio, a los que hay que añadir algunos aspectos puntuales de la lucha de Juan Montalvo por su supervivencia dentro de las letras.

Asimismo, no debo olvidarme de las aportaciones orales, de quienes por ese acto de tradición, se ha continuado contando en los anales históricos de la ciudad de Ipiales.

La Etnoliteratura en la novela “en Tinta Verde”. Es una disciplina que otorga un “estatus” a esta realidad de las comunidades fronterizas, que junto a Juan Montalvo se desarrollan. La Etnoliteratura entonces hace referencia a lo imaginario, y a lo que se quiere. Dicho esto, la Etnoliteratura se encuentra con los problemas típicos de su realización. Una cosa es la teoría, y otra la práctica. Una cosa es entrever la valía como realidad per se de la literatura étnica, y otra alcanzar un grado de comprensión de la misma desde la perspectiva de las comunidades.

La Etnoliteratura es, por tanto, tema de amplio interés dentro de las realidades culturales. Inicialmente lo que más me llamó la atención para la creación de “En tinta Verde”, como una novela que hace amarras de la ficción, para contar las tres llegadas a Ipiales del Ilustre escritor ecuatoriano Don Juan Montalvo Fiallos. Quien en 1869 llega a Ipiales, su Tebaida. Como dice Alberto Quijano¹. Para volver por dos veces más, siendo la literatura, su pensamiento y su defensa a las comunidades las que harán que pronto se gane la enemistad de los gobernantes que no soportaban la fortaleza de la verdad puesta en la pluma del insigne libelista², por ello, como los desplazados de hoy en día, debió salir al ostracismo, allá en Ipiales, su Tebaida, la Ciudad de las Nubes Verdes, epíteto que se ha conservado como enseña de su amor por esa tierra que le dio amigos y cobijo, sustento y espacio para seguir publicando. El primer periódico editado en Ipiales, en 1870, La Querrela obedece al ingenio y pluma del ambateño.

Sin embargo fue aquí donde escribió sus principales obras: Los siete tratados y se dio génesis, con el Buscapié, al libro que despertaría furor en Latinoamérica y Europa, los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes; Ipiales era un villorrio³ hace 130 años, en donde la vida bucólica giraba en torno a las creencias sin fundamento y al chismorreo propio de los pueblos pequeños, el cura era el centro de atención de todas las pequeñas villas y su voz era doctrina y ley, de ahí que quizá los únicos libros que circulaban hayan sido los eclesiásticos, cuanto no uno que otro libro en torno a la filosofía tomista y otros más de vida de santos y libros de las horas, algunas pocas novelas trasnochadas de la decadencia del romanticismo francés y uno que otra novela española; de ahí que la queja de Montalvo permita entrever la situación no solamente de Ipiales, sino de la mayoría de pueblos, cuanto no ciudades, de la Latinoamérica de entonces; sabía Juan Montalvo que en Colombia se movían ya las modernas corrientes literarias que darían por génesis al modernismo, tal y como lo hace en El Espectador con su artículo sobre La Lira Nueva pero reconocía también la herencia hispánica en el conservadurismo de un Caro⁴ y de un Cuervo⁵, admiradores principalmente de los famosos y ya nombrados Capítulos. Ipiales, en este sentido,

¹ Quijano, Guerrero Alberto (24 de noviembre de 1919 †23 de diciembre de 1995 San Juan de Pasto Colombia) fue un escritor, poeta, historiador, ensayista y humanista nariñense.

² Autor de libelos o escritos infamatorios.

³ Población pequeña y poco urbanizada.

⁴ Caro, Miguel Antonio (Bogotá, 1843 - 1909) Político y escritor colombiano, una de las figuras más singulares de la historia cultural de Colombia

⁵ Cuervo, Rufino José (Bogotá, 1844 - París, 1911) Erudito colombiano. Sus aficiones gramaticales y sus inquietudes humanísticas lo llevaron a entregarse a fondo al conocimiento de la lengua castellana

no era para Juan Montalvo sino un pretexto para denunciar el estado de abandono de la educación y la ausencia en su totalidad de políticas públicas por crear centros de estudio que fomentaran la formación integral del ser latinoamericano.

Sólo restaba encontrar el esquema idóneo con el que ir forjando el armazón de mi novela.

Había que buscar ese esquema general que recogiera los distintos aspectos de cada una de las llegadas de Juan Montalvo a Ipiales. Y así lo hice, con la excepción de su amor que, requería otro tipo diferente de planteamiento, adaptando convenientemente el esquema utilizado para hacer de la novela un texto agradable, por su singularidad, se analiza en último lugar; teniendo que optar por establecer los criterios para el análisis de cada una de las mujeres que pasaron en la vida de Montalvo por separado.

Esto en lo que se refiere a esta excepción. Con el resto de la novela he procurado mantener el mismo esquema aunque, claro está, con ligeras variaciones, por lo que respecta a la forma como estructura, los personajes que la integran.

Cada uno de los capítulos que la conforman se distancian entre sí fundamentalmente por el tema y los procedimientos empleados, aunque algunos comparten determinados objetivos; pretendiendo trasladar a la novela las inquietudes que estremecían la época en que Juan Montalvo se exilió en Colombia, su propio mundo; de este modo, el protagonista, André Sampedro, anuncia una hipotética vida en busca de sus raíces, por lo que también llega a Ipiales.

Acompañado de la ficción, como base de esas etnocomunidades de las que hablaban los grandes escritores que leyeron a Montalvo: Ahí el pensamiento del otro gran libelista Vargas Vila⁶, quien anota que Montalvo “no escribía sino esculpía”; Germán Arciniegas⁷, dice: “Montalvo no tenía otra cosa que su pluma. Otra pasión que la libertad”; Alberto Quijano Guerrero nos muestra la faceta del Cervantes Americano en su Tebaida, su actividad y quehacer durante sus prolongados

⁶ Vargas, Vila José María. (Bogotá, 1860 - Barcelona, 1933) Escritor colombiano. Con estudios incompletos, se dedicó al periodismo y a la política.

⁷ Arciniegas, Germán. (Bogotá, 1900- íd., 1999) Escritor colombiano. Americanista y liberal, su obra abarca una intensa actividad periodística y ensayística.

destierros en Ipiales; Ignacio Rodríguez Guerrero⁸, es quizá el pionero en mostrar la influencia de Montalvo en Colombia y, Julio Cesar Chamorro⁹, artífice de la Casa de Montalvo Núcleo de Ipiales, quien hace un detenido y sentido estudio sobre la lucha que dio el ecuatoriano desde la pluma, resumida en la célebre frase. “Mi pluma lo mató”, en alusión al asesinato de Gabriel García Moreno¹⁰.

En el esquema de acercamiento a la vida de Juan Montalvo he analizado tres facetas primordiales que constituyen el armazón sobre el cual se sustenta la novela escrita:

La primera, las consideraciones sobre la forma, donde se describe la obra y su estructura, y las consideraciones sobre el fondo, sin duda, la parte más subjetiva de la investigación, donde se procura analizar lo más minuciosamente posible los rasgos más importantes, como la caracterización y la capacidad de los personajes para afrontar los obstáculos que se les presentan, o la utilización de ciertos elementos, como pueden ser las constantes, que aportan a la obra una determinada relevancia, a lo que se añade un estudio del campo estilístico, que se desglosa en un estudio del plano semántico y del léxico.

La Segunda, el apartado dedicado a las técnicas narrativas, donde se describen los procedimientos empleados como narrador y la manera, que se utiliza para introducirse y participar en los acontecimientos de la novela “En Tinta Verde”.

Y la tercera faceta, el cuerpo de la obra fundamental, que proporciona numerosos datos que remitían a nuevos materiales. De una parte, hay que destacar la obra crítica existente. Y, de otra, los datos, bastantes abundantes y sumamente enriquecedores (a tener en cuenta por la inestimable información que aportan los contadores o, expresiones orales) incluidos en las diversas revistas y periódicos que se hacían eco de las distintas posturas y épocas, relacionadas de una forma u otra con la obra de Juan Montalvo Fiallos.

⁸ Rodríguez, Guerrero Ignacio (1911-1983), escritor e historiador e ilustre humanista nariñense, fue miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, de la Academia Colombiana de Historia y autor de numerosos obras literarias e históricas.

⁹ Chamorro, Rosero Julio Cesar (Ipiales, 19 de septiembre de 1952), Poeta, escritor, novelista, ensayista, conferencista internacional nariñense. Director de la Casa Montalvo Núcleo de Ipiales.

¹⁰ García, Moreno Gabriel (Guayaquil, Ecuador, 1821-Quito, 1875) Político ecuatoriano. Nacido en el seno de una aristocrática familia de propietarios latifundistas, se doctoró en jurisprudencia por la Universidad de Quito.

En unas, he podido hallar datos puntuales sobre algún aspecto concreto de la producción de Don Juan Montalvo, en otras, una interesante documentación que con el transcurso del tiempo se convirtió en un material de referencia.

Con el inestimable apoyo inicial de mi director de tesis, el profesor Osvaldo Granda, comencé centrándome en el material disponible. Ordenada la información acumulada me dediqué a profundizar en los contenidos de cada uno de los textos para, posteriormente, aplicar convenientemente los análisis que me llevaría a crear una estructura, para mi novela en Tinta Verde. Así como los rasgos más significativos de cada uno de los personajes.

Poco a poco se fueron perfilando los rasgos más representativos del texto - novela.

Además, como complemento, había que diseñar un contexto y una cronología en la que poder situar correctamente la novela dentro de su tiempo y, por último, era necesario sintetizar todo lo visto en unas conclusiones finales adecuadamente justificadas.

Mediante la lectura pormenorizada de las obras de Juan Montalvo, fui entresacando los aspectos más interesantes y particulares de cada una de ellas.

De este modo, esta Tesis abre las puertas al deseo de aportar algo más de luz sobre la producción literaria de Juan Montalvo; con la creación de la Novela “En Tinta Verde” que es el objetivo principal de este trabajo. Es otra forma de ver el arte, la forma de narrar propia de una época concreta, de pensamiento liberal, y de uno de sus máximos exponentes, Juan Montalvo. Sobre todo, estando ante la obra de un escritor que recupera el valor sugestivo de los símbolos.

Estos rasgos específicos fueron los que me llevaron a la realización de este trabajo, así como a la búsqueda de las claves en la narrativa, finalmente, presento esta Tesis con la intención de que pueda ofrecer algo nuevo sobre la producción narrativa y la investigación creación en la Etnoliteratura; tan discutida en ciertos momentos y que, poco a poco, va alcanzando el lugar que merece en la literatura Latinoamericana.

INTRODUCCIÓN

Al abordar la investigación - creación, de la obra de un autor de las características de Juan Montalvo, conviene situarnos en su contexto, planteándome la pregunta fundamental del problema:

¿Es posible la creación de una novela Etnoliteraria, basada en las visitas del escritor Juan Montalvo a la ciudad de Ipiales, a partir de textos orales y documentos archivísticos?

A esto responden cada uno de los capítulos que conforman la novela “En Tinta Verde” dedicados al contexto cultural y cronología, donde realizó un recorrido por los viajes y estadía en la Ciudad fronteriza de Ipiales, en general, en los que el escritor ecuatoriano dejó su huella, más o menos efímera. Con el objetivo general de: Recoger las narrativas etnoliterarias en torno a la presencia del escritor Juan Montalvo en Ipiales, para re-crear los símbolos y personajes en la construcción de una novela cuyo título es En Tinta Verde.

Así como de tener un conocimiento global de su producción literaria. Por medio de los objetivos específicos:

- Identificando el estudio de la historia crítica de orgullo y prejuicio de los grupos actuantes en la novela (indígenas colombianos – ecuatorianos) para encontrar armonía de los dos pueblos con el personaje.
- Reconstruyendo un territorio que abarca la época en la que se basan los relatos, que me han motivado a construir y crear esta novela “En Tinta verde”. Que con esa tradición oral y de identidad literaria se han transmitido a través del tiempo.
- Recreando historias y relatos pertenecientes a un contexto cultural en este caso, la ciudad frontera y el Departamento de Nariño, hechos transmitidos y contados por testigos o contados por otros, ciñéndose a historias falsas o ciertas del escritor Juan Montalvo.

En Tinta Verde la novela se crea a partir de recoger las narrativas etnoliterarias en torno a la presencia del escritor Juan Montalvo en Ipiales.

En cuanto a la investigación se centra en el tema del encuentro con los grupos actuantes, al reconstruir un territorio que abarca la época en la que se basan los relatos, que me han motivado a crear esta novela, como contexto cultural determinado en este caso la ciudad frontera, y hechos que se vienen transmitiendo a través de varias generaciones, ciñéndome a contar historias dejadas por el escritor Juan Montalvo y que son parte de la tradición oral. He aquí que la Novela “En Tinta Verde”, a simple vista parece como una historia de amor y romance, pero en el fondo habla sobre las clases sociales que existían y que no han perdido su vigencia, igual el trato hacia la mujer, que aun rigen en nuestra sociedad.

Eso es la novela “En Tinta Verde”, donde la parte referente a la tinta es el flujo o la corriente que fluye en los episodios de la novela con apartes fundamentales siendo los elementos también personajes como: el árbol donde lloraba Montalvo desgarrando sus cabellos en un sentido de desesperación y lo verde; la atracción hecha en comunicación oral y tantas veces contada en Ipiales, encontrando una razón que determina la frase: Montalvo amó tanto a Ipiales que la llamó “*Ipiales la ciudad de las nubes verdes*” Y que en mi investigación la he encontrado en:

“Paisaje vespertino en Ipiales, el sur de Colombia

Yo he visto en el horizonte de cierto País Andino cuadros portentosos que no hallarán cabida en la imaginación de Milton: " Las nubes repartidas en largas plumas, que se extienden desde el occidente hasta el cenit en forma de abanico...

“El sol en el trópico de Cáncer, se pone justamente tras el Cumbal, coronado de nieve perpetua. En una quebrada del monte se apiñan por la tarde enormes nubarrones; el sol en su descenso los hiere de soslayo, los enciende y arden esas nubes figurando una hoguera suspendida en el firmamento; arden vivamente como las entrañas de un volcán...”

La verdadera importancia para construir una novela sobre Juan Montalvo en Ipiales no radica en la estadía involuntaria de Montalvo en esta ciudad, sino en el rescate de la literatura como directa influencia en el quehacer de la ciudad de Ipiales ya que aquí creó sus mejores obras. Me refiero a “*Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*”, una obra que trata sobre las nuevas aventuras de Don Quijote de La Mancha; “*Geometría Moral*”, un ensayo de corte universal, que gira en torno a la ética, la política y la religión; “*Los siete tratados*”, un escrito que recoge citas

históricas, parábolas y ejemplos, “*Las Catilinarias*”, doce ensayos sobre la política de la época no podemos olvidarnos de la situación del Ecuador en los años setenta del siglo XIX. Las intrigas políticas y los personajes que las protagonizaban, entre otros textos.

La historia se remonta a 1869. Después de que Juan Montalvo se declarase contradictor de Gabriel García Moreno e iba a ser tomado prisionero, entonces se refugió en la legación colombiana de Quito. Después se viene a Ipiales, como exiliado, junto a Manuel Semblantes y Manuel Mestanza, quienes al tener más recursos económicos siguieron su camino a París. Juan Montalvo logró llegar a París, vía Panamá, en 1870, en calidad de exiliado. Ese mismo año volvió a Ipiales, en donde permaneció alrededor de seis años.

La investigación, se hace considerando tres aspectos: la perspectiva, el enfoque y el tipo de novela propiamente dicho, consideración que se hace a continuación.

De acuerdo a la perspectiva, esta es una novela cualitativa, porque se ocupa de abordar aspectos y cualidades de los habitantes de Ipiales y sus descendientes, en la medida que se considera su forma de vida en cuanto costumbres, condiciones de vida, características de pensamiento y actitudes con relación al entorno natural inmediato.

El enfoque aplicado en la novela es el histórico, en la medida que se ocupa de hacer una descripción e interpretación de un hecho real observable y ubicado en un espacio- tiempo.

Y la novela propiamente dicha que es etnográfica, en tanto se presenta una imagen realista y fiel de un grupo humano, un subconjunto social determinado, describiendo sus características en cuanto a forma de vida, manera de ser, de pensar y de actuar en torno a su relación con la naturaleza o entorno natural inmediato y unido al quehacer literario y de pensamiento.

Según el filósofo francés Paul Ricoeur¹¹ dividió la mimesis¹² en tres fases: las que utilizo en la creación de la Novela “En Tinta Verde” la primera consiste en la estructuración del texto y la organización y presentación de la trama. La siguiente etapa gira en torno al propio desarrollo del

¹¹ Ricoeur, Paul (Valence, 1913) Filósofo francés. Profesor en la Sorbona y en Nanterre, su filosofía es una fenomenología de la voluntad (Lo voluntario y lo involuntario, 1950; Finitud y culpabilidad, 1960).

¹² Mímesis o mimesis es un concepto estético. A partir de Aristóteles se denomina así a la imitación de la naturaleza como fin esencial del arte.

contenido, entrada y desarrollo de las visitas de Juan Montalvo a la Ciudad de Ipiales, mientras que la última fase es la reconfiguración del material, creando una obra diferente.

El método empleado para su realización lo efectúe primero como un boceto para concretar mis ideas, cumpliendo pequeñas metas a alcanzar para llegar a un todo. Realizando un esbozo del arco de cada personaje, una especie de diagrama de Venn¹³, mostrando cómo se relacionarán las diferentes historias de los personajes. En cuanto a la parte de la investigación, he utilizado la biblioteca y el internet para encontrar la mayor parte de la información que necesito. Así como la tradición oral y las visitas a Ambato e Ipiales. Dado que investigar también puede influir en el alcance y contenido de mi novela.

El corpus¹⁴ estudiado: Juan Montalvo (1832-1889) En lo que se refiere a los estudios, se han realizado a partir de las ediciones que ofrecen una mayor garantía.

La producción literaria de Juan Montalvo se desarrolla en varios campos, sobre todo en el periodismo político de corte liberal, dirigido contra los dirigentes conservadores de su país: “El Cosmopolita” y “Las Catilnarias” (1866-1882). En junio de 1876 aparecen los escritos que constituirían “El Regenerador”, serie que se publicará hasta 1878. El más importante de estos escritos es “Lecciones al Pueblo”.

En su libro “Siete tratados” (1882) trata temas filosóficos, episodios de la historia hispanoamericana, personalidades del continente. Su interés por la obra de Cervantes le hace escribir “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” (1895). Además se destaca “Geometría moral” (1917), donde hace consideraciones sobre la ética. Otros títulos suyos son “Mercurial eclesiástica” (1884), “El Regenerador” (1878) y “El Espectador” (1888).

La producción literaria comienza en:

¹³ Los Diagramas de Venn son un tipo de Organizador Gráfico que permiten entender las relaciones entre conjuntos. Un típico Diagrama de Venn utiliza círculos que se sobreponen para representar grupos de ítems o ideas que comparten o no propiedades comunes. Su creador fue el matemático y filósofo británico John Venn quién quería representar gráficamente la relación matemática o lógica existente entre diferentes grupos de cosas (conjuntos), representando cada conjunto mediante un óvalo, círculo o rectángulo.

¹⁴ Un corpus lingüístico es un conjunto amplio y estructurado de ejemplos reales de uso de la lengua. Estos ejemplos pueden ser textos o muestras orales

1832. nace (13 abr, Ambato, prov. Tungurahua, Ecuador)
1859. regresa a su país (estancias en París y Roma) e inicia campaña política contra régimen autoritario y conservador del presidente Gabriel García Moreno
1866. funda el periódico El Cosmopolita
1868. ha de exiliarse en Ipiales, Colombia
1874. La dictadura perpetua: exposición de sus ideas políticas
1880. Catilinarias: contra nuevo presidente: tendrá nuevo exilio
1882. pública en París de Siete tratados: finísima prosa sobre temas de educación y moral
1886. (1886-1888) El espectador (4 vols. ensayos)
1889. muere (en París)
1895. publicación póstuma Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: conjunto de narraciones concebidas como interpolaciones del Quijote.
Sus escritos morales y políticos ejercieron profunda influencia sobre el pensamiento y la literatura hispanoamericana de finales del siglo XIX

Fragmentos de una vida truncada

Quiero que la suerte de este libro comience a cumplirse, en la ciudad de Ipiales. Donde vivió su exilio, sus amores y cuya imagen no se le fue del corazón entre sus numerosas impresiones de países extraños, o en medio de los azares y congojas, de su vagabundeo de desterrado.

No en otro punto que en este que también es mi Ciudad debía tomar camino mi Novela "En Tinta Verde" sobre el más insigne de los escritores ecuatorianos, a quien he creído comprender y amar a través de lecturas y expresiones de oralidad.

Su obra inicial, titulada "El cosmopolita", vino a ser también, de entre las suyas, la que primero llegó a conmoverme. Estoy seguro de que hasta me prendió desde entonces un sabor de preferencias que se ha resistido a declinar, aunque sin extinguir el gusto paulatino y consciente por el resto de su producción.

Pero hubo otro carácter de la literatura de Montalvo que me resultó también determinante en el sesgo de los intereses de creación e investigación, y cuya persistencia alcanzó a encarnar en el fruto que estoy entregando.

Es el carácter de fragmentos íntimos que contienen muchas de sus páginas. Expuestas todas con una encantadora sabiduría de una vida truncada por la persecución y el destierro, esto no solo halaga mis vehemencias por las gracias de su estilo, sino que me provocaban el deseo de conocer mejor los detalles de su existencia. De aproximarme a ésta.

Me fue llegando así, en ese encadenamiento de revelaciones, los fragmentos de sus obras, y el placer de visitar la Ciudad de Montalvo, la Ciudad de Ambato, en los cuales no dejaba de andar por entre los muros de los lugares de Montalvo, ni por entre la añejez de los huertos y las habitaciones de su quinta paterna de Ficoa, allá más arriba del río, cuyos sollozantes rumores me los sé de memoria.

Y esta acá presente la Etnoliteratura en la novela “en Tinta Verde”. Que es una disciplina que otorga un “estatus” a esta realidad de las comunidades fronterizas, que junto a Juan Montalvo se desarrollan. La Etnoliteratura entonces hace referencia a lo imaginario, y a lo que se quiere. Dicho esto, la Etnoliteratura se encuentra con los problemas típicos de su realización. Una cosa es la teoría, y otra la práctica. Una cosa es entrever la valía como realidad per se de la literatura étnica, y otra alcanzar un grado de comprensión de la misma desde la perspectiva de las comunidades. La Etnoliteratura es, por tanto, tema de amplio interés dentro de las realidades culturales.

Mi Montalvo, gracias a ello, no es un Montalvo de hechura oficial, para los discursos patriotericos o políticos, las ceremonias o las consagraciones de aniversario.

Es, intentar ser, un Montalvo de verdad, entretejido con los nervios de una criatura viva. Un Montalvo que si se crispa de cóleras y belicosidades, también muestra sus despechos y aflicciones, y se conmueve de ternuras y melancolías. Un Montalvo cuya dignidad le lleva a usar en los círculos urbanos de consideración, su frac de paño fino, su sombrero de copa y sus guantes

de gamuza, pero cuyo medio nativo le obliga también a calzarse frecuentemente las botas de montar y las espuelas, y a meterse en poncho de lana y tosco sombrero corriente, para trotar en su caballo, bajo los soles y las lluvias, alborotando el polvo y el lodo de los caminos de las cordilleras del Sur de Colombia.

Un Montalvo que confiesa sus vanidades y sus pasiones. Que muestra su carácter impar en las batallas pacientes y angélicas para el embellecimiento de la frase, pero también en las impacientes batallas de las borrascas diabólicas de su existencia. Y de sus amores.

Que se va levantado en medio del contraste que producen las dentelladas de la envidia de su país y las alabanzas de la crítica.

Que saborea rencores y olvidos mientras llega a ser el iniciador del modernismo literario hispanoamericano, el fundador del ensayo moderno en nuestra lengua, y el más eminente de los escritores del Ecuador.

Un Montalvo que acierta a vislumbrar su celebridad y que, no obstante, sufre repetidos desalientos. Que ama y desama. Que además padece hambre, cansancio, soledades. Que soporta inhibiciones y vergüenzas. Que tropieza y se equivoca. Que se revuelve en desesperanzas y quebrantos. Y que un día, agotadas todas las defensas, se rinde a la muerte.

He de decir, por fin, que he peregrinado por un buen número de lugares, buscando sus huellas, evocando su presencia espiritual.

EN TINTA VERDE

NOVELA

Tu obra grande
es una voz que suena poderosa
dando aliento y vigor. Llor eterno
al hispano gigante celebrado
que creó la epopeya de la burla
mezclada con lágrimas dolientes (. . .)
¿Cómo no has de acercarte hasta la cumbre
si Cervantes te lleva de la mano?.
Rubén Daría, A Juan Montalvo

CAPÍTULO I

A eso de la una de la madrugada regresó de su oficina de trabajo, despidió a la empleada quien dejó encendido todas las luces, y sentándose en una butaca en la sala se cubrió, el rostro con las manos.

Sacudió la cabeza, se levantó de un salto de la butaca, dio un par de vueltas por la sala, y tomó asiento detrás de la mesa del escritorio; después, abriendo uno tras otro todos los cajones, se puso a revolver papeles, cartas antiguas, la mayor parte cartas de mujeres. El mismo ignoraba por qué hacía eso, pues no buscaba nada. Su único objeto era librarse, por medio de cualquiera ocupación, de los pensamientos que le perseguían como una pesadilla.

Encontró un cuaderno, lo abrió y efectivamente empezó a leer fragmentos escritos, unos con rabia, otros con tristeza y como si se encontrara frente a un público recito:

—Las Catilnarias, obra escrita en el destierro. Y, aunque este hecho vital, y hasta existencial, marca buena parte de las obras de Juan María Montalvo Fiallos, quizá en Las Catilnarias se ha dicho, más que en ninguna otra obra suya, el hierro candente de la ira se hace palabra. Este estereotipo con el que ya varias generaciones de lectores han acudido a sus páginas, ha merecido que la obra se divulgue bajo el singular sobrenombre de “libro de los insultos” y a su autor, a la vez, se le atribuya el ponderado reconocimiento de “gran insultador”.

Cerro el cuaderno y buscando entre el desorden del escritorio encontró el Libro de las Catilnarias, se lo llevó al pecho con dos manos y apretándolo se extravió en la noche.

Nunca había sentido tanto cansancio físico y moral. Había pasado parte de la noche en una reunión con hermosas mujeres y señores de gran capacidad intelectual. Muchas de aquellas eran bonitas; la mayor parte de los hombres jóvenes con talento e ingenio; él mismo se había mostrado en la conversación interlocutor agradable y hasta brillante. Y, a pesar de todo, nunca se había visto tan irresistiblemente acogido y solicitado, había cambiado poco a poco como una

En Tinta Verde

obsesión, como un tic, como una evasión iba desarrollando una técnica de escritura basada en crear fragmentos de historias a partir de visiones inexistentes.

En la adolescencia, cuando en una prueba de orientación vocacional le aplicaron un test, se sorprendió: ¡decir algo a partir de una imagen! Esto por un lado le recordó los viajes hacia el sur a la frontera, tierra de sus abuelos con quienes veían nubes verdes, recostados sobre el pasto y por otro lado le resultaba muy fácil hilar una historia a partir de una mancha.

Las pruebas indicaron que debería ser astronauta. ¿Quién iba a imaginar que terminaría de historiador? —De cuentos y leyendas— realmente la tierra, sus planetas y el universo no le quedaban y los viajes espaciales definitivamente menos.

Fue mientras estudiaba para un examen cuando uno de sus compañeros le describió el método para inducir alucinaciones visuales aplicando presión a los ojos.

Siempre buscó la vida sana, pero le gustaban las percepciones sensoriales atípicas, artificiales; en fin, era afecto al autoengaño sensorial: sexo sin pareja, ruidos sin sonido, imágenes sin luz.

Cerró sus párpados, y con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda oprimió sus ojos hasta que las imágenes empezaron a llegar. Si hubiese sido más joven, hubiera llorado de fastidio, de angustia y de enervamiento; un amargor corrosivo y punzante como el de la cicuta llenaba su alma entera; cierto no sé qué denso, helado, tétrico, le envolvía por todas partes como una oscura noche, y no podía desembarazarse de esa oscuridad, de ese amargor. Era inútil recurrir al sueño: presentía que el sueño no iba a acudir en su auxilio.

Insensiblemente se sumió en largas y lentas reflexiones, inconexas y tristes. Meditó acerca de lo vano, inútil y vulgarmente embustero de las cosas humanas. Todas las épocas de la vida — acababa de cumplir cincuenta y dos años — desfilaron unas en pos de otras ante los ojos de su pensamiento, y ninguna de ellas encontró gracia ante él.

¡Agitarse siempre en el vacío y la nada, andar siempre dando tajos y mandobles al aire, siempre embelesarse medio cándido medio consciente con el señuelo de vanas quimeras! “Es una vaina carajo, es una vaina, que sobre cualquier tarima los hombres siempre queden encima y

las mujeres debajo. Es una vaina carajo”. — Dice un dicho popular —. Luego, de pronto, cual nieve que nos cae en la cabeza, ver llegar la vejez y con ella su compañero, el temor a la muerte, ese temor que nos corroe y nos roe sin cesar. Después, por último, ¡el chapuzón en el abismo!

¡Y gracias si transcurre así la vida! Porque más de siete veces siete, vez, antes del fin, como la herrumbre ataca al hierro, llegan los achaques y el sufrimiento. La vida no se le aparecía como ese mar de olas tumultuosas que describen los poetas; se la representaba llana como un espejo, inmóvil, transparente hasta en sus más oscuras profundidades; sentado al filo vacilante, abajo, en el fondo del abismo oscuro y fangoso, entreveía vagamente, a semejanza de peces enormes, formas monstruosas: eran todas las miserias de la vida, enfermedades, pesares, demencia, ceguera, pobreza. Y ante su vista sale de las tinieblas uno de esos monstruos; sube, sube sin cesar; se hace cada vez más visible, cada vez más horriblemente distinto. Un momento más, y, levantado por el lomo del monstruo, va a estrellarse y romper la cornisa donde se encuentra. Pero de nuevo parece desvanecerse la forma, desciende el monstruo, se vuelve al fondo y se queda allí tendido, agitando apenas su oscura cola. Sin embargo, tiene que venir el día fatal en que tumbe la cornisa.

Mientras observaba por la ventana las luces neón de un aviso de anuncios para distraerse, saboreo entre la comisura de sus labios la grasa de una “hamburguesa”, se conformó la historia que terminaría siendo una novela. El personaje principal, Don Juan Montalvo Fiallo, realmente era cursi con sus bigotitos, con su exilio en una frontera desconocida como si se hubiera fugado de su casa. Él lo convirtió, le dio una humanidad y sensibilidad asombrosa, lo hizo fuerte y con innombrable personalidad, y para no complicarse el trazo del personaje lo hizo un hombre en el sentido coloquial de la palabra.

El lugar lo seleccionó de sus recuerdos, como en un mar que cada día llegaba a la playa, así llegaban a él las olas de recuerdos, de su familia de su pasado de la frontera; de un Ipiales que conoció de niño y que aún persistía por llamarlo. Los personajes secundarios, de tarjetas de presentación de: nutriólogos, plomeros, dentistas... y la trama de esos cuentos que había escuchado de su familia en el sur: conversaciones, anécdotas, lectura de cartas, y su imaginación. Bueno ahora para su novela intentó otra manera de escribir, pero fue un fracaso no lo logro, por lo que decidió volver al camino seguro y conocido.

En Tinta Verde

Era frecuente encontrarlo observando y tomando notas meticulosamente frente a grandes libros en la biblioteca nacional, en escuelas, oficinas gubernamentales. De hecho tenía una ruta preestablecida, que seguía meticulosamente, con el sigilo más grande, con el consabido amor pasional que le tenía a la letras, claro está, esto no cambia tan rápidamente.

Murió en la carretera de la salida al mar, recorriendo el sector occidente, cuando en el punto denominado la nariz del diablo su auto, tras un pequeño vuelo, cayó más de cincuenta metros desde los balcones de la vía y aterrizó justo al paso de un camión, frente al monumento de la virgen de Las Lajas. Los testigos dicen que creyeron que se trataba de la filmación de un programa de la tele por lo espectacular del accidente y de la explosión; los agentes de tránsito dictaminaron que se debió haber dormitado al volante, pues no había mucho tráfico a esa hora y, según se supo después, no había ingerido alcohol con anterioridad, lo que desechó otra de las posibilidades principales.

Mi hipótesis, que por respeto a la memoria del abogado André Sampedro al cual llamaban “Chapita” —porque o está pegado a la botella, o tirado en el piso—. No he exteriorizado públicamente, es que chocó por estar conduciendo y leyendo o entro en crisis de las frecuentes que tenía cuando a su mente llegaban fragmentos de la vida de su bisabuelo.

CAPÍTULO II

Por en medio del bosque, en la oscuridad profundísima de una noche sin estrellas, un hombre completamente solo seguía a pie el camino aún en construcción antes de llegar a Rumichaca; un trayecto de muchos kilómetros, a través de los campos de papa que abundan en aquellas regiones. Tan densa era la oscuridad, que no podía ver el suelo que pisaba y, por lo tanto, no sentía el inmenso horizonte sino fuera por los silbidos del viento de agosto, ráfagas inmensas que llegaban, desde los volcanes Chiles y Cumbal, heladas de haber barrido las nieves perpetuas de los cerros.

Nuestro hombre había salido de Quito a eso de las dos de la tarde. Caminaba a paso ligero, acompañado de la recua dando diente con diente, mal abrigado por el raído algodón de su chaqueta y la pana vieja de sus pantalones. Un paquetito, envuelto en un pañuelo a cuadros, le molestaba mucho; y lo apretaba contra las caderas, ya con un brazo, ya con otro, para meterse en los bolsillos las dos manos a la vez, manos grandes, de las que en aquel momento casi brotaba la sangre, a causa del frío. Una sola idea bullía en su cerebro, una sola: la esperanza de que haría menos frío cuando amaneciese. Llevaba varios días ya caminando, cuando allá a la izquierda, a dos kilómetros de la frontera, advirtió unas hogueras vivísimas que parecían suspendidas en el aire, y no pudo resistirse a la dolorosa necesidad de calentarse un poco las manos.

Se internó en un camino accidentado. El caminante tenía a su derecha una empalizada, una especie de pared hecha con tablas, que servía de valla a la entrada de una finca; mientras a su izquierda se levantaba un matorral, por encima del cual se veía confusa la silueta de un pueblito de casitas bajas y tan regulares, que parecían estar hechas por el mismo molde. Anduvo otros doscientos pasos. Bruscamente, al salir del recodo de un camino, volvió a ver las luces y las hogueras ante sí, más cerca, pero sin que pudiera todavía comprender cómo brillaban en el aire, en medio de aquel cielo oscuro, semejantes a lunas verdes en medio del humo de un incendio. Pero acababa de llamarle la atención otro espectáculo a raíz del suelo. Era una gran masa, un montón de construcciones, en el centro de las cuales se erguía la chimenea de una hoguera;

En Tinta Verde

algunos destellos de luz salían de las ventanas; cinco o seis faroles tristes se veían en el exterior, colocados en postes de madera; y de en medio de aquella aparición fantástica envueltas en humo y en la oscuridad, salían extrañas nubes de color verde.

Entonces el hombre comprendió que ese pueblo sería el suyo. Pero le dio vergüenza acercarse. ¡Así como así, no iba en busca de trabajo! En vez de dirigirse hacia la casa principal, decidió acercarse hacia la hoguera, donde ardían tres montañas de tamo, que alumbraba y calentaba a los trabajadores. Empleados en el corte debían de haber trabajado hasta muy tarde, porque aún estaban sacando trigo y cebada. Desde allí vio a los campesinos e indios empujando los carros, y distinguió sombras vivientes volcando las carretillas y haciendo montones de tamo alrededor de las hogueras.

— Buenas noches — dijo, acercándose a una de ellas.

El carretero, que era un anciano vestido con una ruana de lana de oveja, y abrigada la cabeza con un sombrero, estaba en pie, de espaldas a la lumbre, mientras el caballo, esperaba, con la inmovilidad de una estatua, a que desocuparan las seis carretillas que arrastraba. El trabajador empleado en esta faena, un hombre aindiado, no se daba prisa, tomando con calma la operación de ir aumentando los bultos de cosecha.

— Buenas noches — respondió el viejo.

Hubo un momento de silencio. El hombre, al advertir que lo miraba con desconfianza, se apresuró a decir su nombre.

— Me llamo ¡Juan Montalvo!

Las llamas de la hoguera lo iluminaban, y gracias a ellas se veía que representaba al menos cuarenta años, bien parecido y de aspecto fuerte, a pesar de sus facciones delicadas y sus miembros menudos, cerraba su cara con un bigote rectilíneo.

Una ráfaga de viento les cortó la palabra. Luego Montalvo, señalando el montón sombrío de las casas grandes que había al pie de la plataforma, preguntó:

— Es el centro del pueblo, ¿verdad?

En Tinta Verde

El viejo no pudo contestar. Un violento acceso de tos se lo impidió. Al fin escupió, y su saliva dejó una mancha en el suelo, enrojecido por la brasa.

— No, esto es un molino, se llama los cilindros; Ipiales queda más allá

Y señaló, con el brazo extendido, el pueblito. Pero las seis carretillas estaban vacías, y el viejo hizo crujir la fusta que llevaba en la mano, andando con trabajo a causa de los dolores reumáticos que atormentaban sus piernas. El caballo echó a andar, arrastrando las carretillas crujendo sus ruedas, en medio de un nuevo vendaval que le erizaba las crines.

Ipiales iba saliendo como de un sueño ante la vista de Juan Montalvo, que mientras se calentaba en la hoguera sus entumecidas manos, miraba y distinguía cada una de las partes del molino, el taller de herrar, el pozo, la espaciosa casa para la máquina trilladora y la torrecilla cuadrada del molino y los galpones de trabajo y almacenamiento del grano. Aquel molino, abierto en el fondo de un precipicio, junto al Güaitara, con sus construcciones monótonas de ladrillos, elevando su chimenea de aspecto amenazador, le parecía un animal extraño, dispuesto a tragarse hombres y más hombres. Mientras lo examinaba con la vista, pensaba en sí mismo, en su vida de exiliado durante los ocho días que llevaba fuera de su casa y buscando inútilmente dónde quedarse; recordaba lo ocurrido en su ciudad, su amado Quito, donde había abofeteado a su presidente, no con las manos, sino con su pluma, siendo expulsado a causa de ello, de allí, y de todas partes después; el sábado había llegado a Yaguarcocha, donde decían que podía quedarse; pero nada; se había visto obligado a pasar el domingo escondido en la caseta de una cantera, de donde acababa de expulsarlo el vigilante nocturno a las dos de la madrugada. No tenía un céntimo, ni un pedazo de pan: ¿qué iba a hacer en semejante situación, sin saber en dónde buscar un albergue que le resguardara del frío?

El peón que descargaba las carretillas ni siquiera había mirado a Juan Montalvo, y ya iba éste a recoger del suelo el paquetito que llevaba, para continuar su camino, cuando un golpe de tos seca, anunció el regreso del carretero.

Luego se le vio salir lentamente de la oscuridad, seguido del caballo, que arrastraba otras seis carretillas cargadas de harina.

— ¿Hay donde quedarse en Ipiales? — le preguntó.

En Tinta Verde

— ¡Oh! casas no faltan — respondió —. Tendría que haber visto esto hace cuatro o cinco años.

Por todas partes se trabajaba, hacían falta peones, jamás se había ganado tanto. Pero ahora, ahora se muere uno de hambre. Es una desolación; de todas las fincas despiden la peonada.

Entonces los dos continuaron lamentándose con frases entrecortadas y acento de desesperación. Juan Montalvo relataba sus gestiones inútiles desde hacía una semana: ¿tendrían que morir de hambre? Pronto los caminos se verían llenos de gente buscándolo.

— ¡vea! — dijo el carretero, volviéndose hacia un lado —; allí está Ipiales.

Y con la mano extendida de nuevo, iba señalando en la oscuridad puntos invisibles.

— Ya lo sé, ya lo sé — repetía Montalvo a cada indicación —; ya lo sé.

— Aquí vamos bien hasta ahora — añadió el carretero —. Estos molinos no han disminuido mucho la producción; pero, allí enfrente, por los lados de La Victoria, un poco más allá de Las Lajas ha aflojado mucho el trabajo.

Escupió y volvió a echar a andar detrás de un soñoliento caballo, después de haberlo unido a las carretillas vacías.

En aquel momento Juan Montalvo dominaba toda la región. Las profundas tinieblas no habían desaparecido, pero la mano del anciano le había hecho ver a través de ellas multitud de seres, que Juan Montalvo, inconscientemente, sentía en aquel instante a su alrededor, rodeándole en la extensión sin límites, por todas partes. ¿Eran gritos de rebeldía los que llevaban consigo aquellas ráfagas de viento frío de agosto, a través de aquellos fértiles campos? Y el vendaval continuaba arceciendo, y parecía traer consigo la muerte.

Juan Montalvo se esforzaba por sondear las tinieblas, atormentado por el deseo, y a la vez por el temor de ver. Todo continuaba, sin embargo, oculto en el fondo de las sombras de aquella noche oscura, y no conseguía distinguir sino allá, a lo lejos, los resplandores de las hogueras de tamo. Era de una tristeza de incendio, y no se veían más astros en el amenazador horizonte que estos fuegos nocturnos de la región de Ipiales.

En Tinta Verde

— ¿Es usted Ecuatoriano? —, preguntó a espaldas de Juan Montalvo el carretero, que acababa de hacer otro viaje.

Esta vez no llevaba más que tres carretillas, había tiempo sobrado para descargar, porque acababa de ocurrir en el molino, la rotura de un cable, que interrumpía el trabajo de la piedra mayor. Al pie de la plataforma reinaba entonces el más profundo silencio, pues los trabajadores habían interrumpido su tarea, y sólo se oía allá abajo el golpear de los martillos sobre el hierro para reparar el cable roto.

—Si vengo de Quito — respondió el hombre.

El que descargaba las carretillas, después de vaciar aquellas tres, se sentó en el suelo a descansar, contento de que hubiese ocurrido el accidente, pero no por ello más locuaz que antes. Silencioso y arisco, fijaba en el carretero sus ojos opacos, como extrañado de tanta conversación. Y es que, en efecto, el viejo no hablaba tanto de ordinario. Evidentemente la fisonomía del desconocido le había sido simpática, o se hallaba en uno de esos raros momentos de expansión, que a veces hacen hablar a los viejos en voz alta, aunque estén solos.

—Pues yo soy de Ambato, y me llamo Juan Montalvo.

El viejo hizo un movimiento de satisfacción, y señalando el molino, redobló su jovialidad, un chirrido de polea mal engrasada, que acabó degenerando en un violentísimo acceso de tos. El reflejo de las llamas de tamo alumbraba en aquel instante su cabeza enorme, cubierta por escaso cabello completamente blanco, y su cara achatada, pálida, casi lívida típico mestizo. Criollo. Era de baja estatura, tenía un cuello enorme como el de un toro, las pantorrillas salientes, y los brazos tan largos, que sus manazas caían hasta más abajo de las rodillas. Además, pareciéndose en esto a su caballo, guardaba tal inmovilidad, a pesar del viento, que cualquiera hubiera creído que era de piedra al ver que no le hacía mella ni el frío intenso, ni las terribles rachas del vendaval.

Juan Montalvo lo miraba.

— ¿Hace mucho tiempo le preguntó — que trabaja usted en el molino?

El viejo abrió los brazos, exclamando:

En Tinta Verde

— ¿Mucho tiempo?... ¡Ya lo creo!... Mire, no había cumplido ocho años, cuando ya manejaba la hoz y cortaba la espiga; y tengo ahora cincuenta y ocho. Conque, eche un cálculo. Ahí he hecho de todo: fui peón, después cegador, cuando tuve fuerzas para ello; luego, cortador durante dieciocho años; más tarde, a causa de estas pícaras piernas, que se empeñaron en no funcionar como es debido, me pusieron en la brigada de carga; después fui arrastrador; me he dedicado también a las composturas de la harina, hasta que se vieron precisados a sacarme, porque el médico decía que me quedaría allí. Entonces, hace cinco años de esto, me dedicaron a carretero. Conque, ¿qué tal? ¡No es poco cincuenta años de molinero!

Y mientras hablaba, algunos chispas de candela reventaban alegres al caer del fogón e iluminaban de vez en cuando su pálido semblante con un reflejo sangriento.

—Me dicen que descanse —continuó—. Pero yo no les hago caso; no soy tan idiota como ellos se figuran. Sea como sea, he de aguantar otros añitos más. Además, estoy todavía fuerte, excepción hecha de las piernas, y eso a causa de tanta agua como me entró en el pellejo cuando trabajaba en las peonadas. Hay días que no puedo mover una pata sin dar gritos.

Otro golpe de tos le interrumpió de nuevo.

— ¿Tose por eso también? —Dijo Montalvo — Usted está enfermo.

Pero el viejo dijo que no con la cabeza, violentamente, y luego, cuando pudo hablar, añadió:

—No, no; es que me resfrié. Nunca había tosido tanto, y ahora no sé cómo librarme de esta maldita tos. Lo más raro es que escupo, y escupo sin parar.

Volvió, en efecto, a escupir.

— ¿Está enfermo? —dijo Montalvo, reafirmando la pregunta con una palmada en la espalda — El viejo se limpió los labios con el revés de su mano.

Hubo un momento de silencio. Los ruidos continuaban allá en el fondo del granero, y el viento pasaba con su queja, como un grito de hambre y de cansancio que brotara de las profundidades de la noche. Calentándose a la lumbre, al lado del viejo, Juan Montalvo seguía

En Tinta Verde

rumiando sus recuerdos. Había nacido en Ambato en 1832. En un hogar muy austero: la energía para el trabajo, la firmeza de las ideas, la honradez, el orgullo que todo eso conlleva, puede decirse que formaban el ambiente familiar. Los dos hermanos mayores profesaban el liberalismo. Y eran adversarios de los sistemas dictatoriales de gobierno. Uno de ellos combatió el despotismo del general Flores y fue desterrado.

Se educó primero en una escuelita de Ambato, después fueron al Convictorio de San Fernando, el Seminario de San Luis y la Universidad, en la ciudad de Quito. Enseñanza dirigida por religiosos que no dejó de gravitar sobre su conciencia. Los años universitarios no fueron sino dos, de Derecho. A su mente llegaba la vida de estudiante. Ya en la juventud se manifestó su vocación de escritor. Leía a los clásicos. Era un enamorado de las páginas ciceronianas, y de la vida misma de Cicerón. Andaba con curiosidad intensa por los libros de literatura, filosofía e historia de la antigüedad. — De hecho esto era lo que cargaba bajo el brazo, sus libros de lectura — Se interesaba por las lenguas extranjeras. Asistía a las tertulias del grupo romántico de Julio Zaldumbide. Apareció en un acto público leyendo su primera prosa, que fue de execración del despotismo de Flores.

Para la mente perspicaz están en ese trabajo juvenil, firmado a los veinte años de edad: condenación de los abusos del poder y vigilancia del idioma. Tenía acceso, por entonces, a dos hojas periodísticas: “El Iris” y “La Democracia”. Cabe pues asegurar que en el limitado ambiente cultural de la época el joven escritor no era ya un desconocido. Se lo nombró funcionario de las embajadas ecuatorianas en Italia y Francia. Sirvió en una de ellas al Ministro Pedro Moncayo, personalidad inmaculada del liberalismo. La permanencia en Europa fue significativa en su formación.

Cuando retornó al Ecuador después de ese su primer viaje, se encontró con una realidad desalentadora. El país había vivido una de sus horas más aciagas. Amagado por las fuerzas navales del Perú. Desgarrado por las batallas partidarias, codiciosas del poder. El Presidente Robles había trasladado su gobierno a Guayaquil. En Quito se había alzado un triunvirato revolucionario cuya cabeza era García Moreno. Se habían hecho negociaciones oscuras con el gobernante peruano, con el correspondiente desmedro de la dignidad nacional. Había corrido

En Tinta Verde

sangre en las luchas intestinas. Y a la postre se había impuesto la férrea personalidad de García Moreno. Al caos sucedía el orden brutalmente despótico. Eso halló Montalvo a su vuelta.

Naturalmente, no pudo sufrirlo en silencio, impasible. Ni siquiera esperó llegar a Quito. Desde la población costeña de Bodeguita de Yaguachi, el 26 de septiembre de 1860, escribió una carta de fuertes amonestaciones al nuevo jefe de Estado.

El joven Montalvo de 1860 no ejercía aún ninguna influencia. No pesaba en la opinión pública ecuatoriana. De modo que el tirano hizo fisga de sus admoniciones, y ni siquiera se dio el trabajo de contestárselas, las palabras de amenaza que contenía su carta se cumplieron.

Durante la primera administración garciana el escritor se recluyó en las soledades de su provincia: los parajes de Baños, la casa de Ambato, los huertos aledaños de Ficoa. Fueron cinco años de elaboración de “El Cosmopolita”.

Era Montalvo un hombre alto y delgado, cuidadoso de su arreglo personal. No vestía sino trajes de paño negro. Disimulaba elegantemente, apoyándose en un bastón, su andar cogitabundo. Ya por 1866 iba a Quito para publicar los cuadernillos de su primer libro. Porque “El Cosmopolita” apareció así, en varias entregas. “El Cosmopolita” fue un haz de ensayos que sólo por circunstancias secundarias no se publicó en un volumen. En cuanto al contenido, éste es preponderantemente literario. También se encuentran asuntos políticos. De enjuiciamiento severo a la dictadura garciana, que ya había terminado. Pero la nota magnética está sin duda en las remembranzas de los viajes por las ciudades europeas y en los trabajos en que enamoran los alardes de gracia y de cultura. Los ataques montalvinos a García Moreno tuvieron, esto sí, consecuencias importantes en la vida del escritor y en lo que después ocurrió al tirano. Montalvo se refugió en la Legación de Colombia. Y al fin halló asilo en la población colombiana de Ipiales.

— ¡No!, — contesto por fin el viejo, con otro ataque de tos, sacando del letargo de sus pensamientos a Juan Montalvo — Pero hay que trabajar y buscar para la comida, mientras se come, se puede vivir.

En Tinta Verde

Nuevamente guardó silencio, dirigiendo la vista a las sombras que con la luz de la luna dibujaban unos fantasmas de casas, y en las que se empezaban a ver algunas luces, el frío era cada vez más intenso.

— ¿Y es muy grande Ipiales? — replicó Juan Montalvo.

El viejo levantó los hombros, y luego los dejó caer lentamente.

— ¡Que si es! Quizás no lo sea tanto

El rodar de unas carretillas hizo enderezar las orejas al caballo. Sin duda habrían compuesto la maquina dañada, porque los peones trabajaban de nuevo.

El carretero empezó a enganchar el caballo para seguir sus viajes al molino, mientras le decía por lo bajo y lentamente:

—Pero, en fin, si se tiene el pan que se necesita, se trabaja para ello

— ¡Esa es la cuestión! ¡Si se tuviera siempre el pan! Lo malo es que muchas veces no se tiene.

El caballo había echado a andar, y el carretero desapareció tras de él arrastrando los pies como un inválido. Junto al montón donde se vaciaban las carretillas, el peón ocupado en aquella faena se acurrucó otra vez con la barba entre las rodillas, y fijando en el vacío sus ojos sin expresión, como si no hubiera advertido siquiera la presencia de un extraño.

Montalvo recogió su paquete, que había dejado en el suelo; pero no se marchó aún. Las ráfagas de viento le helaban la espalda, mientras el calor de la hoguera le achicharraba el pecho. Quizás, de todos modos, haría bien en dirigirse al pueblo: tal vez el viejo no sabía lo que pasaba. Además, se resignaría y aceptaría cualquier cosa. ¿Adónde iría, qué iba a hacer en aquella tierra donde no había más que hambre y miseria? ¿Había de dejarse morir como un perro callejero? Sin embargo, le turbaba cierta vacilación, cierto temor que sentía al pensar en Ipiales, población casi oculta en las tinieblas, en medio de aquel inmenso silencio, quebrado por el sueño de los montes.

CAPÍTULO III

Con la tranquilidad de haber sobrevivido a su primer día en el trabajo. Siente que el tiempo ha pasado volando entre una nebulosa de caras nuevas, trabajo por hacer y el señor Cardona. El señor Cardona. El tiempo se le va cuando él se apoya en su escritorio, y sus ojos brillan cuando baja la mirada y le sonrío.

—Un trabajo excelente, Yolima. Me parece que formaremos un gran equipo—. Ella tuerce los labios hacia arriba y consigue algo parecido a una sonrisa.

—Yo ya me voy, si te parece bien— murmura.

—Claro, son las cinco y media. Nos veremos mañana.

—Buenas tardes, señor Cardona.

—Buenas tardes, Yolima.

Yolima De Los Naranjos Parra Torres recoge su bolso, se coloca la chaqueta y se dirijo a la puerta. Una vez en la calle, aspira profundamente el frío de Ipiales a primera hora de la tarde. Eso no basta para llenar el vacío de su pecho, un vacío que siente desde el sábado por la mañana, una grieta desgarradora que le recuerda lo que ha perdido. Camina hacia la parada del bus con la cabeza gacha, mirándose los pies y pensando cómo será estar sin su querido André.

Descartó inmediatamente esa posibilidad. No. ¡No puedo pensar en él! —se dijo— Naturalmente que podía permitirse un carro nuevo; un coche nuevo y bonito. Sospechó que él ha sido muy generoso con el pago, y eso le dejaba un sabor amargo en la boca, pero apartó esa idea e intento mantener la mente en blanco y tan aturdida como sea posible. No pudo pensar en él. No quiso empezar a llorar otra vez... en plena calle, ¡no!

El apartamento estaba vacío. Echó de menos a Fernanda, y la imaginó tumbada en una playa blanca bebiendo sorbitos de un combinado frío. Encendió la pantalla plana del televisor

En Tinta Verde

para que el ruido llene el vacío y dé cierta sensación de compañía, pero ni la escuchó ni la miró. Se sentó y observó fijamente la pared de ladrillo.

—Estoy entumecida. Solo siento dolor. — Le grito al silencio, mientras apretaba los puños con rabia — ¿Hasta cuándo tendré que soportar esto?

El timbre de la puerta la saca de golpe de su abatimiento y siente un brinco en el corazón.

— ¿Quién puede ser? — Pulso el interfono.

—Un paquete para la señorita Yolima De Los Naranjos Parra Torres — contesta una voz monótona e impersonal, y la decepcionó.

Baja las escaleras, indiferente, y se encuentra con un muchacho apoyado en la puerta principal que masca chicle de forma ruidosa y lleva una gran caja de cartón. Firmó la entrega del paquete y se lo llevó arriba. Es una caja enorme y, curiosamente, liviana. Dentro hay dos docenas de rosas de tallo largo y unas hojas de papel.

Desdobra al caso las hojas. Una de ellas estaba escrita con su letra, rodeada por una cinta ajada.

Se encogió de hombros, echó un vistazo a la chimenea y puso aparte las hojas marcadas, como si estuviese dispuesta a entregar a las llamas aquellas inútiles reliquias.

Siguieron sus manos explorando febrilmente la caja; de pronto abrió los ojos de par en par y atrajo suavemente hacia sí un libro, viejo y de forma anticuada, y levantó despacio la tapa. Dentro casi que en las primeras páginas, entre dos capas de algodón amarillento, se hallaba una crucecita en tagua.

Durante breve rato examinó esa cruz con aspecto trascordado; luego, de pronto, dio un débil grito. Lo que se retrató en su rostro no fue pesar ni júbilo: era cual si hubiese encontrado de improviso un ser tiernamente amado en otro tiempo, perdido de vista desde mucho atrás, reconocible aún, y, sin embargo, cambiado enteramente por los años.

En Tinta Verde

Se levantó, camino unos pasos y, volvió a sentarse junto a la chimenea, y de nuevo cogió el libro entre sus manos... ¿Por qué hoy, por qué hoy precisamente? — pensó —. Y vinieron a la memoria muchas cosas pasadas largo tiempo antes.

Era el final de julio de 1982. “Chapita” así lo llamaban sus familiares y conocidos acababa de cumplir veintidós años; llegaba, de Bogotá se hallaba de paso en la frontera Sin familia casi, poseía una fortuna independiente, si bien no muy cuantiosa. Habiéndole dejado su abuela algunos miles de pesos en herencia, resolvió gastárselos en el extranjero antes de ingresar en la administración, antes de ponerse a lomo la albarda oficial necesaria para, asegurarse la subsistencia. En efecto, André Sampedro había puesto en planta su proyecto; y tal maña se dio, que el día mismo de llegar a la frontera tenía el dinero justo para volver a su querido Bogotá.

En 1982 eran escasos los vuelos; En el aeropuerto San Luis, acá en la frontera hace un buen rato que no salían vuelos, la aerocivil empeñada en la ampliación de la pista había cerrado el aeropuerto, los viajeros iban en buses. André Sampedro “Chapita” compro un tiquete, pero la buseta no partía hasta las once de la noche. Le quedaba mucho tiempo que gastar. Por fortuna el día era, magnífico, y Chapita, después de haber almorzado en el restaurante Angasmayo, célebre a la sazón, salió a callejear por la ciudad. Fue a ver la basílica del Santuario de Las Lajas, y extasiado contempló, maravillándose por su arquitectura medieval y por su ubicación topográfica entre los riscos de la cordillera de los Andes, y leyó en sus paredes las placas de agradecimiento a la Virgen mestiza y la razón por la cual, es denominado como un milagro de Dios sobre el abismo, visitó el puente de Rumichaca; paseó por la orilla del río Güaitara y se aburrió como debe hacerlo un concienzudo viajero de recreo; por último, hacia las seis de la tarde, fatigado, llenos de polvo los zapatos, se encontró en una, de las calles más importantes de la frontera, la carrera sexta, calle que, sin embargo, estaba destinada a no despintársele de la memoria en largo tiempo.

En la fachada de una de las casas vio una muestra que anunciaba a los transeúntes las salchichas más deliciosas del lugar. Entró a tomar un vaso de limonada. En la primera pieza, detrás de un modesto mostrador, en las tablas de una alacena pintada, se ostentaba simétricamente, como en una farmacia, algunas botellas con rótulos dorados y botes de cristal de boca ancha llenos de chocolates y caramelos. No había nadie en esa pieza; sólo un gato gris

En Tinta Verde

roncaba guiñando los ojos y amasando blandamente con las patitas una alta silla de paja puesta junto a la ventana; una canastilla de madera calada yacía boca abajo en el suelo, y junto a ella un grueso ovillo de estambre rojo resplandecía en un rayo oblicuo del sol.

Un ruido confuso, extraño, salía de la habitación contigua. André Sampedro “Chapita” esperó a que la campanilla de la puerta hubiese dejado de tocar, y dijo en voz alta:

— ¿No hay nadie aquí?

En el mismo instante se abrió la puerta de la pieza vecina, André se estremeció de asombro.

Una joven de unos diecinueve años, con los negros cabellos flotando, esparcidos sobre los hombros desnudos, se precipitó en la tienda extendiendo ante sí los brazos, igualmente, desnudos. Vio a André Sampedro “Chapita”, lanzándose hacia él, le agarró una mano y trató de llevárselo consigo, diciéndole con voz entrecortada:

— ¡Pronto, pronto, por aquí, sálvelo usted!

“Chapita” no siguió a la joven; no porque vacilase, en obedecerla, sino porque el exceso de asombro le dejó clavado en el sitio. Jamás había visto semejante belleza. Se volvió ella hacia él, y su voz, su mirada, el movimiento de las manos juntas oprimiendo su mejilla pálida expresaban tal desesperación mientras le repetía: “¡Pero venga usted, venga usted!” se precipitó en pos de ella por la entornada puerta. Y se perdió en el fuego de sus ojos pasando al lado de ella, y deteniéndose en ese tipo de sillón doble que se ha puesto de moda.

Su mente volaba y comenzaba a imaginar robarle un beso o pedirle que se lo regalara, besarla al mismo tiempo que su mano recorriera su cuerpo, pasar por sus pechos y su espalda sin detenerse en ningún lugar en particular. Hasta que una de sus manos tocara la blusa y con sus dedos desenganchó uno de los botones del centro de la prenda dejando libertad para poder meter su mano y tocar los senos. Cuando logrará su cometido, meter su mano y colocarla por encima del pecho izquierdo, masajéandolo y manoseándolo con desesperación. Imaginaba sus movimientos tirando de la copa del corpiño y abalanzándose al manoseo sobre ella palpando cada centímetro y estrujando su cuerpo duro y desafiante. Su cara apoyada en el hombro, sus labios entreabiertos dejando escapar más de un gemido que fuera absorbido por el ruido del

lugar, que hacia presencia al romper el silencio. Realmente estaba disfrutándolo, pero pronto se dio cuenta que su mente le jugaba una mala, y deliciosa jugada: mientras seguía con su mano aferrada a su pecho, pasar la otra sobre su abdomen acariciándolo y buscando un hueco en el jean que lo dejase meter la mano, conseguirlo rápidamente aunque el espacio no fuera suficiente y terminar jugando con los vellos, sin llegar a tocar su piel. Con la mano derecha paseándola por su pierna seguir intentando aguantar los deseos de sentir el calor de su cuerpo, traspasar las telas. La joven disimulaba sus intenciones pero sus movimientos parecían haberla delatado, pues él sin decirle nada la tomó de la mano y la apoyó suavemente en su pecho. Sin dudas disfrutaría más, pero para eso necesitaba que se fueran de allí, estaba demasiado excitado así que, sacudió su cabeza, acomodándose un poco las ropas para salir en dirección a la puerta.

Aun tomado de la mano de la mujer a grandes zancadas ganaron la puerta de la segunda habitación vio tendido en un diván de crin pasado de moda, a un muchacho de catorce años, parecidísimo a la joven; evidentemente era su hermano. — Aun sin recuperarse de la sorpresa de haber conocido a una mujer tan bella — Si allí estaba aquel niño muy pálido, blanco más bien, con reflejos amarillos como la cera o como un mármol antiguo. Tenía los ojos cerrados; la sombra de sus espesos cabellos negros cubría la frente inmóvil y lisa, las cejas finamente dibujadas e inertes; se veían brillar los dientes apretados entre los amoratados labios. Parecía no respirar ya; uno de los brazos estaba debajo de la cabeza, y el otro colgando pesadamente hasta el suelo. El niño estaba vestido de pies a cabeza y abotonado de arriba abajo; tenía puesta una corbata, oprimiéndole el cuello.

La joven se lanzó hacia él, exhalando un grito de angustia.

— ¡Está muerto, está muerto! Ahora mismo estaba sentado ahí; charlábamos juntos. De pronto se ha caído y no ha hecho ningún movimiento. ¡Dios mío! ¿Es posible que no se le pueda socorrer? ¡Y mamá que no está aquí! ¡Albeiro! ¡Albeiro! ¡Vamos! ¿Y el doctor?

—añadió. — ¿Has ido en busca del doctor?

—Sí, no he ido; he enviado a Marujita — dijo una voz cascada, detrás de la puerta.

Y un señor, gordo y de barba con un saco de lana de color azul, y de botones negros, con corbata negra, pantalón de paño, entró en el cuarto sonando las tablas del piso al paso de sus

En Tinta Verde

gordas piernas. Su regordeta cara desaparecía casi, por completo bajo una inmensa maraña de cabellos ensortijados cortos, negros. Saltando en todos sentidos y cayendo despeluznados, esos cabellos daban a la fisonomía del hombre cierta semejanza con la de un león, semejanza tanto más, cuanto que bajo aquel matorral gris oscuro sólo podían distinguirse una nariz redondeada, y unos ojos amarillos y completamente redondeados.

—Marujita tiene buenas piernas, y yo no puedo correr

—prosiguió el hombre, levantando uno tras otro los pies gotosos y planos calzados con zapatos de cordones— ¡pero he traído agua!

Con los dedos gordos apretaba el estrecho cuello de una botella.

— ¡Pero Albeiro se morirá entretanto! — exclamó la joven, y extendió las manos hacia “Chapita”.

— ¡Señor! ¿No puede usted socorrerlo?

—Hay que esperar, que no se remuerda: esto es un ataque de epilepsia

—hizo observar el hombre llamado Tito.

“Chapita” no tenía ni la más ligera noción de medicina, pero sabía perfectamente que los niños de catorce años no suelen tener ataques de epilepsia.

—Esto es un síncope y no lo que usted pretende —dijo a Tito. — ¿Tiene usted con que sobarlo?, ¡reanimarlos!

El hombre volvió hacia él su cara.

— ¿Cómo?

— Con algo, ¡Cepillos, cepillos! —replicó “Chapita; y haciendo el ademán de quien cepilla ropa. Volvió a repetir —

— ¡Cepillos!

El hombre acabó por comprender.

En Tinta Verde

— ¡Ah, cepillos! Ciertamente, tenemos cepillos.

—Tráigalos usted aquí; vamos a quitarle la corbata, y el suéter, y después le daremos friegas.

— ¡Bien!... ¿Y no hay que echarle agua por la cabeza?

—No... Más tarde. Por ahora, vaya usted pronto a buscar con que reanimar su cuerpo.

El hombre dejó en el suelo la botella, salió y regresó en seguida con dos cepillos, uno para la ropa y otro para la cabeza. Acompañado de un perro, de ojos saltones, y pelado hasta la cola, quien meneándola de prisa se puso a mirar curioso al hombre, a la joven y hasta a “Chapita”, como si hubiera querido saber qué significaba todo aquel espectáculo.

Sin perder tiempo, “Chapita quitó el suéter al muchacho siempre inmóvil, le desabrochó el cuello, levantó las mangas de la camisa, y armado con un cepillo, se puso a darle friegas con todas sus fuerzas en el pecho y en los brazos. El hombre paseaba no menos enérgicamente el otro cepillo, el cepillo de cabeza, por sus botas, y sus pantalones. La joven se había arrodillado junto al diván, y con la cabeza entre las manos, contemplaba a su hermano con los ojos fijos, sin pestañear siquiera. André Sampedro “Chapita” seguía frotando y la miraba a veces de reojo. ¡Dios, qué hermosa era!

Yolima De Los Naranjos Parra Torres dejó a un lado las cosas que le recordaban a André y tomó el libro de pastas duras; lo abrió y tomó los escritos de “Chapita” y comenzó a leer:

—Durante los doce ensayos que componen la obra, Montalvo va realizando una despiadada crítica a la figura de Veintimilla al que tacha de inculto y salvaje. Va elaborando también una descripción de la sociedad ecuatoriana de su tiempo, sin ahorrar críticas a otros políticos o a sectores del clero. Encontramos además numerosas referencias a la sociedad europea de la época, que Montalvo conocía muy bien por haber residido varios años en España y Francia. También son frecuentes las citas a obras literarias y a episodios mitológicos para completar la crítica a Veintimilla. El título lo toma de Cicerón y su famosa perorata hacia Catilina “*¿Hasta cuándo Catilina, abusarás de nuestra paciencia?*”; extrapolando la política ecuatoriana; algo así como arengando y preguntando a Ignacio de Veintimilla: “*¿Hasta cuándo Ignacio, abusarás de nuestra paciencia?*”. Cada capítulo contiene, a su vez, “el dicho de la

En Tinta Verde

empresa de Don Fernando el Católico”: *“Tanto monta, monta tanto”*. La primera catilinaria trata de la libertad, las leyes, la disciplina y el orden, a la vez que, muy sagazmente, da lecciones léxicas al discutir algunos fenómenos fonéticos o al exponer palabras mal usadas. En la segunda define lo que es tirano y tiranía. En la tercera instiga a que el pueblo, especialmente el de Guayaquil, se levante y deponga al gobierno. Hace también un recuento de los dictadores hispanoamericanos. La cuarta catilinaria acomete contra Urbina y Borrero. La quinta catilinaria es moralista; dice Montalvo que *“Cada vicio es una caída del hombre”* y luego analiza algunos de ellos. En la sexta, Montalvo defiende el propósito de su obra, y discute el concepto de civilización y barbarie. En la séptima catilinaria, con espíritu didáctico, presenta las ventajas de la educación, y analiza el sistema educativo, comparándolo con aquel de otros países. Nota que *“el clero ha sido factor positivo en el desarrollo de la educación en muchos países, mas no en el Ecuador donde por el contrario ha servido de óbice al desarrollo libre del pensamiento”*. Termina esta catilinaria reproduciendo un discurso de su autoría en el que se aboga por los derechos de la mujer. En la octava, además de continuar tratando el tema de la educación, se preocupa de recalcar los bienes de la cultura. En la novena se refiere a los centros de educación. En la décima y undécima enviste con fervor contra Borrero. En la última catilinaria discurre sobre las edades.

Yolima De Los Naranjos Parra Torres no pudo soportar seguir leyendo y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas que desbordaron en un llanto incontenible.

CAPÍTULO IV

Por la noche Yolima De Los Naranjos Parra Torres daba vueltas y vueltas en la cama intentando dormir. Es la primera vez en varios días que no ha llorado hasta quedarse dormida.

Visualizaba mentalmente la cara de André Sampedro la última vez que lo vio, cuando se marchó de su apartamento. Su expresión torturada le perseguía. Recuerda que él no quería que se fuera, lo cual le resultaba muy extraño. ¿Por qué iba a quedarse si las cosas habían llegado a un punto muerto? Los dos evitaban sus propios conflictos: su miedo ¿a qué? ¿Al amor?

Se dio la vuelta, la invadía una tristeza insoportable, abrazó la almohada. Él no merece que lo quiera tanto. Recordaba verlo padecer; — ay André, pensó — ¿Por qué siempre te sentías así? ¿Tenía algo que ver con su infancia? ¿Con sus familiares biológicos? ¿Ese bisabuelo que lo trasnochaba? ¿Esos libros, la investigación de quién era? Esos pensamientos que siempre lo acechaban hasta la madrugada, cuando finalmente, caía agotado en un sueño convulso.

Cerró los ojos, se recostó mirando al techo y llegaron los recuerdos, su apartamento en Bogotá, se habían ido a vivir a la Capital, juntos, en un amor que inicio con lo de su hermano enfermo, igual viajaron con él, para que se tratado por mejores médicos, ahora era un ilustre empresario; y le llegaba el nombre de La Candelaria y aún conservaba el recuerdo del pequeño poblado que fuera. Sus calles estrechas y empinadas, sus casonas con tejados y aleros coloniales, que fueron partes de su amor.

La zona del Centro Histórico de Bogotá desde las calles: primera y treinta y cuatro, desde los cerros orientales hasta la Avenida Caracas.

—Para apreciar La Candelaria hay que estar atentos a infinidad de detalles — Le decía con vos grave André Sampedro, mientras caminaban de la mano — viejas puertas, zaguanes, balcones, ventanas ornamentadas. Y le daba un beso antes de salir corriendo a seguir con su investigación.

Yolima De Los Naranjos Parra Torres caminaba por la zona en la que se conjugaban diversas épocas y estilos arquitectónicos y gran variedad de edificaciones, algunas de las cuales

En Tinta Verde

desaparecieron el 9 de abril de 1948, en el episodio conocido como “El Bogotazo”. Todos los lugares de interés históricos concentrados en los viejos barrios de La Candelaria, Yolima y André paseaban su amor por los sectores de Egipto, Belén, La Concordia, Las Aguas, Germania, Las Cruces, San Victorino, Las Angustias, Santa Bárbara y Las Nieves, en los cuales fundamentaron de una manera singularmente anárquica el pasado en busca de sus raíces con su amor y las edificaciones modernas.

En Ipiales el día pasaba muy, muy despacio, el señor Cardona se muestra inusualmente atento. Yolima sospecha que es por el vestido morado y las botas negras de tacón alto que traía puesto, trata de no pensar demasiado en eso. Decide ir a comprarse ropa con el pago de su quincena.

Por fin son las seis, recoge su chaqueta y su bolso, e intenta mantener la calma.

— ¿Sales con alguien esta noche? — pregunta el señor Cardona cuando pasa junto a Yolima al salir.

—Sí. No. La verdad es que no.

Arquea una ceja y la mira, claramente intrigado.

— ¿Un novio? — Yolima se ruboriza —.

—No, un amigo. Un ex novio.

—A lo mejor mañana te apetece ir a tomar una copa después del trabajo. Has tenido una primera quincena magnífica, señorita Yolima. Deberíamos celebrarlo.

Sonríe, y en su cara aparece una emoción desconocida que le incomoda.

Se mete las manos en los bolsillos y sale tranquilamente por la puerta. Yolima ve su espalda que se aleja y frunce el ceño. ¿Tomar copas con el jefe es buena idea? Menea la cabeza. Primero he de enfrentarme a una noche con el recuerdo de André Sampedro. —piensa—

Yolima se estremece de solo pensarlo. ¿Cómo voy a hacerlo? Corre al lavabo a darse los últimos toques. Se examina la cara con severidad en el enorme espejo de la pared durante un

En Tinta Verde

buen rato. Esta pálida como siempre, con unos círculos negros alrededor de los ojos demasiado grandes. Se ve demacrada, angustiada. Ojalá supiera maquillarme. — Se dice — Pone un poco de rímel y lápiz de ojos y se pellizca las mejillas, confiando en que cojan un poco de color. Se arregla el pelo para que le caiga con naturalidad por la espalda, nuevamente sus ojos se pierden en el frío brillo del espejo y, allí el tiempo se detiene, como si atravesara lo sutil del pensamiento, se ve cruzar nerviosa el vestíbulo y, al pasar por recepción, saluda con una sonrisa a Luisa. Creo que ella y yo podríamos ser amigas. —Sonríe — el señor Cardona está hablando con Elizabeth mientras ella camina hacia la puerta, y él corre a abrirla con una sonrisa enorme.

—Pasa, Yolima —murmura.

—Gracias —sonríe, avergonzada.

Se gira de nuevo, se encamina hacia el coche y sube detrás, y allí está él sentado —André Sampedro—, con su traje gris, sin corbata y el cuello de la camisa blanca desabrochado. Sus ojos brillan. A Yolima se le seca la boca. André esta soberbio, pero la mira con mala cara. ¿Por qué? — piensa Yolima —

— ¿Cuánto hace que no has comido? — le suelta en cuanto entra y cierra la puerta.

Maldita sea.

—Hola, André. Yo también me alegro de verte.

—No estoy de humor para aguantar tu lengua, tu lenguaje. Contéstame. Sus ojos centellean.

Por Dios...

—Mmmm... He comido un yogur al mediodía. Ah y un plátano.

— ¿Cuándo fue la última vez que comiste de verdad? — pregunta, mordaz —. Pone en marcha el vehículo y se incorpora al tráfico.

Yolima levanta la vista y André le hace un gesto, aunque no sé percibe que ve a través del cristal oscuro. Le devuelve el saludo.

En Tinta Verde

— ¿Quién es ese? — suelta André.

—Mi jefe.

Mira a hurtadillas al hombre que pasa al lado y contrae los labios con firmeza.

— ¿Bueno? ¿Tu última comida? —prosigue—

—André, la verdad es que eso no es asunto tuyo — murmura, sintiéndose extraordinariamente valiente.

—Todo lo que haces es asunto mío —. Dime.

No, no lo es. —Yolima De Los Naranjos Parra Torres gruñe fastidiada —, pone los ojos en blanco, y André entorna la mirada. Y por primera vez en mucho tiempo tiene ganas de reír. Intenta reprimir esa risita que amenaza con escaparse. André suaviza el gesto mientras ella se esfuerza en poner cara seria, y ve que la sombra de una sonrisa aflora a sus labios. —Se gira hacia Yolima—.

— ¿Cómo estás? — pregunta, todavía con voz suave. Pues, la verdad, estoy destrozada.

—Si te dijera que encontré a Montalvo, te mentiría.

— ¿Cuál Montalvo?

—Juan, Juan Montalvo Fiallos — musita, se inclina hacia Yolima y la coge de la mano —.

— ¡Mi bisabuelo!

—Te echo de menos — añade.

—Oh, cariño, no. —Tira de la mano de Yolima y sin ella darse cuenta esta sobre su regazo. La ha rodeado con sus brazos y ha hundido la nariz en su pelo —. Te he echado tanto de menos, Yolima — susurra.

Yolima quiere zafarse de él, mantener cierta distancia, pero la envuelve con sus brazos. La aprieta contra su pecho. Apoya la cabeza en él y le besa el pelo repetidas veces. Este es mi hogar. Huele a menta. —Piensa —

En Tinta Verde

De golpe se abren las puertas, se rompe el hechizo y Yolima De Los Naranjos Parra Torres está en la azotea. Hace viento y, a pesar de la chaqueta negra, siente frío. Baja a su apartamento y nuevamente el libro y sus hojas sueltas, toma unas al azar:

“Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”

“¿Qué pudiera proponerse, me dirán, el que hoy escribiera un Quijote bueno o malo? El fin con que Cervantes compuso el suyo no existe: la lectura de los libros caballerescos no embebece a cuerdos ni a locos, a entendidos ni a ignorantes, a juiciosos ni a fantásticos: estando el mal extirpado, el remedio no tiene objeto, y el doctor que lo propina viene a curar en lo sano. Así es; pero yo tengo algo que decir: don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa. Don Quijote enderezador de tuertos, desfacedor de agravios; don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia; don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orín se llevó de calles a Amadises y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes; destrozolos, matolos, redujolos a polvo y olvido: España ni el mundo necesitan ya de este héroe. Pero el don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este don Quijote es de todos los tiempos y todos los pueblos, y bien venida será adonde llegue, alta y hermosa, esta persona moral.

Cervantes no tuvo sino un propósito en la composición de su obra, y lo dice; mas sin saberlo formó una estatua de dos caras, la una que mira al mundo real, la otra al ideal; la una al corpóreo, la otra al impalpable. ¿Quién diría que el Quijote fuese libro filosófico, donde están en oposición perpetua los polos del hombre, esos dos principios que parecen conspirar a un mismo fin por medio de

una lucha perdurable entre ellos? El género humano propende a la perfección, y cuando el polo de la carne con su enorme pesadumbre contrarresta al del espíritu, no hace sino trabajar por la madurez que requiere nuestra felicidad. Si don Quijote no fuera más que esa imagen seria y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes a los hombres; porque una caricatura tras cuyos groseros perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reír quizá más que el Quijote, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación: testigo Rabelais, padre de la risa francesa. Panurge y Pantagruel darán la ley en Francia; don Quijote la da en el mundo. Con decir que Juan Falstaff no es ni para escudero de don Quijote, dicho se está que en este amable insensato debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde gustan de beber todos los pueblos. «El Quijote es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano». Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fue el que llamó a Cervantes «honra, no solamente de su patria, sino también del género humano».” Juan Montalvo Fiallo.

CAPÍTULO V

Ante la puerta de entrada del puente de Rumichaca —un arco de medio punto sustentado en pequeñas columnas geminadas de tipo colonial— se alzaba, en el mismo borde del camino, sobre una piedra natural, que justo entre los bordes del río, se apretaba con furia, formando un puente de roca, sólida y firme. Aquí todo era ya verde en derredor y hasta los eucaliptos ostentaban su verde-rojizo follaje nuevo. En la época en que son más cortas las noches, hacía surgir de entre el bosque los pálidos rayos verdeclaros de sus entrañas emanaban un áspero olor evocando recuerdos. Y en octubre, una vez recogidas las papas y las hortalizas, quedaban los surcos llenos de flores lilas, que poco a poco se secaban entre los surcos, al soplo del viento, al tiempo los árboles de capulíes, que no todos los años llegaban a madurar, y que los niños vecinos se disputaban y, los indios oriundos del Ecuador, asaba en las tulpas de un fogón dispuesto sobre tres piedras, en la brasa pura aun en llamas. Un exótico y tierno cuy, afuera el hermoso árbol mecía ante la puerta de la casa, ubicada en el parque central del pueblo, huésped delicado y friolento venido de otras regiones, pariente secreto de las esbeltas y mellizas montañas de arenisca de la entrada al pueblo. Había llegado en el mes de abril de 1869, y pasaban ya seis meses, cuando por cosas fortuitas de la vida llegó a vivir a esa casa del parque, con sus dinteles labrados en piedra, de ventanas, cornisas y pilares, armado por los finos picapedreros de la época. Llegó huyendo de las amenazas de muerte que le lanzó García Moreno.

La casa que le servía de refugio tenía un gran patio donde permanecía en completa soledad durante buena parte del día. Una tarde, el dueño de la casa fue a buscarlo para avisarle que la cena estaba servida.

La imagen que presencié quedó grabada en su recuerdo y la transmitió a sus descendientes, Montalvo estaba arrodillado bajo un árbol marchito, llorando a gritos mientras se arrancaba sus alborotados cabellos en un gesto de desesperante locura.

Varias generaciones de hombres habían ya pasado bajo aquel árbol marchito: parloteando, riendo, jugando, riñendo, según el clima, descalzos o calzados o en alpargatas. Constantemente llegaban nuevos hombres; cada año las caras eran otras, en su mayoría parecidas, con pelo negro y lacio, un tanto aindiados. Algunos se quedaban allí, se

En Tinta Verde

acostumbraban tanto al pueblo, que decidían hacer su segundo hogar en la frontera, leían libros, eran comerciantes, envejecían, morían. Otros, en cualquier tiempo, a cualquier rato, regresaban a sus hogares, ciudades, o pueblos al otro lado de la frontera, unos comerciantes o artesanos, cruzaban las Casas de Aduana, que eran vetustas y con techo pajizo; caminaban la vía carreteable, apenas se iniciaba el proyecto de construcción, hasta entonces aún estaba en boga la recua. Pero ya se pensaba en elegantes sedes aduaneras. Corrían por el mundo entregados a sus diversiones y quehaceres, quizá, ya hombres cabales, hacían alguna vez una visita al pueblo fronterizo, llevaban a sus hijos pequeños para que recibieran el bautizo, o la confirmación, con la bendición de la virgen aparecida en las piedras lajas del río Güaitara, permanecían un instante contemplando, sonrientes y pensativos, el viejo árbol marchito y tornaban a desaparecer.

En los cuartos y salones de la casa, entre los sólidos arcos semicirculares de las ventanas y las recias columnas de ladrillo quemado y rojo, se vivía, se administraba, se gobernaba; muchas especies de artes, sagradas y profanas, claras y recónditas se cultivaban en la frontera de dos países iguales y separados por un río, y se transmitían de unas generaciones a otras. Los religiosos se adueñaban de la fé, la infundían con temor, ideaban sistemas, coleccionaban almas, con el temor de la salvación, hacia una vida eterna, “los otros” los antiguos, hacían códices miniados, velaban por no perder a sus dioses y se sonreían ocultando su lengua extraña. Erudición y piedad, candor y disimulo, sabiduría del Evangelio y sabiduría de los “de enantes”, magia blanca y magia negra, los chamanes; individuos a los que se les atribuía la capacidad de modificar la realidad o la percepción colectiva de esta, de manera que no responden a una lógica causal. Esto lo expresaban finalmente, en la facultad de curar, de comunicarse con los espíritus y de presentar habilidades visionarias y adivinatorias.

Con la sabiduría de la “pacha mama”, todo florecía allí en mayor o menor grado, para todo había lugar. Había lugar tanto para la vida anacorética y la penitencia como para la sociabilidad y las comodidades; del carácter del gobernante que estuviese al frente y de las tendencias dominantes de la época dependía el que prevaleciera y predominara lo uno o lo otro. Unas veces el pueblo gozaba de renombre y era muy visitado por causa de su religiosidad, otras por su música excelente, otras por algún chaman que realizaba curaciones y prodigios, otras por sus comidas horneadas, caldo de pata, yapingachos y cuyes asados, cada cosa en su tiempo. Y entre la gente del pueblo y los peregrinos, devotos de la virgen, los que ayunaban y los que se

En Tinta Verde

regalaban, entre los muchos que allá iban, vivían y morían, siempre había alguno singular a quien todos querían o a quien todos odiaban, que parecía elegido y del que seguía hablándose largo tiempo, cuando sus contemporáneos habían caído ya en el olvido.

También ahora moraba en el pueblo un individuo singular. Todos los visitantes, lo conocían y tenían fija en él su atención. El hombre, era Juan Montalvo, quién, aunque había llegado hacía poco, se lo conocía ya, debido a sus excepcionales dotes y pasando por alto la costumbre, como escritor y abogado, especialmente en casos de pleitos y litigios. Gozaba de gran prestigio en la casa y era objeto de curiosa observación: se le admiraba y se le envidiaba, y, en secreto, se les censuraba también.

Los más profesaban afecto a Montalvo. No tenía enemigos en la frontera; era un hombre lleno de bondad, de sencillez, de humildad, únicamente los eruditos de la iglesia mezclaban en su amor cierto desdén, pues Montalvo, aunque fuese un hombre letrado era liberal. Poseía esa simplicidad que es sabiduría, pero su latín era modesto y el griego lo desconocía por completo.

Esos pocos que, en algunas ocasiones, se sonreían de la candidez del escritor, eran los que más entusiasmo sentían por Juan Montalvo, el apuesto hombre, con su culta manera de hablar, sus aristocráticos modales, su serena y penetrante mirada de pensador y sus labios finos, hermosos y enérgicos. Los espíritus cultos lo apreciaban por su maravilloso conocimiento, la gran mayoría de sus coterráneos actuales lo amaba por su distinción y su nobleza, y muchos se habían prendado de él. Y el que fuera tan reposado y contenido y tuviera tan cortesanías maneras desagradaba a algunos.

Juan Montalvo soportaba, a su modo, el destino de los elegidos, y también dominaba y sufrían a su modo. Y sin embargo ni solían reunirse a solas ni podían acostumbrarse a su mutua compañía. Montalvo recibía todos los mandatos, consejos y alabanzas de la gente con irreprochable actitud; jamás contradecía, aunque sufría de malhumor; y si era exacto el juicio de sus amigos que no tenía más defecto que el orgullo, ese defecto sabía ocultarlo a maravilla. Nada podía decirse de él: era perfecto y superior a todos. Empero, fuera de los eruditos, tenía pocos amigos verdaderos; su distinción lo envolvía como en un aire helado.

En Tinta Verde

Lo despertó un golpe muy leve en la frente. André Sampedro se encontraba magullado y con su cuerpo golpeado. El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota le cayó en un ojo, nublándolo. Otra le estalló en la barbilla. La lluvia, fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo como un elixir mágico que sabía a encantamientos, estrellas y aire, arrastraba un polvo de especias, y se le movía en la lengua como raro vino mágico.

—Pero por suerte no me ha pasado nada dentro de lo que cabe, — comentaba en voz alta— tengo un oído como si lo tuviera entaponado y me duelen un poco las cervicales y los huesos del pecho y la rodilla la tengo amoratada pero nada más, en la barriga, me han salido como dos manchitas rojas que le tendré que consultar al médico pero supongo que no será nada, raje el cristal con la cabeza pero solo tengo un chichón gigante tengo la cabeza dura.

Se incorporó. Dejó caer la manta y la camisa azul. La lluvia arreciaba en gotas más sólidas. Un animal invisible danzó sobre el fuego y lo pisoteó hasta convertirlo en un humo airado. El accidente fue ya llegando a la nariz del diablo en la curva de llegada al monumento de la Virgen de Las Lajas. Iba para la costa Pacífica a 100 km/h y el auto que venía detrás a gran velocidad lo adelantó y pegó un frenazo total que su carro se levantó del choque y volvió a caer del golpe no sintió nada durante unos segundos pero le dolía un montón el pecho, no podía respirar, luego se dio cuenta que era por el cinturón que si no lo hubiera llevado puesto hubiera salido fuera del cristal y se podría haber matado. ¡Tengo mucha suerte! —Refunfuño —

Caía la lluvia. La gran tapa negra del cielo se dividió en siete trozos de azul pulverizado, como un agrietado y maravilloso esmalte, y se precipitó a tierra. Diez mil millones de diamantes titubearon un momento y la descarga eléctrica se adelantó a fotografiarlos. Luego oscuridad y agua. Calado hasta los huesos, André Sampedro se reía y se reía mientras el agua le golpeaba los párpados. Aplaudió, y se incorporó, y dio una vuelta por entre los matorrales, era la media noche.

Llovió sin cesar durante tres horas. Luego aparecieron las estrellas, recién lavadas y más brillantes que nunca. El señor André Sampedro, busco su maleta, sacó una muda de ropa de una bolsa plástica, se cambió, y se durmió en un escampado, con una sonrisa en los labios.

En Tinta Verde

El sol asomó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la tierra y despertó al señor Sampedro. No se levantó en seguida. Había esperado ese momento durante todo un interminable y caluroso mes de trabajo, y ahora al fin se incorporó y miró hacia atrás. ¡Era una mañana verde! ¡Y estaba vivo!

Los árboles se erguían contra el cielo, uno tras otro, hasta el horizonte. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino todos los que cubrían gran parte de la carretera, el sitio se denominaba Chambú. Y no árboles pequeños, no, ni brotes tiernos, sino árboles grandes, enormes y altos como diez hombres, verdes y verdes, vigorosos y redondos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes, árboles alineados sobre las colinas, pinos, mimosas, robles, olmos, álamos, cerezos, arces, fresnos, eucaliptos, estimulados por la lluvia tumultuosa, alimentados por el suelo mágico, árboles que ante sus propios ojos echaban nuevas ramas, nuevos brotes.

— ¡Imposible! — exclamó André Sampedro

La madrugada y la mañana eran verdes. ¿Y el aire? De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el aire nuevo, el oxígeno que brotaba de los árboles verdes. Se podía ver brillando en las alturas, en oleadas de cristal. El oxígeno, fresco, puro y verde, el oxígeno frío que transformaba el valle en un delta frondoso.

André Sampedro aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo, y se desmayó. Antes de que despertara de nuevo, otros cinco mil árboles habían subido hacia el sol amarillo.

CAPÍTULO VI

Tenía la nariz un poco grande, pero de bella forma aguileña; un ligero bozo sombreaba en capas de colores su labio superior. Su tez de un mate uniforme y una palidez pastel, las ondas lustrosas de sus cabellos, recordaban el agua de los ríos, ¡Y sus ojos, sobre todo! Ojos de un café oscuro con un círculo negro en la pupila, ojos magníficos, ojos triunfantes, aun en ese momento en que el espanto y el dolor apagaban su brillo. Involuntariamente le vino a André Sampedro “Chapitas” a la memoria el maravilloso momento que acababa de pasar en su vida, pero ni aun en sus sueños había encontrado nunca nada parecido. Había tocado la muerte, ahora debía volver, su respiración era rara y desigual; hubiera dicho que para respirar aguardaba cada vez a que el aire entrara para recobrar el aliento. A su memoria llegó la imagen de su llegada a Ipiales:

André frotaba sin descanso. No se limitaba a mirar a la joven. Le llamaba también la atención la original figura de Tito. Albeiro desfallecido, sin resuello, el hombre se estremecía a cada movimiento de cepillos, exhalando un gruñido quejumbroso, y sus enormes mechones de pelo, bañados en sudor, se balanceaban con pesadez de un lado a otro, como las raíces de alguna planta grande descalzadas por una corriente de agua.

—Quítele usted las botas, por lo menos — iba a decirle André Sampedro “Chapitas”.

El perro al escuchar la voz gritar, probablemente trastornado por el carácter extraordinario de estos sucesos, se agachó sobre las patas delanteras y se puso a ladrar.

— ¡Cállate, sus! — Cuchicheó el viejo Tito en tono amenazador.

Pero en ese momento, el rostro de la joven se transfiguró: se alzaron sus cejas, agrandándose aún más sus grandes ojos, radiantes de júbilo.

Miró André Sampedro la cara del muchacho que iba adquiriendo un poco de color, los párpados habían oscilado, palpitaron las ventanillas de la nariz; aspiró el aire a través de los dientes, apretados aún, y exhaló un suspiro.

— ¡Albeiro! — exclamó la joven. — ¡Albeiro!

En Tinta Verde

Se abrieron los negros ojos de Albeiro; aún miraban con vaguedad, pero sonreían ya débilmente. La misma sonrisa cruzó por sus labios pálidos; en seguida movió el brazo que colgaba, y con esfuerzo lo puso junto al pecho.

— ¡Albeiro! — repitió la joven, levantándose.

Su rostro tenía una expresión tan viva y tan intensa, que parecía pronta a deshacerse en lágrimas, o a echarse a reír.

— ¡Albeiro! ¿Qué hay? ¡Albeiro! — dijo una voz en la pieza inmediata. Y una señora, pulcramente vestida, morena, de pelo entrecano, entró con paso rápido. La seguía un hombre de cierta edad, y por encima de su hombro se mostraba la cabeza de otra mujer.

—La joven corrió a su encuentro —.

Como si despertara André regreso de sus pensamientos, debía enfocarse en salir a la carretera, para buscar ayuda y volver a Ipiales. Lo único bueno de estar sin carro es que, en el autobús que me lleva, puedo enchufar los auriculares a mi iPad y escuchar todas las maravillosas piezas que Yolima me ha grabado. — Pensó — Cuando llego, tenía una estúpida sonrisa dibujada en la cara.

Horacio levanta los ojos hacia André, atónito.

—Buenos días. Que pasó, ¿estas vivo! Hermano, cuanto ha pasado, donde has estado. Aquí todos te hemos rezado muerto. No se encontró el vehículo y de esa garganta tan profunda de rocas, nadie sale vivo.

Su comentario le molesta. ¡Qué inapropiado!

—He dormido mal, he caminado, nadie me ha ayudado, me salve de morir, ¡gracias, Horacio!

— Buenos días. Frunce el ceño —.

— ¿Puedes leer esto por mí y redactarme los informes correspondientes para la hora de comer, por favor? —Le entrega cuatro manuscritos —. Ante el gesto de horror, añade:

— Solo los primeros capítulos.

—Claro.

Horacio conecta el computador para empezar a trabajar, mientras se termina el café con leche.

“Montalvo profesa admiración profunda hacia el pueblecito de Ipiales, fronterizo entre Colombia y Ecuador, donde se ha asilado a raíz de su primer destierro. Vive en un piso alto — con buen aire para sus sensibles pulmones — y en el frontis de su casa los ipialeños han clavado una placa conmemorativa alusiva a su estancia allí. En medio del bosque el ilustre exiliado, con sus propias manos, ha construido una mesa muy alta con palos y bejucos, de suerte que “el gran caminador a pie”, cada vez que llega de un paseo liberador de tensiones, escribe una o dos hojas de su resma de papel de quinientas páginas. Desde cuándo —ya publicada toda esa obra maciza que integra *El Cosmopolita* — se han ido nucleando los Siete Tratados, Las biografías no pormenorizan mucho. Sólo dicen que en Besanzón los dio a la luz, en hermosa encuadernación, en 1883-1884. *El Cosmopolita* acaba de llegar, meditabundo, de una caminata larga. Y se entabla un diálogo entre el Espectador y la soledad y la naturaleza. Eso ocurre tarde tras tarde. Él, Juan Montalvo no ejerce oficio alguno obligatorio, es sólo un escritor de tiempo completo. En Ipiales se dan milagros, ese Ipiales que está sublimado en las páginas de su largo y minucioso artículo titulado “El Sur de Colombia”. El sol se ha hundido tras el Cumbal. Añorando a su Ficoa y a su Ambato desde la distancia, ha visto un mar de violado purísimo en nubes lejanas. Ha visto más: una nube figura un pavo real a manera de abanico de colores variadísimos; ha percibido nubes verdes nunca vistas; ha visto esfinges apocalípticas. Desde su balcón ha contemplado y pintado esos cuadros: son cuadros de la Cordillera Andina.

Días antes, el desterrado había llegado a ese pueblecito. Un día su respetable amigo don Ramón Rosero lo ve tendido en el suelo, anegado en lágrimas —lágrimas de hombre — a raíz de una larga lucha cuerpo a cuerpo con el dictador que le arrebató a él y a los suyos la patria, madre de todos. Su amigo Roberto Andrade llama a ese drama su “llanto de Getsemani”. El desterrado político pone sus flechas de parto en su carcajada, pero a la vez ase su capaz maleta de cuero, que el bueno de Rodrigo Pachano Lalama, ido del mundo, custodió en vida como reliquia venerada. Allí estaban ordenados importantes cuadernos de ensayos sobre el genio o la belleza, sobre Bolívar y Ricaurte, sobre lo que llamó *El Buscapié*, conexionado al Quijote, libro

inimitable e imitado por él sobre las opiniones de los filósofos griegos en apretado compendio y sobre una teoría sociológica y moral de la nobleza que la cifraba en las virtudes.

Esa faena se repite todos los días. *Gutta cavat lapidem*, la gota cava la piedra. Gota a gota se formarán los Siete Tratados. El desterrado advierte que en Ipiiales — invita al lector a llorar — está escribiendo “sin libros”. Su biblioteca y la de su hermano Francisco Javier, las que eran consultadas en Quito y Ambato, allá se quedaron, no se sabe dónde. El escribir sin libros es confesión que parece increíble al escudriñar esa obra magna. ¿Acaso algún peregrino desde Bogotá le trajo en las alforjas de su caballo alguna Gramática de Bello, o las Apuntaciones de Cuervo, o La historia de la caída y decadencia de Roma de Gibbon, o los Diálogos de Platón? Pero en su maleta de cuero “está aquel grande cuaderno de pasta negra, donde están anotados por él pensamientos, giros gramaticales, anécdotas históricas, que tuvimos en nuestro poder. No es hipérbole lo que dijo Montalvo que, dado los libros que antes consultó en Quito y en París, en Italia y en Madrid, ninguno tenía en Ipiiales; pero esa obra lograda —los Siete Tratados — fue para Blanco Fombona “monumento de la lengua castellana”, “empresa de gran monta”, recuerdos de viajes bien aprovechados. Y prueba de que no tenía libros en su destierro de Ipiiales es que El Cosmopolita, ya publicado, libro del que era autor, se lo pidió prestado una vez a un amigo, pues no lo tenía el desterrado en Ipiiales. Frisaba el autor en 1873 —año en que confesó que “fueron escritos casi todos los Siete Tratados” — con los cuarenta años de edad, edad de plenitud para un escritor, erudito y pensador. En ese año de 1873 se cartea Montalvo a lo grande con don Rufino José Cuervo, quien lo llama “filósofo y defensor de los derechos humanos”. Han pasado seis años y las hojas de la resma de 500 han engruesado en su maleta de cuero; y el 24 de octubre de 1879 le escribe a su caro protector y amigo Don Rafael Portilla, desde Ipiiales:

“Roberto Andrade me dice que no me envía los manuscritos que le dejé, para que Ud. los lea. Si tiene ratos perdidos, léalos pronto: no hay más plazo que hasta el 20 del entrante. Y si los lee no se excuse de darme su opinión”.

¿Qué son esas joyas manuscritas? Son los manuscritos de Los Siete Tratados; y precisa Montalvo:

“Son siete cuadernos de esos, destinados a ver la luz del día en Francia con el título de Siete Tratados y Tres Musas”.

En Tinta Verde

Quiere el autor que el reflexivo Portilla le dé su opinión, ya que el joven jurista Roberto Andrade está dedicado al Código Civil “*y no sabe qué decir de mis tratados*”. Las Tres Musas quedarán fuera del contexto definitivo de Besanzón al editarse.

De 1873 a 1883 fue leído, releído, retocado, burilado —durante diez años ese monumento de saber, cultura y ahondadora filosofía. El rico minero salvadoreño Macay y Eloy Alfaro, luego presidente — serán los Mecenas de ese libro, pero fracasaron una y otra vez en llegar las letras de cambio para su remuneración editorial. Montalvo reniega y se querella en cartas de que Macay “*vomita miserias*”. Montalvo dice que ha renunciado a su propia publicación. La revolución le impide a Alfaro tomar dinero para libros, pues la patria es lo prioritario en aquellos instantes decisivos. Montalvo está endeudado en 25,000 francos con el editor. El 5 de febrero de 1883, Montalvo le dice a Adriano, su querido sobrino:

“El libro Siete Tratados está al fin: se concluirá a mediados de este mes”

Pero aún falta por pagar dinero al impresor y al empastador que con soberbia encuadernación se hizo. A Adriano reconoce Montalvo, al fin, que el rico hombre Macay le ha enviado una letra (14 de septiembre de 1884)

“muy considerable, en días de angustias”.

Macay queda exonerado de toda culpa.

Montalvo había hecho en los Siete Tratados la apología del célebre político liberal, escritor clásico y orador sumo, ya antes, en *El Regenerador*, lo hizo superior a Demóstenes y a Cicerón. En el tratado *Del Genio* —uno de los Siete Tratados— dice que el telégrafo lleva sus discursos por toda Europa y América. A su vez, Castelar presenta al gran ambateño a personalidades políticas y literarias de Madrid, y le organiza un banquete —aparte de invitarlo a su propia casa— y Montalvo pronuncia un brindis por la unidad de los valores hispano-americanos; *El Cosmopolita* se siente otra vez cosmopolita durante sus palabras de agradecimiento.

Es Juan Montalvo uno de los escritores más notables de la América del Sur, y la importante obra que acaba de dar a la luz con el título de *Siete Tratados*, alcanzará de seguro la

bien merecida reputación de dicho ilustrado publicista. En los Siete Tratados, contenidos en dos lujosos volúmenes, admirablemente impresos en Bensanzón, el autor se ocupa de importantes asuntos de filosofía, ética, estética e historia, terminando la obra con un trabajo curiosísimo en doce capítulos, titulado El Buscapié, prólogo de un libro inédito titulado Ensayo de imitación de un libro inimitable o Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. En esos Siete Tratados el señor Montalvo presenta y discute con habilidad consumada las más elevadas cuestiones de filosofía y de moral, y manifiesta en sus disquisiciones su profundo conocimiento de las civilizaciones de los pueblos antiguos y modernos. Se ocupa del origen de la especie humana, y va a parar al “Uno”, “germen fecundo que llena el universo con su multiplicación infatigable”. Montalvo era un monogenista en su idea de la cuna de la humanidad.

Sabios y notables escritores españoles —muchos presentados a él por Castelar, quien a su vez lo endosa para miembro de la Academia Española de la Lengua — lo admiran. Así don Manuel del Palacio, adalid de la revolución española de 1883, autor de *Veladas de Otoño*, al recibir autografiado los Siete Tratados, le expresa “con cuanto placer he devorado las páginas de su precioso libro”. Otra figura de relieve, don Jesús Pando y Valle, director de *La Gaceta*, miembro de las más importantes corporaciones científicas y literarias, iniciador de la Unión Literaria Iberoamericana y director de la revista *Los dos mundos*, se une a Monsieur Meulemans, de *Le moniteur des Consulats*, y exalta la obra cumbre en uno de los más valiosos estudios hechos sobre Montalvo. Otro español, el vizcaíno don Antonio de Trueba, califica a nuestro autor de pensador avisado y filósofo, y exalta su examen del hombre y su modo de tratar las cosas de América. Ese crítico es el autor del *Libro de los cantares*, traducido a cinco idiomas. Montalvo siente la tranquilidad en Madrid de no verse acosado por sus detractores del tiempo de *El Cosmopolita*, ni por el tal Pérez y Soto, quien al atacar a Montalvo, fue hecho trizas por Rubén Darío, que fue discípulo de Montalvo, le dice pues “el Águila no caza moscas”. Y el diputado Víctor Balaguer, autor de la *Historia de Cataluña*, le tributa su alabanza, coincidiendo con momentos en que nuestro desterrado visita Barcelona; y en Siete Tratados hace la etopeya de la gran tañedora del arpa en las cortes de Europa, Esmeralda Cervantes, alabada por Wagner y con la que teje un idilio; y celebra esa “arpa encantada, instrumento cuyas clavijas gimen amorosas”.

Pero la celebridad del ambateño trasciende los lindes españoles, y he aquí que el 22 de septiembre de 1883, el cartero le entrega a don Juan, con alborozo, un sobre cerrado. Se hace pequeño aquel gran hombre e historiador, César Cantú, ante Montalvo. Le dice que ningún título tenía para recibir el regalo precioso de los Siete Tratados. Martí es exégeta del historiólogo Cantú, a quien llama “contador mágico”, y a su gran historia “obra ciclópea” alaba a “aquél que ha escrito tantos libros que pueden ser pedestal para su estatua”, y lo llama “investigador pasmoso”. Cantú es el autor de la Historia de Lombardía y de la Historia Universal, que en antes, en 1920, leíamos y consultábamos. Cantú, de entrada, como historiador, celebra el americanismo del ecuatoriano y le dice: “Los que como vos conocen la América, y tienen amor por ella, están obligados a hacerla conocer cada día más y más”. Como José Cecilio del Valle dijo en 1822: “La América será desde hoy mi preocupación exclusiva: América de día cuando escriba; América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América”. Así fue para Montalvo. Por eso Cantú encarece sus Siete Tratados. Y Martí dijo: “La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria”.

César Cantú le dice que los Siete Tratados eran conocidos en Italia, y que El Buscapié fue traducido a la lengua italiana. Y sobre la historia de América, y su tema principal, el de los héroes de la emancipación de América, le reconoce su autoridad, diciéndole que en su tratado “se puede beber como en fuente de gran caudal y que abundan en él hechos y conceptos pertenecientes a los últimos sucesos de América”; y asevera Cantú que Montalvo “honra a la patria y al género humano”.

A los cinco días de recibida por Montalvo esta carta, desde Milán —el ecuatoriano comenta lo que le habrán sabido esos endosos a sus zaheridores coterráneos. El cartero trae otra misiva del Piamonte, de Pinavelo. Es del renombrado novelista Edmundo D’Amicis, autor de Corazón “Diario de un niño” — y autor del libro España — lo que demuestra la devoción del escritor italiano hacia este país latino fraterno, tal el aporte a la cultura española, la que, por otra parte, exaltó en Montalvo don Juan Valera. Subraya D’Amicis “la rareza y valía de la prosa y las ideas de Montalvo”. Y ésta es una verdad; y por ello Rubén Darío escribió Los Raros. Rareza por su originalidad literaria y filosófica. D’Amicis califica el ejemplar de los Siete Tratados de

En Tinta Verde

“espléndido regalo” y le dice que “su admiración es grande”, y habla de “la belleza de su forma” y de “lo elevado del propósito”.

El ecuatoriano está en la espiral de su apoteosis en Europa; pero anhela recibir la enhorabuena de queridos compatriotas en ese año zenit montalviano, en que ve dolorosamente que “la patria va de Veintemilla a Ordóñez, como signo de mala suerte”. Y el ambateño le hace saber a Portilla que “los Siete Tratados han alcanzado un gran triunfo”. Y qué triunfo no hubieran alcanzado los libros publicados con posterioridad a los Siete Tratados, los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, Geometría Moral y los dramas integrantes de El libro de las pasiones. Como recuerdo especial le envía a Portilla su gran libro el 3 de noviembre. Pero se queja de que estos libros últimos no los puede publicar por falta de fondos. Más confiesa que con el producto inicial de los Siete Tratados está librando su subsistencia. El 15 de diciembre le expresa al propio Portilla algo importante. Rodó, Merchán, Blanco Fombona y Benjamín Carrión afirmaron sin más que Montalvo no era filósofo, en cuanto tal. El propio Montalvo va a decir lo contrario. Oigamos:

“Le mandé a usted un ejemplar de los Siete Tratados con la dedicatoria que requería nuestra amistad. Ojalá en ese libro halle usted algunos instantes de olvido de sus disgustos, y quizá algún consuelo en ciertas páginas donde habla el filósofo hecho y rompiendo las cosas de la vida. Conforte el alma, amigo querido, y bañe usted su corazón con la esperanza”.

Llegamos al año 84, y se intensifican sus relaciones con el escritor español don Leopoldo García Ramón, quien escribirá un estudio muy cabal intitulado “Don Juan Montalvo y los Siete Tratados”. Colaboraba García Ramón en publicaciones como La España Moderna y El Correo de Ultramar, y era autor de libros como Dos amores, y dio cuenta de la enfermedad del ambateño en sus últimos días en un artículo muy valioso para su biografía. En enero de ese año le pide García Ramón que le dedique y firme el ejemplar obsequiado de Siete Tratados. ¡Qué hermosa dedicatoria le puso a su devoto amigo sevillano!

Pero anhelaba Montalvo saber la reacción de uno de sus familiares, y la recibió de su sobrino César Montalvo quien en 1878 fue objeto de la venganza de Veintemilla.

En Tinta Verde

“César, ése mi sobrinito de 19 años que acaba de ser desterrado, y que sólo tuvo la culpa de llamarse Montalvo”.

Eso fue a fines del 78. Pero en febrero del 84 le dice a César Montalvo —para que lo sepa la familia —:

“Hasta hoy habrán ustedes recibido y leído los Siete Tratados, y no sé si les habrá parecido más el ruido que las nueces. Por aquí siguen triunfando, como lo verás en la parte ilustrada de El Correo de Ultramar que te remito, donde consta un bello artículo de un español de mucho nota (alude al propio García Ramón), quien me pone como superior a Castelar, como escritor. Reproduzcan por allá ese artículo en una hoja grande de una sola cara. Si todas estas cosas quedan ignoradas, el juicio de mis compatriotas podría ser extraviado, juzgando por ellos solos”.

Y continúa:

“Exageración ha de haber en eso que me dices de bastar apenas mil ejemplares para los pueblos del interior; pero ya que los desean, van por de pronto en este mismo vapor 300 que La Mota debe dirigírtelos a ti para que tú le pases 200 a Terán, a Quito, y coloques los 100 por allí, según tus listas”.

Y aclara

“He preferido este modo de mandarlos, a fin de que se expongan menos si hubiese peligro de parte del cabo Ordóñez (es decir, la censura). Yendo directamente a Quito pudieran ser confiscados. Cien ejemplares fueron al principio para Quito, en caja a propósito para carga de mulas; pero La Mota no hizo caso de las instrucciones. Hubo trampas de un pícaro. Algunos llevan pasta muy hermosa y cara. Si dura el fervor, no pedirás por ejemplar más de seis soles, y precio fijo. Harta necesidad tendré de ese auxilio en el nuevo y largo destierro”.

En Tinta Verde

Los parabienes se extendieron a altas figuras del gobierno, como los de don Rafael Seijas, Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, quien al recibir la obra de Montalvo, “sujeto tan notable en la república de las letras”, como lo califica, pondera “ese nuevo universal triunfo de su talento”, ese “obsequio de la libertad y de los demás bienes a que aspiran las inteligencias elevadas hacer reinar en el mundo”. No se lo dedica al ministro del régimen guzmanista, sino al particular. Pero, sea cual fuere el gobierno reinante, en Venezuela, era forzoso admirar un tratado como el de Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana, héroes como Bolívar, como Ricaurte, como Páez y tantos otros, sublimados en las páginas del ambateño.

De la gente liberal de América, el médico y patriota puertorriqueño doctor Ramón Betances, colaborador de Martí, agradece el envío que hubo de compartir con sus compatriotas, y le dice Betances que esos dos libros no saldrán ya de su hogar porque con ellos “su espíritu se recreará con pensamientos nobles y en un lenguaje que no puede ser más bello”.

Ya en tiempos en que le rondaba su enfermedad última en París, en su larga y afectiva correspondencia con la Condesa de Pardo Bazán, Montalvo le dice a la gran novelista, que a más de *El Espectador*, que es obra de suyo reciente, le gustarán el episodio de “El cura de Santa Engracia” o el “Sermón del Padre Juna en la Basílica de San Juan Mártir”, lo que absolvería de toda crítica a esa “alma religiosa y pensamiento heterodoxo”, como la caracteriza la Condesa a su admirado prosista y panfletista. Luego la condesa elogiará la *Mercurial* por su sustancia y estilo.

Debo completar el itinerario o vía crucis de la gran obra clásica. El 16 de noviembre de 1882 Don Juan le escribe a su sobrino Adriano:

“El libro de los Siete Tratados corre mala fortuna está hecho como hasta la mitad del segundo volumen, y yo temblando que se concluya porque no tengo cómo pagarlo ni cómo cumplir con el contrato. Eloy (Alfaro) me dice que no tenga cuidado, pero él mismo no sabe qué hacerse pues todos sus arbitrios los sacaba de las minas de Macay a quien le debe 200,000 pesos”.

Pasa un año, y el 5 de enero de 1884 le dice al propio corresponsal:

En Tinta Verde

“¿Llegó a tus manos el ejemplar de los Siete Tratados que te mandé? ¿Qué te parece la impresión, el libro?”

Y van cajas al Ecuador, para deleite y orgullo de sus amigos lectores de lo sólido y bello.

En fin, no faltó entre sus receptores la Sociedad de Artesanos amantes del Progreso, quienes desde Guayaquil, el 8 de mayo de 1887, como defensores obreros de la doctrina liberal de Montalvo, le piden su colaboración para su Álbum, al “ilustre prosador ecuatoriano, gloria de las letras americanas y autor incomparable de los Siete Tratados y El Espectador”. Es buena prueba de endoso a Montalvo, que los obreros manuales y el pueblo en general leyesen su gran libro. Pero ¿no será cierta la aseveración del escritor español don Manuel el Palacio, según la cual “Los Siete Tratados son demasiado profundos para que lleguen a ser populares?”

Horacio se queda pensado, ¡sí!, —reafirma lo que ya traía entre ojos — ¡es sangre de Montalvo!

CAPITULO VII

— ¡Está salvado, André! ¡Vive! — exclamó estrechando convulsa entre sus brazos a la señora que acababa de entrar.

—Pero ¿qué ha sucedido? —repitió ésta—. Venía yo a casa, y me encuentro al señor doctor con Luisa. Mientras la joven contaba lo que había pasado, el doctor se acercó al señor André, para curarlo, y continuaba sonriéndose con aire un poco forzado, cual si estuviese confuso por el susto de que había sido causa.

—Por lo que veo —dijo el doctor a Horacio— se ha llevado el susto de su vida; han hecho ustedes muy bien en llamarme, fue una idea acertadísima.

Veamos ahora tendrá que hacerse unos exámenes. Pulsó a André y le dijo:

—Saque usted la lengua.

Yolima se inclinó con solicitud hacia André, quien se sonrió más francamente, levantó la vista hacia ella y se puso serio.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y nunca había mirado atrás. Mirar atrás hubiera sido descorazonarse para siempre. El tiempo era excesivamente seco, parecía poco probable que lloviera en la frontera. Quizá toda su campaña, esas cuatro semanas en que había estado encerrado en cama, recuperándose del accidente, eran parte de la cosmovisión que se tramaba en torno suyo y tiempo perdido para su investigación. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el andén soleado, alejándose de la ciudad, aguardando la llegada de las lluvias.

Mientras se cubría los hombros con una manta, vio que las nubes se acumulaban sobre las montañas secas. Todo en Ipiales era tan imprevisible como el curso del tiempo. Sintió alrededor las calcinadas colinas, que la escarcha de la noche iban empapando, y pensó en la tierra negra como la tinta, tan negra y lustrosa que parecía arrastrarse y vivir en el hueco de la mano, una tierra fecunda en donde podrían brotar unas habas de larguísimos tallos, de donde caerían quizás unos gigantes de voz enorme, dándose unos golpes que le sacudirían los huesos. El fuego tembló

En Tinta Verde

sobre las cenizas soñolientas. El distante rodar de un carro estremeció el aire tranquilo. Un trueno. Y en seguida un olor a agua. Esta noche —pensó—. Y extendió la mano para sentir la lluvia. ¡Esta noche!

— ¡Imposible! — exclamó André. Pero Ipiales y la mañana eran verdes.

Se inclinó sobre los documentos que tenía frente a sus ojos, acababa de llegar del Ecuador, estuvo en Ambato, la ciudad que vio nacer a Juan Montalvo Fiallos y traía toda una historia para su novela:

Extendió los documentos sobre su escritorio, sobresalía “Parque Montalvo”: Que fue construido a partir de 1905 en el lugar que ocupaba la Plaza Mayor o Plaza Matriz con un importante aporte del Gobierno de Eloy Alfaro. El diseño general del Parque fue realizado por el Arquitecto Pedro Durini y la construcción estuvo a cargo del señor Alfonso Troya.

Siguió con el monumento colocado en la mitad del parque que fue diseñado en Italia por Pietro Capurro y tiene dos hermosas y majestuosas figuras: la estatua en bronce de don Juan Montalvo y la figura en mármol de Carrara del genio de Montalvo. El pedestal fue construido de mármol bardiglio de color azul, su inauguración se llevó a cabo en junio de 1911.

Y entro en lo que le parecía más importante la “Casa de Montalvo”: Que es la institución más representativa de la ciudad localizada en la esquina norte de la Plaza Mayor y edificada en un solar que perteneció a la Señora María López Naranjo, que fue vendido a Don Marcos Montalvo Oviedo un progresista comerciante guaneño casado con Doña Josefa Fiallos, padres de Juan Montalvo. La casa que se edificó es la hoy existente en la esquina de las calles Bolívar y Montalvo, en ella desde 1927 hasta 1984 funcionó la biblioteca de Autores Nacionales y desde 1988 hasta la actualidad funciona el Museo Montalvino en el cual se exhiben valiosas piezas museables que dan fé de la vida y obra del ilustre escritor ambateño. El Mausoleo de Juan Montalvo; que lo contiene la casa de Montalvo. Edificado en 1932 por el Arquitecto Jorge Mideros, quien utilizo el estilo monumental griego. El cadáver de Juan Montalvo reposa en su interior y puede ser observado por el público. El 13 de abril de cada año es homenajeado por la labor educativa de este Ilustre ambateño.

En Tinta Verde

Por último El Museo Montalvino, que actualmente está conformado por seis salas, identificadas de la siguiente manera: Iconografía y objetos familiares, Sala familiar, El Ambato de antaño, manuscritos y prendas de vestir, Vida política de Montalvo y Personajes de la época, Producción literaria, periodística y Llegada de sus restos mortales a Ambato y por último la Sala de los destierros. Aquí encontró lo que buscaba, la llegada de Juan Montalvo a la Ciudad de Ipiales; Se sentó reposadamente, abrió su computador y continuó escribiendo:

La ciudad de Ipiales, conocida como ciudad de las nubes verdes, es centro turístico, comercial y religioso por hallarse a siete kilómetros del santuario “de las lajas”.

Ipiales nació en 1.535 “como villa de san pedro mártir” en el sitio denominado “loma de Puenes” y fue organizada por el conquistador Diego de Tapia, sujeto al jefe Sebastián de Belalcazar.

En 1.585, sin la existencia del obispo Pedro de la Peña que murió dos años antes, los canónigos determinaron hacer visita del obispado nombrando a los dominicos Diego Benavides y Andrés moreno visitantes de Ipiales para ubicarlo en el sitio que hoy ocupa, entre colinas y planicies de hermoso atractivo donde resalta el Cumbal, evento volcánico, que testificó el afincamiento de la “cultura Pupiales” cuyos objetos de orfebrería son cimiento para la constitución de un parque arqueológico que da lumbre a la historia regional, muy ligada a la antehistoria de la provincia Cotopaxi en Ecuador.

Hasta aquí llegó Juan Montalvo Fiallos quien representa el eje evolucionista de la prosa castellana; en su tiempo y contra las adversidades del medio, encumbró su altivez e ingenio para demostrar que con el arte de la pluma y la pasión del talento creador, era factible “desollar todo lo desollable”. allí sus obras: el cosmopolita, capítulos que se le olvidaron a cervantes, geometría moral, la dictadura perpetua, el espectador, el libro de las pasiones, el regenerador, mercurial eclesiástica, las catilinarias, siete tratados, páginas desconocidas.

Haciendo recuento de los exilios de Montalvo “entre voluntarios y forzados”, cabe recordar Ipiales, pueblo del sur colombiano que brindó albergue y fue fortín para el rebelde e ingenioso artífice del lenguaje.

En Tinta Verde

Desde el tres de enero de 1.868 en que circuló el primer número de “El Cosmopolita”, recrudeció la lucha contra el presidente ecuatoriano García Moreno. En 1.869, buscó exilio en Ipiiales partiendo luego a Panamá y Europa.

En Ipiiales, Montalvo tuvo a la Sra. Pastora Visitación Hernández como su ama de llaves, en la hospedería frente a la plaza “Veinte de Julio” a donde llegaría más de una ocasión. Ella, cuidaba la ropa, la alimentación, además de ofrendarle amor al ambateño. Unos aseguran que tuvo tres hijos, otros añaden que cuatro. De lo que he averiguado, el cosmopolita dejaría descendencia en la familia Coral; dos bisnietos, uno de ellos, visita la quinta en Ficoa y la casa de Montalvo en la ciudad de Ambato.

Para 1.870, Montalvo viajó a Panamá, Francia, Alemania y Lima en el Perú, retornando a Ipiiales donde comenzó a escribir “Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes”. Cuando llegó procedente del Perú, recibió las visitas de los niños que no se hicieron esperar. Entró una muchachita de cabello claro, crespa, sin peinar, como del pueblo, no tenía zapatos; limpia eso sí y bien ataviada como una princesa plebeya. De entre el seno y el rebose sacó dos huevos frescos, abultados, resplandecientes y extendiendo la mano dijo: son de mi gallina negra. ¿De dónde viene señor? Del Perú mi vida. —Contesto Juan Montalvo— ¿sabes hacia dónde queda? —Prosiguió— si, por allá, por Tusándola. —Respondió la niña—

Para 1.875 una niña llamada Visitación Hernández nació hija de Montalvo, igual que su hermano Adán Hernández, aparecen en el registro de nacimientos como “hijos de madre soltera”.

El primer vástago de Juan Montalvo en Ipiiales, Adán, nacido el siete de febrero de 1.873, desapareció a los 47 años, era un ciudadano extraño que “a ratos lloraba” arrancándose el cabello y otras veces permanecía “con mirada de loco” que generaba temor en las personas.

Cuando Montalvo viajó a Potosí, enclave cercano a Ipiiales queriendo solventar su deprimida situación económica “en calidad de abogado empírico”, conoció a la damita Elvira Terán que le daría amor y un vástago llamado Jorge Montalvo Terán, el único registrado por su padre y el único que a futuro se avergonzaría de su origen. Montalvo Terán fue uno de los abogados más prestigiosos y mejor vestidos de Nariño, “su orgullo le arrastró hasta quitarse el

En Tinta Verde

apellido paterno”, se puso “Jorge Coral Samper” el primer apellido es de su padre adoptivo, el segundo es una expresión francesa que en español significa “sin padre”.

Dicen que en aquellos tiempos de exilio Montalvo “solo comía habas y tomaba café que el mismo preparaba”. No recibía dádivas alimenticias por orgullo o temor a que lo envenenaran. En la noche, tempranamente escribía hasta el otro día. Lo que le consolaba era el regreso de Pastora y su hijo Adán “quien se mantenía en lloros continuos que al cesar le incitaban a destruir lo que hallaba en la alcoba”.

Un día, escaso de recursos, Montalvo en Ipiales, mandó a vender un reloj. Conociendo por las que pasaba económicamente, cierto Ipialeño retribuyó más de lo que costaba el artefacto. Montalvo devolvió el exceso.

Todo parecía listo para el retorno de Montalvo a Ecuador pero con invierno riguroso y caminos intransitables prefirió quedarse en Ipiales, atizando amores con doña Mercedes Acosta, mujer de sociedad con aspiraciones literarias e ideas revolucionarias. El 30 de agosto de 1.879 después de tres años de ausencia volvió a encontrarse con su amada embarazándola a mediados de 1.880, sería un cuarto hijo colombiano del ambateño “un hijo que manifestó inconformidad, manteniendo oculto su origen paterno para no ver mancillado el prestigio familiar”. Algunos aseguran que este último hijo de Montalvo en Ipiales se convirtió en un pundonoroso militar que luchó por la libertad en la frontera colombo-ecuatoriana. Hasta hoy, la familia Acosta mantiene su nombre en secreto, para evitar que todos se enteren de la negación paterna del apellido.

En el año de 1.879, Montalvo, había iniciado el camino a un nuevo auto exilio en Ipiales, continuando la publicación de “El Regenerador”, los colombianos de Pasto le ofrecían respaldo incondicional ante las amenazas de muerte proporcionadas por el propio Ignacio de Veintemilla, Presidente del Ecuador.

En 1.880 comenzó a escribir “Las Catilinas” con el apoyo de Eloy Alfaro en Panamá, al año siguiente se despidió para siempre de Ipiales, de sus mujeres, sus hijos y sus seguidores de Pasto y Carchi para ir a París donde se imprimiría su obra “Siete Tratados” y donde se radicaría el cosmopolita hasta morir el 17 de enero de 1.889, tras penosa enfermedad y operación

En Tinta Verde

quirúrgica. Sus restos fueron más tarde trasladados a Guayaquil y en 1.932, al mausoleo levantado en Ambato, su cuna.

Montalvo en una última carta a su sobrino Adriano dos años antes de su muerte, decía:

“si contara yo con los medios de subsistencia en Ipiales, allá me fuera. Pero no pudiendo llevar nada: ¿qué haría yo al llegar allí?, me acuerdo con amor de los andes; y te he decir que los días menos amargos y más tranquilos de mi vida han sido los de mi destierro a orillas del Carchi...”

CAPITULO VIII

La plaza de que hemos hablado, y que era el centro del pueblo, arriba de la entrada del Pichul, dormía en medio de la oscuridad.

Se distinguían vagamente los cuatro cuerpos de las ciento treinta edificaciones que formaban las casas, presentando el aspecto de un cuartel o un hospital, geométrico, paralelamente colocados, y divididos por calles, flanqueadas por unos jardines iguales. Y en la sabana que se extendía delante, no se oía más que el silbar desesperado del viento y el crujir de puertas y ventanas.

En la casa de los Acosta, en el segundo piso, no se había movido nadie. Espesas tinieblas envolvían las habitaciones del primer piso, como abrumando bajo su peso el sueño de los seres que se adivinaban allí, durmientes, retozando con la boca abierta, destrozados por el cansancio. A pesar del frío intenso del exterior, el aire tenía un calor vivo, ese aliento caluroso de los cuartos que huelen a trabajo, a finca y a tierra.

Las cuatro sonaron en el cu-cu de la sala. Pero nadie se movió; continuaba oyéndose la respiración de los que dormían, acompañada de sonoros ronquidos, hasta que de pronto se levantó Mercedes Acosta. Tan cansada estaba, que había contado, por la fuerza de la costumbre, las cuatro campanadas del reloj que oyera a través del entablado suelo, sin tener ánimo para levantarse, ni aun para despertarse completamente.

Luego, con las piernas fuera de las sábanas, tentó, y acabando por encontrar los fósforos, frotó uno y encendió la vela. Pero siguió sentada en el borde del colchón, con la cabeza tan pesada, que se le iba para uno y otro lado, cediendo a la invencible necesidad de volver a dormir.

La vela alumbraba ya la habitación, que era cuadrada, con dos ventanas, y estaba ocupada con dos camas. Había también un armario, una mesa y dos sillas de nogal, cuyo oscuro color se destacaba fuertemente del fondo de la pared, pintada de amarillo claro. En la pared se veían ropas colgadas de clavos, y en el suelo un cántaro junto a un cuenco de barro que servía de

En Tinta Verde

bacinilla. En la cama de la izquierda, Zacarías, el hijo mayor, mozo de veintiún años, estaba acostado. En el cuarto de Mercedes dormía Juan, que esa noche se había quedado a pernotar con ella. En la de la derecha, el pequeño, hijo del amor, profesado por el escritor a Mercedes; dormía, mientras que en otro cuarto junto al zaguán y en otra cama su hermana Alicia, tan pequeña y endeble para tener nueve años. La puerta vidriera estaba abierta, y por ella se veía el corredor y una especie de antesala, junto a esta otro cuarto, donde el padre y la madre ocupaban otra cama.

Al fin, Mercedes Acosta, hizo un esfuerzo desesperado. Se estiraba, crispaba las manos y se tiraba de los cabellos negros, y alborotados, que se le venían a la cara. Era muy delgada para los veintiséis años que tenía; no enseñaba, fuera de la especie de funda que le servía de camisa, más que unos pies azulados, limpios y hermosos y, unos brazos delicados, de una blancura de leche, que contrastaban grandemente con el color de la cara, cuyo cutis estaba rebosante por el continuo lavarse con jabón negro. Otro bostezo le abrió la boca, un poco grande, con unos dientes magníficos en medio de la palidez clorótica de las encías, mientras que los ojos le lloraban a fuerza de quererse abrir, dándole una expresión dolorosa, que parecía hinchar de fatiga su desnudez entera.

En aquel momento se oyó una especie de gruñido; una voz malhumorada que decía:

— ¡Vamos! ¡Que ya es hora!... ¿Eres tú quien enciende, Mercedes?

—Padre. Ya ha dado la hora en el reloj de abajo.

— ¡Pues date prisa, holgazana! Si no hubieras bailado tanto ayer, con ese señor ¡Montalvo!, que a mala hora lo trajiste a la casa; nos hubiéramos despertado antes. ¡Vaya pereza!

Y siguió gruñendo; pero el sueño le dominó a él también; sus reproches se apagaron en un nuevo ronquido.

Yolima hizo a un lado el computador tenía claro André Sampedro era el bisnieto de Juan Montalvo, le sonaba en su cabeza, el. ¿Por qué Sampedro? ¿Por qué sin padre?

André se miró en el espejo. Cómo puede cambiar todo en un día. Tenía más color en las mejillas y le brillan los ojos. Era el efecto de la lluvia, esa que llueve mansamente y sin parar, llueve sin ganas pero con una infinita paciencia, como toda la vida. Y el hombre solitario, Juan Montalvo de pie en el frío de un pueblo a orillas de la frontera, tal vez igual que él se deja empapar hasta los huesos.

Hace meses que comenzó a olvidar fragmentos de su antigua vida en la Capital, en Bogotá, allí había nacido: su barrio, Los Rosales en el norte cerca a la calle 78, podía mirar todos los días al oriente los cerros. Este barrio, convertido en un importante foco de inversión. Se trataba de un lugar que está muy cerca de las vías principales de la ciudad, pero su inmediación con los cerros orientales, lo alejaban del ruido y dejaban a la vista hermosos paisajes verdes. Y desde entonces sentía que iba a la deriva, exiliado de sí mismo, hacia la frontera perdida más allá de la cordura. Todos los días, cuando amanecía, se escapaba. Mirando al cielo, tratando de encontrar las “nubes verdes”, que miro su bisabuelo, echando las redes de su memoria y tratando de rescatar los recuerdos antes de que se los lleve el viento:

“Yo he visto en el horizonte de cierto País Andino cuadros portentosos que no hallarán cabida en la imaginación de Milton: Las nubes repartidas en largas plumas, que se extienden desde el occidente hasta el cenit en forma de abanico apocalíptico o de cola de un pavo real gigantesco. Estas plumas son blancas; el fondo azul celeste y la simetría tan perfecta, que realmente parece obra de un artista sobre humano. La escala del suelo de Jacob no es ni más grande ni más bella, ni más misteriosa; medio oscura ya la tierra, un suave fulgor ilumina todavía la bóveda celeste; en esa hora incierta, umbral terrible que pasa el día para hundirse en la noche, la imaginación menos pintoresca ve palpablemente un sinnúmero de ángeles saltando por esa escalera celeste, al son de esa lejana y confusa música de los astros. El Domo de San Pedro, el Sepulcro de Adriano, el Castillo de San Angelo, las Fortalezas de Sebastopol, las Torres de Londres, todo está representado en ese horizonte por medio de pelotones enormes de nubes

teñidas de púrpura, violáceas, amarillas como el oro de Portugal y mil y mil colores que presenta un globo ese arrebol inmenso. "El sol en el trópico de Cáncer, se pone justamente tras el Cumbal, coronado de nieve perpetua. En una quebrada del monte se apiñan por la tarde enormes nubarrones; el sol en su descenso los hiere de soslayo, los enciende y arden esas nubes figurando una hoguera suspendida en el firmamento; arden vivamente como las entrañas de un volcán, de suerte que esas brasas sin fuego tienen hasta soflama que hace agresión a la vista del filósofo o el poeta observador, apasionado de esos portentos.

Estos cuadros dignos del Todopoderoso, delineados por su Mano, coloreados por sus Ojos, vivos como su Aliento y fugitivos, "El rojo se desangre, el amarillo palidece, el violeta flaquea, el blanco desmaya, muere todo, y un pardo cielo se extiende por el universo, cuando no permanece visible en el horizonte sino un gigante retinto, que, cual vencedor del mundo, se queda dueño del oscuro anfiteatro. "Otras veces, las dos terceras partes del cielo han sido barridas por el dragón del Apocalipsis, se mueve la cola de parábolas inmensas y la bóveda inconmensurable queda limpia; en medio de un fulgor vago que ya no es luz y aún no es oscuridad, la estrella de la tarde principia a rutilar casi perdida en el océano violáceo de altura y extensión superiores al más profundo pensamiento. Tal cual nubecita que habrá sido rubia o purpurina media hora antes, está colgada del otro hemisferio como un pañal del Niño Jesús, o alma puesta allí para doce horas penitencia. No hay poesía superior a la bóveda celeste; los cantos del poema universal están estampados allí en las nubes en forma de jeroglíficos grandiosos, empero así los idilios de Gessner, como los poemas de Homero, se desvanecen y pasan como la fantasmagoría de un sueño..."

En Tinta Verde

Cierra el documento escrito por Montalvo pensativo se pierde, apenas consigue reaccionar. Cada vez recoge menos vientos, menos puestas de sol y noches estrelladas. Desbordado por la tristeza desea que las nubes lo engullan y lo arrastren a las profundidades del cosmos. Solo allí, entre estrellas y planetas, podría descubrir por fin si ese nombre que murmura en sueños, ¡Juan Montalvo!, es un simple recuerdo.

CAPITULO IX

Traspuesto el bosque, al cabo de una breve hora, llegaron al pueblo. Se denominaba Potosí; allí Juan Montalvo fungiría como abogado y sería su nueva lucha en su destierro. Allí parecía dormir todo; las bajas fachadas fulguraban pálidamente, cruzadas por las oscuras viguetas del entramado, no había luz en parte alguna. Juan Montalvo iba adelante. Pasaron junto a varias viviendas despaciosamente y en silencio, saltaron una cerca, se encontraron en un jardín, avanzaron por la blanda tierra de los arriates, tropezaron en unas escaleras y se detuvieron ante la pared de una casa.

Juan golpeo en una puertaventana, aguardó, volvió a golpear. Se percibía ruido en el interior y no tardó en verse luz; se abrió el portón; y, uno tras otro, entraron, Juan lo hizo por la ventana en una cocina de negra chimenea y suelo en tierra. En el hogar había un pequeño candil, abajo el fogón, una tulpa de tres piedras donde temblaba una llama débil.

Se hallaba allí, de pie, una joven mujer campesina, que tendió la mano a los recién llegados; y, detrás de ella, apareció, surgiendo de la oscuridad, otra, una niña de largas trenzas negras. Juan Montalvo llevaba consigo algunos obsequios, media hogaza de pan traído de Cayambe y algo más en una bolsa de papel: El campesino que los recibió supuso que sería un poco de tostado, chochos cosa parecida. La muchacha de las trenzas salió, tanteando, sin luz, la puerta, permaneció afuera un largo rato y volvió luego con una jarra grisácea adornada de flores azules que alargó a Juan Montalvo. Después de echar un trago, Juan pasó la jarra a los otros y todos bebieron: era chicha de maíz.

Al fulgor de la mezquina llama del candil, se sentaron las dos muchachas en unos pequeños y duros banco de madera, y a su alrededor, en el suelo, los peones. Se Pusieron a conversar en voz baja y, entre tanto, corría la chicha; Juan Montalvo y Ramón Rosero, su acompañante llevaban la palabra. A veces se levantaba Juan y acariciaba el pelo y la nuca a la mujer campesina; a la pequeña nadie la tocaba. Pensaba que la mayor debía ser la criada, y la

En Tinta Verde

linda pequeña, la hija de la casa. Por lo demás, le era indiferente; nada se le daba porque jamás volvería a este lugar. —Pensó Juan Montalvo—

La visita casi que a hurtadillas al pueblo de Potosí y la marcha nocturna por el bosque, tenían un doble propósito, conocer dónde y cómo era Potosí, para que Juan fuera abogado en los casos judiciales y así hacerse de algunos pesos para solventar su precaria economía. Y lo otro, eso sí era hermoso; era algo nuevo, emocionante, misterioso y, ello no obstante, sin peligro. Cierto que a él le gustaba la aventura, caminar los caminos que nadie más pisaría.

En cambio esto de ahora, esta visita nocturna a las muchachas, sentía que era algo más que una cosa simplemente nueva, que era un conocimiento de la noche. Quizá para los otros se trataba asimismo de un pequeño desliz, mas no para él; a él, destinado a la vida de pensamiento y de libros, no le estaba permitido jugar con muchachas. No; no volvería. Pero su corazón latía fuertemente y con temor en la penumbra de la cocina.

Sus compañeros se echaban de héroes ante las jóvenes y se daban importancia intercalando frases vulgares en la conversación. Los tres parecían gozar de favor con la criada, a la que se allegaban de tanto en tanto con sus pequeñas y desmañadas caricias, de las que la más tierna era un tímido beso. Demostraban conocer por modo cabal lo que aquí les estaba permitido. Y como toda la conversación discurría en tono de susurro, la escena resultaba un poco cómica, aunque Juan Montalvo no lo veía así. Encogido en un banco de madera alto, quieto, permanecía con los ojos fijos en la llamita del candil sin decir palabra. A las veces, cogía al vuelo, con una mirada de soslayo un tanto anhelosa, alguna de las muchachas que los otros se cambiaban. Por lo demás, tenía la vista clavada hacia delante. Mucho le hubiera agradado contemplar a su sabor a la pequeña de las trenzas; pero esto justamente se lo prohibía a sí mismo. Sin embargo, si alguna vez su voluntad se aflojaba y su mirada se extraviaba en el sereno y dulce rostro de la jovencita, siempre encontraba sus ojos oscuros fijos en él, contemplándolo como hechizada.

Transcurrida tal vez una hora —que a Juan le pareció larguísima, la más larga de su vida— cesaron las charlas y ternuras de los hombres y se hizo la calma. Estaban un poco confusos y Ricardo —el otro acompañante— empezó a bostezar. La criada les indicó que era ya hora de partir. Todos se levantaron y le dieron la mano, Juan el último. Luego se despidieron de igual modo de la muchacha, Juan también el último. Y, finalmente, el Doctor Ramón Rosero

En Tinta Verde

saltó por la ventana, siguiéndole Ricardo y Juan Montalvo. Cuando Juan iba a saltar, sintió que una mano lo sujetaba por el hombro. No podía detenerse; sólo cuando hubo posado los pies afuera, en el suelo, se volvió lentamente. A la ventana estaba asomada la jovencita de las trenzas.

— ¡Juan Montalvo! —musitó. Él permaneció inmóvil—. ¿Vendrá otra vez? —le preguntó seguidamente. Su tímida voz era tan sólo un hálito.

Juan movió la cabeza negativamente. Ella tendió hacia él las manos y le tomó entre ellas la cabeza; Juan sentía en las sienes el calor de aquellas manos pequeñas. Después, la muchachada se inclinó profundamente hasta colocar sus ojos oscuros frente a los del escritor.

— ¡Ven otra vez! —le susurró; y sus labios rozaron los de él en un beso. Y no te olvides de mí ¡Soy Elvira Terán!

Echó a correr tras los otros por el pequeño jardín, tropezó y cayó sobre las cercas, percibió olor de tierra húmeda y de estiércol, se hirió la mano en un rosal, trepó por una loma y siguió, trotando, alcanzó a sus compañeros y los sobrepasó, en veloz carrera alejándose del pueblo, a través del bosque. “¡Nunca más!”, decía imperativamente su voluntad. “¡Vuelve mañana!”, imploraba sollozando el corazón.

Nadie vio a aquellos pájaros nocturnos y retornaron sin obstáculos a Ipiales. Salvaron el arroyo, pasaron por el molino, cruzaron la plaza de las cobijas, siguieron clandestinos caminos sobre los aleros y, al cabo entraron, por una ventana, en la casa hospedaje que ya era su hogar y se encaminaron al dormitorio.

A la mañana siguiente, fue menester despertar a almohadazos al espigado Juan Montalvo, tan profundo era su sueño. Todos fueron a su hora en la misa del alba, luego al desayuno de la casa, pero Juan tenía mala cara, tan mala que el sacerdote después de la misa le preguntó si se encontraba enfermo. Ricardo le lanzó una mirada y él dijo que no sentía nada. Pero en la casa, a eso del mediodía, la señora que lo cuidaba no le quitaba ojo de encima. También ella había notado que Juan Montalvo estaba enfermo, pero se mantuvo callada y se redujo a observarlo atentamente. Al terminar el almuerzo, lo llamó a su lado. Para no despertar sospechas en los demás de la casa:

En Tinta Verde

—Juan, —le dijo—, ¿puedo ayudarte en algo? Veo que no andas bien. Tal vez estés enfermo. Mejor será que te metas en cama; te haremos tomar un caldo y un cafecito caliente. Hoy no tienes la cabeza para escribir.

Largo trecho estuvo esperando una respuesta. Juan Montalvo pálido la miraba con ojos turbados, bajó la cabeza, tornó a erguirla, frunció los labios, quiso hablar y no pudo. De súbito, se desplomó hacia un costado, apoyó la cabeza en un atril, entre los dos ángeles de roble que lo adornaban, se agarró con fuerza de su bastón, con el que disimulaba su cojera y rompió a sollozar. Luego un llanto más fuerte, que salía de adentro de su ser. La señora se quedó desconcertada y, durante un rato, permaneció con la vista apartada. Finalmente tomó por los brazos al sollozante y lo levantó.

—Bueno, bueno —dijo con amabilidad mucho mayor de la que Juan Montalvo había hasta entonces advertido en sus palabras—. Bueno, llora, que eso te aliviará en seguida. Siéntate y no hables. Bien se ve que no puedes más; tal vez has estado haciendo esfuerzos toda la mañana para mantenerte de pie y para que no se te notase nada, lo que merece respeto. Ahora llora libremente, es lo mejor que puedes hacer. ¿No? ¿Ya has terminado? ¿Ya puedes tenerte de pie? Bien, ahora iremos a la enfermería y te acostarás y esta noche te encontrarás mejor. ¡Vamos!

Eludiendo los aposentos de los señores de la casa, lo condujo cruzando la calle a la enfermería, le indicó uno de los dos lechos vacíos que allí había y, cuando Juan, obediente, empezó a desvestirse, salió a dar cuenta al protector de Juan Montalvo, sobre su enfermedad. Encargó también para él en la cocina, como lo prometiera, una sopa y una taza de café caliente de enfermo; ambos beneficios, muy usados en estas tierras frías del sur de Colombia, sobremanera para la mayoría de los enfermos leves.

Mientras yacía en su lecho de enfermo, trataba Juan de librarse de la confusión que lo poseía. Una hora antes quizás hubiese podido descubrir la causa de aquella inmensa fatiga, la índole de aquel mortal cansancio del alma que le dejaba vacía la cabeza y le hacía arder los ojos. Era el esfuerzo poderoso, renovado en cada minuto y en cada minuto frustrado, de olvidarse de la noche anterior. O, por mejor decir, no de la noche, no de la insensata y deliciosa salida, ni de la caminata por el bosque, ni del improvisado y resbaladizo puentecillo sobre el negro río Güaitara, ni tampoco del escalar cercas, entrar y salir por ventanas, deslizarse por corredores, sino

En Tinta Verde

únicamente de aquel instante junto a la oscura ventana de la cocina, del aliento y las palabras de la muchacha, de la presión de sus manos, del beso de sus labios. Del recuerdo de Elvira Terán.

Pero ahora había advertido otra cosa, un nuevo espanto, un nuevo despertar del corazón, una nueva experiencia. La señora de la Casa Doña Pastora Visitación Hernández se había interesado por él, Pastora lo amaba.

Pastora Visitación Hernández se había molestado por él. La delicada Pastora, su ama de llaves, inteligente, con su boca de labios finos y levemente burlones. ¡Y él, por su parte, no había sabido contenerse en su presencia, se sintió abochornado y se puso a balbucear y terminó con gemidos! En vez de ganarse a aquella mujer con las más nobles armas, con sus palabras, con la filosofía, con heroísmo espiritual y un digno estoicismo, había perdido ante ella serenidad en manera flaca y lastimosa. Jamás se lo perdonaría a sí mismo, nunca jamás podría mirarla a los ojos sin avergonzarse.

Con el llanto se había descargado la gran tensión que experimentaba; la calma soledad de la estancia, el lecho amable, le trajeron alivio; y su desesperación se mitigó. Pasada una hora, entró un sirviente con una sopa de harina, un pedacito de pan y una pequeña taza llena de café, que los parroquianos solamente bebían los días de fiesta. Juan Montalvo comió y bebió, dejó el plato medio vacío, lo puso a un lado y quiso tornar a sus pensamientos, pero no pudo. Volvió a coger el plato y tomó unas cucharadas más. Y cuando, poco después, se abrió la puerta lentamente y entró Pastora para ver al doliente, lo encontró durmiendo y notó que le había vuelto el color a las mejillas. Estuvo un largo rato contemplándolo con amor, con inquisidora curiosidad y también con algo de envidia. Advertía que Juan no estaba enfermo, que no necesitaría enviarle café al día siguiente. Pero sabía también que se había roto el hielo, que serían amantes. Hoy era Juan Montalvo el que precisaba de ella y el que recibía sus servicios. Mañana quizá fuese ella la débil y necesitada de ayuda y de amor. Y si ese caso llegara, podría recibirlos del escritor.

En Tinta Verde

André tornó la vista a la ventana, aun llovía, detuvo su incesante teclear en el computador, su novela sobre Juan Montalvo, su investigación tomaban forma. Esta ciudad que acogió al cosmopolita hoy lo acogía a él. Igual enamorado y frágil, buscando una historia, buscando tal vez su vida.

CAPITULO X

Llueve mansamente y sin parar, llueve sin ganas pero con una infinita paciencia, como toda la vida. Llueve hoy anunciando que seguirá mañana, augurando más horas de pies congelados y hambrientos, adivinando el delirio que supone esperar el calor que la calle no te presta. El suelo está lleno de charcos oscuros que permanecen en silencio durante toda la madrugada; las quejas se escuchan en la noche, ¡esa cruel compañera!

Llueve sin fuerza, sin reclamo pero con ansia, el frío desespera los estómagos famélicos y en la acera las manos no conceden, no dan, no obsequian. En mitad del amanecer aparece un niño, casi adolescente, vende periódicos, lo mira a los ojos, lo saluda y le habla:

— ¿Duele?

— ¿El qué?

—Morirse, ¿duele?

—Duele la espera.

Tardó un rato en explicarle al muchacho de los periódicos, que el desamparo es peor que la muerte; tardó, porque no quiso que se fueran de sus ojos las pocas creencias que lo acompañaban. Cuando encuentras a tu lado unas entrañas tan jóvenes y caes en la cuenta que convive igual que tú, te queda únicamente creer que vendrá otra lluvia, otro día, de un distinto color. Y confiar. Entonces supo que serían amigos, amigos para siempre y estrechó sus manos.

Discutir un poco con André por e-mail provocaba en Yolima, una estimulación de alegría. Sonríe ante tal imagen y se alisa la camisa azul claro, la que André le compró. Llevaba también sus jeans favoritos. La mayoría de las mujeres de la oficina llevaban jeans o faldas anchas. Tendré que invertir también en un par de faldas anchas. —Se dice para si— Puede que lo haga este fin de semana e ingrese al club de las mujeres vaporosas y livianas.

Cuando sale del edificio, escucha que gritan su nombre.

En Tinta Verde

— ¿Señorita Yolima?

Se vuelve, sorprendida, y una chica joven con la piel morena se le acerca con cautela. Parece un fantasma, tan pálida y extrañamente inexpresiva.

— ¿Señorita Yolima de los Naranjos? —Repite—, y sus facciones permanecen estáticas aunque esté hablando.

— ¿Sí?

Se para en la acera y se le queda mirando como a un metro de distancia, y ella, totalmente inmóvil, le devuelve la mirada. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

— ¿Puedo ayudarte? —pregunta.

¿Cómo sabe mi nombre?

—No, solo quería verla. Y entregarle esto.

Habla con una voz muy baja, inquietante. Y tiene un pelo oscuro como el de ella, que contrasta radicalmente con su piel blanca. Sus ojos son castaños, pero inexpresivos. No hay la menor chispa de vida en ellos. La tristeza aparece grabada en su precioso y pálido rostro. Le extiende un montón de papeles desorganizados; que junta como para arreglarlos un poco.

—Tome, tome, esto le va a interesar y además va a descubrir porque es Ipiales.

—Lo siento, pero estoy en desventaja — le dice educadamente, intentando ignorar el escalofrío de advertencia que le sube por la columna vertebral.

La mira de cerca, y tiene un aspecto raro, descuidado y desvalido. La ropa que lleva le va dos tallas grande, incluida la gabardina de marca.

Se echa a reír, con un sonido extraño y discordante que incrementa su ansiedad.

— ¿Qué tienes tú que yo no tenga? —pregunta con tristeza. Su ansiedad se convierte en miedo.

—Perdona... ¿quién eres?

En Tinta Verde

— ¿Yo? No soy nadie. Pero considérame la guardiana de la historia de mi pueblo, ¡Ipiiales!

Levanta un brazo para pasarse la mano por la melena que le llega al hombro, y al hacerlo se le levanta la manga de la gabardina y se le ve un sucio vendaje alrededor de la muñeca.

—Que tenga un buen día, señorita Yolima.

Da media vuelta y sube andando la calle mientras ella se queda clavada en el sitio. Con los papeles en sus manos. Ve cómo su delgada silueta desaparece de su vista, perdiéndose entre los trabajadores que salen en masa de sus oficinas y sitios de trabajo.

¿De qué iba eso?

Confusa, cruzo la calle hasta el bar, intentando asimilar lo que acaba de pasar, mientras su subconsciente levanta su fea cabeza y le dice entre dientes: Ella tiene algo que ver con André, con la historia de este pueblo.

Entra a un bar impersonal y cavernoso, con afiches y pósters de cantantes colgados en las paredes. Sus compañeros de trabajo están en la barra, la una ayudante de oficina, dos más de contabilidad y Clara, de recepción, con sus característicos aros de plata.

— ¡Hola! me pasan la botella.

—Salud, gracias —murmuró, afectada todavía por el encuentro con la muchacha de la calle.

—Salud.

Chocan las copas y siguen conversando mientras sonrío con simpatía. Curiosa se hace a un lado, luego del primer trago y empieza a leer los manuscritos, de una impecable caligrafía:

“Para los pastos, los mitos y leyendas de su cosmovisión se estructuran en una serie de oposiciones duales. Estos se recrean en la memoria y en la cotidianidad orientando el mundo y el comportamiento de las personas.

Los primeros hombres surgieron de la unión entre el cerro de Cumbal y la laguna de la Bolsa. Cada comunidad se considera descendiente de una primera pareja de caciques ancestrales. Espíritu regidor de los Destinos, no había sido benevolente

este año, pensaba Ypial. No se había solucionado los conflictos con la gente del Valle del Chota (pleitos por tierras que se generaron varias generaciones atrás). Su madre falleció durante la travesía del verano y estaba cansado de andar de aquí para allá, aunque prefería no contarle sus cavilaciones a su padre-jefe. En la antigüedad su territorio ocupaba la mayor parte de la región interandina, desde la población de Ancuyá en la margen izquierda del río Guáitara, hasta el río Chota en el Ecuador. Bajo el término “Pasto” se agrupó a una serie de comunidades autónomas que convivían en esta zona, porque inmediatamente los reunía a todos y los arengaba con sus tediosos discursos. No entendía por qué su padre no lo escuchaba y reía cuando él entusiasmado le planteaba sus argumentos sobre la posibilidad de armar toldos de manera permanente en un lugar seguro y estable. Su padre, gran observador de las tradiciones, cuando se enfrentaba a sus embrollados cuestionamientos, le respondía:

—Hijo, nosotros los Pastos, vivimos aquí desde tiempos inmemoriales. Heredamos estas tierras de nuestros antepasados y son las que ellos eligieron para vivir. Siempre hemos de cruzarlas y vigilarlas. ¿Cómo las protegeremos si no llegamos hasta la frontera más lejana? Si nos instalamos aquí ¿cómo vigilarémos el norte? Y si nos quedamos allá ¿cómo haremos para llegar deprisa cuando los enemigos se apoderen de lo nuestro en el sur? Y no hace falta que te repita sobre la sequía y el seguimiento de los animales para cazar.

Posteriormente, concentraba a todos y les decía: — No tengan dudas, que lo decidido es lo mejor —. No lo he decidido yo solo, sino con los demás caciques, con los más ancianos, y con los sabios en permanentes parlamentos. Debemos seguir el paso de los monos y de las dantatas. Debemos observar el paso de las estrellas. La chacana

— tawa chakana, “cuatro escaleras”, símbolo originario de nuestros pueblos y quedarnos donde el clima sea más benigno. Todos juntos sobrevivimos a las inclemencias más hostiles del tiempo y de la naturaleza. Las guerras tampoco nos han mellado. Juntos seguiremos recorriendo los caminos que nuestros ancestros

nos han señalado y juntos saldremos adelante. Si alguno está en desacuerdo con nuestras costumbres ¡Que se vaya! A ver si otro pueblo lo va a amparar. ¡Que se vaya! Pero que no vuelva nunca más porque no será digno de la protección de este cacique.

Se habían detenido para armar toldos y descansar. La jornada había sido muy agotadora desde que salieron de Aldana, Carlosama, Córdoba, Colimba, Chiles, Mayasquer, Panam, Cumbal, Chiles, Potosí, Guachucal, Mueyamué, hasta llegar al sitio llamado Puenes, allí se asentarían Ypial su cacique así lo observaba.

La tarde llegó rápidamente y no era recomendable avanzar con la oscuridad de la noche. De pronto, Abuela interrumpió las tareas gritándole:

— ¡Corre y dile a Ypial que no se aleje demasiado! ¡Corre y dile!, que estaba ajustando las cuerdas de su toldo, miró hacia donde Abuela le indicaba, dejó sus herramientas y comenzó su carrera al mismo tiempo que gritaba:

— ¡Wawqiiiiii! ¡Wawqi! ¡Hermano!

El niño continuaba caminando aprisa simulando no haber escuchado el llamado y se internaba cada vez más entre los altos matorrales del monte. Todos conocían que a la vera del camino acechaba el tigrillo, que aunque se alejaba de los grupos numerosos de humanos estaba atento al paso distraído de los niños.

Una vez que llegó hasta su lado, de un solo salto lo subió a sus hombros y lo trajo de vuelta junto al regazo de Abuela.

Awicha — le dijo — Abuela aquí esta. El niño era el segundo hijo del Cacique Ypial. Junto a su “Ñaña” mayor contaban con el aprecio y el respeto de toda la comunidad, porque el pueblo trataba con cariño a los hijos de una familia que durante siglos su ascendencia les confirió dirigentes justos y sabios.

Su madre había fallecido hace unos meses a raíz de una extraña enfermedad que ni los chamanes del sur ni la machi de los lagos de la cordillera pudieron sanar.

En la cima de un monte estaba erigida su sepultura con un gran cúmulo de piedras que caracterizaba su trascendental linaje. En el actual trayecto a comienzos de noviembre, Ypial tenía previsto visitar su tumba como la de otros parientes y amigos que ya no estaban, dejar una ofrenda, otra guagua de pan, del mejor y rezarles una oración, sin nombrarlos porque Awicha le había advertido que nunca hay que mencionar el nombre de los fallecidos por el temor de traerlos de vuelta provocando grandes dificultades. —Porque lo que se nombra, vive —, decía Abuela.

Hace diez días comenzaron el viaje desde atrás del Colimba, más allá del volcán Grande, el Cumbal, el lugar de acampe de invierno, y se dirigían hacia la planada al norte para presentar en el encuentro anual, las producciones propias frente a las otras comunidades que se reunían allí. Mientras un grupo numeroso de cazadores se despidió hacia otro destino, a más al sur, junto a los lagos para la caza de las dantas.

El camino había sido lento y tortuoso, pero llegarían muy a tiempo para preparar el terreno, levantar el campamento y descansar junto a los toldos de sus parientes y allí pernoctar unos días. Así lo había precisado luego de mucha meditación el cacique Ypial, quién nunca se equivocaba eligiendo los caminos y el tiempo para surcarlos. Lo llamaban. Hijo del Sol, o simplemente El Iluminado. Pero, de manera informal y más amena, sus conocidos lo llamaban Ypial. Su nombre, surgió, en lengua quichua, significa Campo Grande.

En homenaje a las mejores tierras que poseían, junto al río “Angasmayu”, que de verdad eran un campo grande, cerca de la laguna del gran cerro. El niño más tarde sería el prudente cacique de la comunidad pasto más poderoso de la sabana, junto a las aguas del Güaitara.

Ellos, como todos sus hermanos, estaban habituados a caminar por largos periodos de tiempo. Se adaptaron a las extremas condiciones de un clima con inviernos de frío intenso, generalmente acompañados por un viento intermitente. Y por ese rudo contexto o, tal vez por alguna consigna primigenia de los pastos,

nunca detenían su marcha en forma estable, pues la cantidad grande de lluvias y las largas inundaciones los obligaba a buscar sitios más altos, con agua y mejores pasturas, donde encontrarían dantas y monos.

Sus caminos se fueron configurando porque sus ancestros los atravesaron desde miles de años atrás. Por eso, aquellos senderos permanecían limpios; en ellos no crecían tantas matas ni espinos. Las pisadas, el arrastre de las largas lanzas y el paso de los animales fueron rastrillando el paisaje conformando verdaderas rutas de circulación.

Yana. La mujer estaba en cinta. Faltaban algunas semanas aún para que diera a luz. El chamán había advertido al cacique que no era propicio que ella los acompañara.

—Todos juntos, todos juntos. Como ha sido siempre, así será —, respondió la mujer, y no toleraba reproches. Y con cariño explicaba a su hija que mientras más caminara y se ejercitara en las labores cotidianas más posibilidades había que naciera un niño o una niña fuerte y saludable.

Quedarían los ancianos y enfermos al cuidado de una mujer chamán, la mama, los que ya no podían poner su cuerpo en pie o estaban tan débiles como para soportar el trayecto hacia las lejanas tierras.

Contaba por ese entonces con diecisiete años. Taita Ypial, su padre, se enorgullecía al verlo correr, cazar, practicar puntería o cuando encabezaba alguna ceremonia religiosa. Sentía una profunda felicidad al verlo vestido con su preciosa capa pintada íntegramente, recuerdo de su mama, que lo hacía parecer al más insigne cacique de la Tierra. Una bincha mantenía su profusa cabellera siempre alisada lo que resaltaba sus grandes ojos marrones. Con esa edad ya llegaba a medir un metro sesenta y por sus habilidades, el muchacho siempre pedía que lo pusieran a luchar contra el mejor guerrero durante las competencias recreativas para lucirse frente a las doncellas que lo admiraban.

Churi Ypial fue educado desde su nacimiento por su padre y los demás maestros para ser el futuro cacique de su comunidad, enseñándole no solamente a administrar su fuerza sino también su energía espiritual. Lo habían entrenado especialmente para desarrollar una visión aguda, a intensificar los sentidos, a mirar más allá de lo que otros pueden ver. Y tan temprana fue su preparación que al nacer lo bautizaron a propósito con el nombre de Ypial a Nyahuy (Los Ojos de la Tierra). Así, en épocas de desplazamiento, el cacique lo enviaba siempre a la vanguardia con los más valientes guerreros y le pedía que de tanto en tanto se subiese a alguna colina para divisar posibles peligros o descubrir e interpretar las señales de humo. En la inmensidad de los montes andinos, con un relieve similar en vastos territorios, que cambian sólo en las cercanías de algún río o cuando el terreno se vuelve inhóspito, las señales de fuego eran primordiales para la comunicación. Donde se divisaba humo, era señal de que había individuos y se debían tomar los recaudos necesarios para distinguir si eran amigos o no...”

Sus ojos se perdieron en un vacío inmenso, como si la historia que aquella mujer de aspecto extraño le había regalado, marcara el inicio de otro tiempo, de otra vida de algo que ataba a André a esta Ciudad. Escuchó a alguien que le preguntaba.

— ¿Cómo te ha ido tu primera semana? — la pregunta la saco de sus reflexiones.

—Bien, gracias. Todo el mundo ha sido muy amable.

—Hoy se te ve mucho más contenta.

—Es viernes —balbuceó enseguida—. ¿Y tú, tienes planes para el fin de semana?

Su táctica de distracción funciona, estoy salvada. —Piensa—

Con aire distraído, pregunta cómo estarán sus amigos en Bogotá. Tiene que acordarse de preguntarle a André si ha sabido algo de ellos. Ah, y además contarle, que su hermano Albeiro, volverá el jueves que viene, y se instalará en el apartamento. Se preocupa por que a

En Tinta Verde

André no le guste demasiado eso. Su encuentro de antes con la extraña muchacha de la calle va desapareciendo de su mente.

Mientras habla, su compañera le pasa otra cerveza.

—Gracias — sonrío.

Resulta muy fácil hablar con ellos —se nota que les gusta hablar—, y se bebe una tercera cerveza y un segundo trago sin darse cuenta, cortesía de uno de los chicos de contabilidad.

— ¿Dónde está André? — Uno de los tipos de contabilidad se pone a hablar con Yolima.

—Yolima, ¿crees que tomaste una buena decisión viniendo a trabajar con nosotros?

El joven habla en un tono suave y está un poco demasiado cerca. Pero ella ha notado que tiene tendencia a hacer eso con todo el mundo, incluso en la oficina.

—Esta semana he estado muy a gusto, gracias. Sí, creo que tomé la decisión correcta.

—Eres una chica muy lista, Yolima. Llegarás lejos.

—Gracias — masculla, sin saber qué más decir.

— ¿Vives lejos?

—En el barrio Puenes.

—No muy lejos de mi casa. —Sonriendo, se acerca aún más y se apoya en la barra, casi acorralándola—. ¿Tienes planes este fin de semana?

—Bueno, no.

Pero sus pensamientos están en André antes de verlo. Es como si todo su cuerpo estuviera sintonizado con el hecho de su presencia. Se relaja y se despierta a la vez, una dualidad interior y rara y nota esa extraña corriente eléctrica.

En Tinta Verde

André le pasa el brazo alrededor del hombro como una muestra de afecto aparentemente relajado, pero ella sabe que no es así. Está reclamando un derecho, y en esta ocasión, es muy bien recibido. Le besa suavemente el pelo.

—Hola— murmura.

Al sentir su brazo que le rodea no puede evitar sentir alivio. Se acerca hacia ella, y ella levanta la vista para mirarlo mientras él observa a sus compañeros de trabajo, impassible. Entonces se gira hacia ella y le dedica una media sonrisa fugaz, seguida de un beso rápido. Lleva una chaqueta azul en jean, con unos jeans y una camisa azul clara desabrochada.

El joven de contabilidad se aparta, incómodo.

—Mira, él es André — balbucea en tono de disculpa—.

—Yo soy el novio — dice André con una sonrisita fría que no alcanza a sus ojos, mientras le estrecha la mano.

Yolima levanta la vista hacia su jefe, que está en la otra silla evaluando mentalmente al hombre que tiene delante.

—Yo soy Cardona, su jefe — replica arrogante—. Yolima me habló de un ex - novio.

—Bueno, ya no soy un ex —responde André tranquilamente—. Sigo vivo y para rato, vamos, nena, debemos irnos.

—Por favor, quédense a tomar una copa con nosotros —dice con amabilidad.

—Tenemos planes — Apunta André con su sonrisa enigmática.

— ¿Ah, sí? Y un escalofrío de expectación recorre su cuerpo.

—Quizá en otra ocasión —añade—. Vamos — le dice cogiéndola de la mano

—Hasta el lunes.

Sonríe a su jefe, a sus compañeras y al tipo de contabilidad, tratando de ignorar el gesto de disgusto de su jefe, y sale por la puerta, Yolima detrás de André.

En Tinta Verde

André se sienta al volante, le sujeta la mano y la besa suavemente

—Hola —dice bajito.

La joven, en camisa, con los pies descalzos, iba y venía de una parte a otra del cuarto. Al pasar junto a la cama de Juan, lo arrojó con la colcha que se había caído al suelo, se sentían ruidos de niños, si eran los muchachos de la casa, dormidos como duermen los chicos a esa edad, no se despertaron. Alicia, con los ojos abiertos, había dado una vuelta en la cama para colocarse en el lado caliente que acababa de dejar su hermana, sin decir una palabra.

— ¡Eh, Zacarías!, y ¡tú, Juan! — repetía Mercedes Acosta en pie, delante de los dos, que seguían durmiendo a pierna suelta con la cara hundida en la almohada.

Al fin, tuvo que coger a Juan por un brazo y zarandearlo con toda su fuerza; luego, mientras, ella optó por quitar la ropa de la cama. No pudo menos de echarse a reír con todas sus fuerzas cuando vio el cuadro que presentaban los dos, con las piernas al aire.

— ¡Qué bestia eres!, ¡déjame! —Gruñó Zacarías con mal humor cuando se hubo sentado en la cama —. No me gustan las bromas y pensar que no tiene uno más remedio que levantarse. ¡Maldita sea mi suerte!

Era delgaducho, mal formado, con la cara larga, manchada por una barbilla clara, con el pelo negro, y tenía la palidez anémica de toda la familia. Se le había subido la camisa hasta más arriba de la cintura; la bajó, no por pudor, sino porque tenía frío. Ya ha dado la hora.

—Repetía Mercedes —. ¡Vamos, arriba, que papá se va a enfadar!

Juan Montalvo, que se había acurrucado de nuevo, cerró los ojos, diciendo:

— ¡Voy a dormir! —

Ella se sonrió bondadosamente. Era el invitado, el escritor que había llegado del Ecuador, desterrado, pobrecillo —se compadeció Mercedes Acosta.

En Tinta Verde

Alicia, que seguía silenciosa, tapada hasta la boca con la colcha, no se había vuelto a dormir. Miraba con ojos inteligentes a su hermano que se estaban vistiendo, y seguía curiosamente todos los movimientos de Juan Montalvo.

Junto al cuenco que les servía para lavarse surgió otra disputa; los muchachos empujaban a su hermana, porque decían que tardaba mucho en lavarse. Las camisas volaban por el aire, mientras que, —dormitando todavía, se desperezaban con la mayor desvergüenza y con la inconsciente tranquilidad de perritos criados juntos—. Mercedes fue la primera que estuvo arreglada. Se calzó su vestido, se puso la blusa, y se ató un pañuelo azul al pelo, tasándose lo todo; con aquel traje limpio, como el que se ponía todos los lunes, se veía una hermosa mujer; no le quedaba nada de su despertar más que el movimiento acompasado de las caderas.

—Cuando venga el viejo se va a poner contento al ver la cama deshecha. Mira, le diré que has sido tú —dijo Zacarías—.

Hablaba del Papá, del viejo Buenaventura, que, como trabajaba de noche, dormía de día, y se acostaba al amanecer. La cama no se enfriaba; siempre había alguien dentro de ella.

Mercedes, sin contestar, colocaba las sábanas y la colcha en su sitio. Hacía un momento que se oía ruido al otro lado de la calle, en la habitación de los vecinos. Aquellas casas de ladrillos, hechas con gran economía por la comunidad de vecinos, tenían unas paredes tan acústicas, que todo se oía. Vivían tan juntos; que no había medio de ocultar ni el más, pequeño pormenor de la vida íntima, ni siquiera a los pequeños.

Unos pesados pasos habían hecho crujir la escalera; luego se oyó como el ruido de una caída en blando, seguida de un suspiro de satisfacción.

— ¡Bueno! —Dijo Mercedes Acosta —, ¡Pedro Martínez se ha ido, y Rosita su mujer se acuesta con el panadero!

Juan se echó a reír, y hasta los ojos de Alicia brillaron maliciosamente.

Todas las mañanas bromeaban acerca de aquella casa de los vecinos, donde vivía de huésped un trabajador nocturno, en casa de otro que trabajaba de día, y la mujer de éste, lo cual daba a la mujer dos maridos, uno de día y otro de noche.

En Tinta Verde

—Rosita tose— añadió Mercedes, después de haber arrimado el oído a la pared.

Hablaba de la hija mayor, una muchacha de diecinueve años, amante de Zacarías, de quien tenía ya dos hijos, y que a fuerza de mirarla en las mañanas, este había logrado su amor, unas veces como una caridad de hombre solitario y luego pasando los días como una costumbre; para que él, entregara unos míseros centavos, que ayudaban a la crianza de los niños.

Y allí en ese pueblito cerca dos calles más, dos calles menos de la casa que había acogido a Juan Montalvo, este se daba los placeres de la carne y el escritor furtivo, el que molía las noches enteras sus ojos, por la luz de las velas, devorando libros y escribiendo en toda su cómoda ausencia; despertaba junto a las gente de este pueblo, de Ipiales que lo habían acogido con sus gentes, con su amor y con sus mujeres.

Se estaba poniendo el pantalón, cuando de repente, y como a impulsos de una idea repentina, abrió la ventana.

Todo Ipiales iba despertándose poco a poco, a juzgar por los rayos de luz que se veían ya a través de las ventanas.

Zacarías y Juan acabaron de lavarse perezosamente en el chorro de agua frente a la casa; Alicia, con ojos como platos, seguía mirándolos.

—Mercedes encendió una vela en la cocina, que no tenía ventanas —.

La joven, que acababa de abrocharse la blusa, llevó la luz al cuarto, dejando a oscuras a sus hermanos, que siguieron buscando su ropa poco menos que a tientas, sin más claridad que la que llegaba por la puerta abierta. Juan Montalvo entro al cuarto a colocarse el saco de paño. Mercedes Acosta no se detuvo; bajó sin calzarse y a tientas para encender otra luz y poder calentar el café.

Encima de la mesa de la sala estaban los escritos de Montalvo, que el viento leía y releía repasando los renglones de tinta recién escrita y que intentaba secarse en la penumbra.

Zacarías y Juan bajaban ya; y la escalerilla de madera empezó a crujir bajo el peso de sus pies. Al salir, la sala y la alcoba se habían quedado de nuevo en tinieblas. Y hasta los párpados

En Tinta Verde

de Alicia se habían vuelto a cerrar. Pero Mercedes estaba con los ojos abiertos en la oscuridad, mientras que, tirando de su escuálido pezón de mujer hambrienta, él bebe dejaba oír de cuando en cuando un gruñido de placer.

En la sala de abajo, Mercedes Acosta se había ocupado, ante todo, de reavivar la lumbre en una estufa redonda con el carbón de leña. Todas las noches cubría la lumbre con ceniza; no tenía más que avivarla por las mañanas, y añadirle unos carboncillos buenos, rebuscados expresamente.

Después colocó en la hornilla una cafetera llena de agua, y se, sentó en el suelo.

Era aquélla una habitación bastante grande, que ocupaba todo el entresuelo, pintada de verde manzana, muy limpia, con sus grandes baldosas muy restregadas. Además del aparador de pino pintado, el mobiliario se componía de una mesa y de sillas de la misma madera. Colgadas en las paredes, se veían algunas estampas pintarrajeadas, retratos de la familia que conservaban como un tesoro, para no olvidar a sus ancestros, junto a imágenes de santos; en cuanto a adornos, no se veían más que una caja de cartón de color rosa colocada en una tabla del aparador, y un reloj de los llamados cu-cu, con un péndulo muy recargado, cuyo incesante tic-tac parecía llenar el vacío de la sala.

Junto a la puerta de la escalera había otra que conducía al sótano. A pesar de la extraordinaria limpieza que reinaba allí, un olor de cebolla cocida conservada desde el día anterior emponzoñaba el aire, aquel aire pesado y enrarecido siempre, cargado del olor a carbón de leña.

Ya empezaba el agua a hervir en la cafetera, cuando Mercedes, que parecía entregada por completo a sus faenas domésticas, debió de pensar en lo que había dicho Zacarías, porque abrió la puerta de la calle y dirigió una mirada al exterior. El viento seguía soplando de lo lindo, y se iban viendo luces cada vez más numerosas a lo largo de todas las fachadas de las casas del pueblo, anunciando el despertar de sus habitantes. Ya se abrían las puertas, y peones y obreros se alejaban rápidamente en medio de la oscuridad.

¡Pero qué estupidez estar así pasando frío tontamente cuando el resto del pueblo dormía aun aguardando a que fuesen las seis para irse a trabajar! Y, sin embargo, seguía observando la

En Tinta Verde

casa que había en frente de la suya; la casa de los jardines. La puerta se abrió de pronto y aumentó la curiosidad de Mercedes Acosta.

De pronto el ruido del agua hirviendo que se salía de la cafetera hizo estremecer a Mercedes, de miedo de que se le apagase la lumbre. No había café, y tuvo que contentarse volviendo a pasar por el agua el del día anterior. Precisamente en aquel momento bajaban su padre y sus hermanos.

Mercedes. Había vuelto a cubrir la lumbre, teniendo cuidado de poner entre la ceniza un puchero de estopa con cebo de vela. Cada cual cogió su camino. Y salieron los hombres delante y detrás la muchacha, después de apagar la luz y de echar la llave. La casa volvió a quedar a oscuras y en silencio.

André apago el computador, y pensando estrujo unos papeles, que esa tarde había traído de la alcaldía, todos copias de esa época, de la que el trataba de descifrar, de lo que mostraba en su novela, de la vida taciturna y apacible de un pueblito perdido entre la frontera el cual había acogido a Juan Montalvo Fiallo. Con el semblante taciturno leyó:

En 1869, cuando García Moreno impulsó la llamada “Carta Negra”, Montalvo decidió expatriarse, temiendo por su vida. Acudió a la embajada de Colombia, y ni bien recibió su pasaporte para abandonar el país, partió la mañana del 17 de enero de 1869 rumbo a Ipiales junto a otros dos exiliados: Mariano Mestanza y Manuel Semblantes.

La familia Arellano del Hierro, de Tulcán, recomendó a Montalvo ante el doctor Ramón Rosero, de Ipiales, para que lo acogiera en su hogar; por su parte, Mestanza y Semblantes continuaron su viaje hacia la costa, para navegar a Panamá y desde allí hacia Europa.

Durante su estadía en Ipiales, Montalvo recibió la primera carta de Eloy Alfaro desde Panamá, invitándolo a acompañarlo. Pronto fraternizaron y Alfaro le instaló cómodamente; le compró pasaje para Francia, le dio una suma de dinero para las primeras semanas de permanencia en aquel país y le prometió extenderle las ayudas que en lo posterior llegara a solicitarle.

En Tinta Verde

Llegado a la capital francesa, su interés inmediato fue establecer conexiones con las personas que quizás se hallaban en disposición de ayudarlo, pues desde su destierro cayó en una situación de apremio; había salido del Ecuador con pocas pertenencias y le era imposible obtener ingresos seguros y periódicos. Regresó a Panamá, rumbo a Ipiales. Y aunque ahí le faltó dinero para continuar su viaje, Alfaro nuevamente acudió en su ayuda.

Una vez en Ipiales decidió continuar hacia Perú, donde se encontró con José María Urbina, desterrado por García Moreno. Ahí buscó fomentar la oposición contra el gobierno de su país, y quizá una revolución. Pero no tuvo éxito, y frustrado, regresó a Ipiales.

Durante su destierro redactó varios libros, tales como *El bárbaro de América en los pueblos civilizados de Europa*, *El libro de las pasiones*, *Diario de un loco*, *De las virtudes y los vicios* y *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. En 1872 falleció su hijo Carlos Alfonso, de cinco años y ocho meses; se le comunicó la noticia desde Ambato.

En octubre de 1874, mediante diligencia personal de Alfaro, fue publicado su libro *La dictadura perpetua*, pero no comenzó a circular en Ecuador antes de mayo de 1875. De todos modos, *La dictadura perpetua* inspiró a un grupo de jóvenes liberales (Roberto Andrade, Manuel Cornejo, Abelardo Moncayo y Manuel Polanco) a asesinar a García Moreno, el 6 de agosto. Sin embargo, el más notorio autor del magnicidio fue un hombre ajeno a los conjurados, el mercenario colombiano Faustino Lemos Rayo, quien incluso ocupó algunos puestos públicos en los gobiernos garcianos, por lo cual el presidente no sospechaba de él.

Al enterarse de la noticia, Montalvo afirmó: *“no ha sido el machete de Rayo, sino mi pluma quien le ha matado”*. Poco después publicó el ensayo *El último de los tiranos*.

André Sampedro “Chapita” cerro el cuaderno de documentos y pensando en la vida y en la muerte, apretó sus ojos a una realidad que aún le huía.

CAPITULO XI

El bar restaurante Capri era conocido por dos cosas: Como sitio de encuentro o de citas y por su clientela. A André le gustaban ambas cosas y, sentado en una esquina, escuchaba el último chisme político que contaban unos dos parroquianos en la mesa continua, mientras miraba a una muchacha alta que estaba en la barra. Había llamado su atención desde que entró.

La mujer explosiva lo miró con interés y entonces, después de hablar un momento con el camarero, se dirigió a su mesa con dos cervezas en la mano.

—Necesito un hombre— Anunció, sacudiendo la melena hacia atrás. Los rizos de un negro profundo volvieron a su sitio mientras dejaba las dos cervezas sobre la mesa y se quedaba esperando.

— ¿Ah, sí?

— el camarero, me ha dicho que usted podría estar interesado.

André miró a la mujer de arriba abajo. Era muy bella, pero él había visto muchas mujeres lindas. No, había algo especial en sus ojos, una mirada que él conocía bien. Un brillo de inseguridad. Aunque se había plantado en su mesa para decirle con todo descaro que necesitaba un hombre y eso lo intrigaba.

Mientras tomaba un trago de cerveza, observándola, sintió algo que no había sentido en un año. Una punzada de deseo que había creído muerta y enterrada.

Eso era suficiente para mandar a la chica a paseo. Él no quería sentir nada.

— ¿Está interesado o no?

—Depende de para qué lo quiera.

A pesar del humo del bar restaurante, no le pasó desapercibido que la mujer se había puesto colorada. Aun así, parecía decidida y se sentó a su lado.

En Tinta Verde

—Necesito un trabajador durante un mes. Sueldo, comida y alojamiento incluidos. Me han dicho que estabas buscando trabajo.

André volvió a tomar un trago de cerveza y pensó en los eventos que lo habían llevado hasta allí. —Escritor e investigador que huía no de la ley sino de su pasado—, André intentaba escapar de cosas con las que no podía enfrentarse. No necesitaba el dinero, pero el trabajo duro hacía que se olvidase de todo. Y eso sí lo necesitaba.

—Es posible.

La verdad, no le importaría estar en un mismo sitio durante más de una semana. Por el momento, nadie lo buscaba y quería que siguiera siendo así. Desde que dejó su antigua vida, con sus cargas y sus enormes responsabilidades, había llamado de vez en cuando a su familia, en Bogotá pero nunca les había dicho dónde estaba. Necesitaba espacio y esfuerzo físico para no recordar.

—Soy Catalina Pérez —la joven le ofreció su mano y André la estrechó, un poco sorprendido.

No estaba acostumbrado a estrechar la mano de una chica y aquélla tenía un apretón firme, aunque su piel era suave como la seda.

—Necesito gente desesperadamente, así que puede aprovecharse de mí, pero sólo un poco.

Estaba sonriendo y André se fijó en los dos hoyitos de sus mejillas. Sí, lindísima. Entonces volvió a sentir eso que hacía tanto tiempo no sentía.

—Tengo un mes para poner en marcha mi empresa. Son muchas horas de trabajo duro, pero pago bien.

—¿Qué clase de trabajo?

André se maldijo a sí mismo por preguntar. Tenía claro que la chispa que había sentido antes era algo que no quería volver a sentir. Había estado casi un año ajeno a todo y quería que siguiera siendo así. Si esa chispa volvía a aparecer, no lo superaría.

Tenía que decirle que no a la bonita Catalina Pérez.

En Tinta Verde

—Estoy reconstruyendo todo. Quiero que vuelvan a ser lo que eran antes de, antes de.

Se detuvo, parpadeó varias veces y se mordió los labios. No era algo ensayado, él tenía experiencia suficiente para saber cuándo alguien estaba mintiendo. La joven no podía hablar y André se percató de que intentaba controlar la emoción.

Pero no quería saber nada de su vida. Él tenía penas suficientes como para que le durase una vida entera. Llevaba meses yendo de un pueblo a otro, intentando olvidar. Eso era lo que lo mantenía con vida. Olvidar.

Le gustaba aquel pueblo. Ipiales le recordaba al sitio en el que había crecido desde los cinco años, un lugar pequeño y agradable donde la vida era sencilla. Pero, mirando los ojos de la mujer, quizá debería pensarse dos veces lo de “sencilla”. André sabía que la vida no era sencilla en absoluto y que a veces era demasiado complicada para un hombre. O para una mujer.

—No estoy interesado, lo siento.

Catalina parpadeó.

—Pero...

—Gracias por la oferta.

Atónita, la mujer se quedó mirándolo con cara de pena.

André se levantó, dejó unos billetes sobre la mesa y salió del restaurante. Aunque sólo fuera eso, conocer a Catalina Pérez le había aportado algo nuevo a un día normal.

Iba caminando por la acera hacia el hotel anexo al restaurante y casi había llegado a su habitación cuando un ruido de pasos hizo que volviera la cabeza.

— ¡Espere, señor Sampedro!

Catalina Pérez se dirigía hacia él. Sin aliento y colorada por el esfuerzo estaba incluso más hermosa.

—Tengo que saber, ¿por qué?

En Tinta Verde

— ¿Por qué, qué? — André siguió caminando, aunque a paso más lento.

— ¿Por qué ha rechazado mi oferta?

—No recuerdo haberle dicho mi nombre.

—Éste es un pueblo pequeño, señor Sampedro. Está buscando trabajo, ¿no?

—Sí.

—Pues yo le ofrezco uno.

—Ya — André siguió caminando hasta que llegó a su habitación y se apoyó en la puerta. La luz de la luna iluminaba la figura de Catalina. Llevaba Jeans y una camisa con un bordado de brillantitos. Nada muy rebuscado, sino con estilo, el color de la camisa destacando el negro de sus ojos. Era una mujer que no vestía para llamar la atención, pero que jamás podría pasar desapercibida.

— ¿Los hombres no suelen decirle que no?

Catalina parpadeó.

—Los hombres me dicen que no todo el tiempo, señor Sampedro, pero eso no es asunto suyo. Sé que está buscando trabajo y uno de mis empleados se ha roto una pierna. Supongo que podríamos llegar a un acuerdo.

Él miró la puerta de la habitación, levantando una ceja.

—No ese tipo de acuerdo —dijo ella rápidamente—.

André sonrió y ella se cruzó de brazos, esperando.

Desde luego, era obstinada.

—Antes tengo que saber algo. Catalina asintió.

En Tinta Verde

Entonces André la tomó entre sus brazos y, apoyándose en la puerta, la apretó contra su pecho. Catalina estaba tan sorprendida que no reaccionó, de modo que él pudo hacer lo que había querido hacer desde que la vio en el bar: besarla.

No fue un beso largo y tampoco dulce; más bien una exploración tentativa de sus labios. André intentó no sentir nada mientras respiraba su perfume, una mezcla frutal que le recordaba una noche de verano. No sintió nada. En absoluto. Aliviado, la soltó. Ahora sabía lo que quería saber.

—Acepto el trabajo.

Catalina sonrió dulcemente mientras daba un paso atrás.

—Estupendo. Porque ahora puedo despedirlo, señor Sampedro. —Y sonrió—

El amanecer llegó demasiado rápido para una mujer que no había pegado un ojo. Catalina Pérez se levantó de la cama, se vistió rápidamente y fue a la cocina para hacer el desayuno. Le dolía la cabeza, pero no podía perder más tiempo. Tenía trabajo que hacer. Además, mientras trabajaba no podía pensar en Carito, su hija de cinco años, a quien había enviado a Quito para que pasara las vacaciones con sus abuelos.

—Cómo la echaba de menos—.

Carito y ella no se habían separado nunca, pero sus padres habían insistido en llevarse a la niña y la oferta era irresistible para Carito.

Catalina puso pan en el horno eléctrico, encendió la cafetera y se sentó para leer el anuncio que había puesto el día anterior en el diario.

El teléfono no sonaba y nadie llamaba a su puerta para pedir trabajo. Su última esperanza se había esfumado el día anterior con André Sampedro. Pero no quería pensar en él. Encontrar un trabajador temporal no era fácil, pero debía encontrar a alguien o sus planes para su Almacén se hundirían.

Agotada, Catalina se reclinó en el respaldo de la silla intentando mantener los ojos abiertos. Quizá si echaba una cabezadita se sentiría mejor.

En Tinta Verde

Si apoyaba la cabeza en la mesa unos minutos. Una pequeña explosión hizo que Catalina se sentara de golpe en la silla.

Desorientada, tardó unos segundos en entender lo que había pasado. El horno se había sobrecalentado. El electrodoméstico, literalmente “tostado” ahora, había hecho explotar una botella de aceite que había sobre la mesa y ella estaba cubierta de grasa.

Y, en unos segundos, las llamas alcanzaron los armarios de arriba.

— ¡Ay, Dios mío!

Corrió a buscar el extintor del pasillo e intentó quitar la palanca, pero no era capaz. Nunca había usado un extintor en toda su vida y el calor le quemaba la cara. El fuego se estaba extendiendo.

Aterrada, siguió intentando mover la palanca del extintor mientras maldecía. Catalina dejó de intentar usar el extintor y decidió llamar a los bomberos. Por supuesto, sabía que se le quemaría toda la cocina antes de que llegaran, pero no podía hacer otra cosa.

Pero entonces, de repente, un par de manos masculinas le quitaron el extintor. Atónita, Catalina volvió la cabeza y se encontró con el hombre que le había robado el sueño.

—Salga de la cocina — le ordenó André Sampedro.

Catalina dio un paso atrás mientras lo observaba quitar la palanca y dirigir la espuma hacia el fuego. Unos segundos después, cuando las llamas habían desaparecido, se volvió hacia ella.

— ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias.

André dejó a un lado el extintor y echó un vistazo para comprobar los daños. Catalina miró lo que antes había sido una ordenada y limpia cocina. Aquello era un desastre, pero la cocina seguía allí y ella también.

— ¿Qué está haciendo aquí? —Aparentemente, apagando un fuego — contestó él.

En Tinta Verde

El humo hacía que le picaran los ojos y cuando miró a André Sampedro no vio al hombre duro que la había rechazado el día anterior sino un hombre que parecía genuinamente preocupado por ella. Desde luego, no podía haber aparecido en mejor momento.

Y le debía una. Pero aún no le había explicado qué hacía allí.

— ¿Quiere contarme qué ha pasado?

Catalina se encogió de hombros, pero estaba seriamente preocupada. Podría haberse incendiado toda su casa y los bomberos no habrían llegado a tiempo.

—Creo que el horno se recalentó. Es viejo y el otro día saltaron unas chispas —de repente, se le hizo un nudo en la garganta y no pudo terminar la frase —.

—Salgamos de aquí— dijo André, tomándola del brazo.

Salieron a la calle y el aire fresco fue como un bálsamo para sus nervios.

— ¿Quiere sentarse?

Catalina se sentó en el andén y, para su sorpresa, él se sentó a su lado.

Permanecieron en silencio durante unos segundos. Hacía tanto tiempo que nadie cuidaba de ella, que nadie le echaba una mano. Tanto tiempo tomando decisiones, sola. Necesitaba un poco de paz.

Y André Sampedro parecía entenderla.

Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles y Catalina cerró los ojos, respirando profundamente.

André Sampedro era una de las razones por las que no había podido pegar ojo la noche anterior. Desde que su marido la dejó dos años antes, no había tenido contacto físico con ningún otro hombre. No la habían besado. No la habían abrazado.

En Tinta Verde

André le recordaba todas esas cosas. Él la había abrazado, la había besado, la había hecho sentir como una mujer por primera vez en dos largos años. Había despertado algo que llevaba dos años dormido en su interior.

Ella ya no era una niña ingenua que creía en los finales felices. No, su matrimonio la había curado de todo eso. Pero no sabía que estaba seca, como un árido desierto, desperdiciando su juventud.

El beso de André, el brillo de sus ojos justo antes de que la besara le habían recordado que no era sólo una madre, sino una mujer.

—Aquí se está bien — dijo él.

Catalina asintió, volviéndose para mirarlo con curiosidad.

— ¿Qué está haciendo aquí?

—Podría decir que pasaba por aquí. Eso es lo que pensaba decirle, además. Pero la verdad es que he visto su anuncio en el periódico.

— ¿Y?

—Había venido a darle disculpas.

—Ah.

Eso era lo último que Catalina esperaba oír. No estaba acostumbrada a que la gente diera disculpas, sobre todo los hombres. Su ex, desde luego, no solía hacerlo. Su arrogancia no se lo habría permitido jamás. De modo que sólo veía el lado bueno de su marido cuando quería algo. Y, tristemente, no se percató de esa táctica hasta que su ex abandonó a su familia. Había estado cegada por el amor, o lo que pensaba que era amor, y ahora, mirando los ojos de André Sampedro, se preguntó si debía creerlo.

—Iba a llamar a la puerta cuando oí la explosión. Y luego la oí gritar, la puerta estaba abierta, por cierto, debería cerrarla con llave si vive sola, y en fin, el resto ya lo sabe.

— ¿Dice que ha venido a darme disculpas?

En Tinta Verde

—Ayer me pasé. Anoche no pude dormir pensando en eso.

De modo que ella no era la única que no había dormido. Aparentemente, André Sampedro tenía escrúpulos y conciencia, pero no iba a perdonarlo tan fácilmente. Había aprendido la lección de la forma más dura y no pensaba confiar en nadie sin conocerlo bien.

—Ya veo. ¿Viene a disculparse por rechazar el trabajo, por su arrogancia o por el beso?

André rió mientras se levantaba del andén. De atrás de su espalda saco un grueso libro, que Catalina hasta entonces reparaba en él. Antes que ella preguntara la hallo hacia el interior de la casa y abriendo el libro leyó para ella:

“Jean Contoux, hijo de Juan Montalvo”.

Una nota relativa a la vida de mi padre en París

[...] Mi padre tenía en París una vida sencilla y regular. Generalmente escribía en la tarde, a veces, en la noche. Le gustaba recibir, particularmente al final del día, a algunos amigos de la colonia sudamericana: entre los ecuatorianos, especialmente el señor Dorn y de Alsúa. Me acuerdo de este último, porque me tomaba siempre en sus rodillas para jugar conmigo. Este recuerdo me hizo que yo interviniera en su favor ante mis colegas de los cotidianos parisienses, cuando en 1934, estuvo comprometido en el “affaire Stavisky” para que su nombre fuese citado lo menos posible. Me sentí feliz por haberlo obtenido de la amistad de ellos. Naturalmente, el Señor Dorn nada supo de todo aquello y no tuvo, por consiguiente, que agradecerme.

Mi padre recibía también a amigos franceses escritores, con los que estaba ligado. Sentía sumo placer parece, en estos intercambios de ideas de los que sacaba siempre provecho, porque tenía el espíritu curioso de todas las cosas y su memoria era prodigiosa.

Hacia el final de la tarde iba, con bastante frecuencia al diario “El Figaro”, entonces el gran cotidiano literario y mundano de la calle Drouot, al que daba, de tiempo en tiempo, artículos con el fin de aumentar sus recursos. Allí

En Tinta Verde

encontraba en los salones y la sala de redacción, a escritores célebres y periodistas conocidos con los que se complacía en conversar.

Sus costumbres eran regulares. Casi cada mañana -era su paseo- descendía a pie de la Plaine Monceau primero de la calle de la Neva, luego de la calle Cardinet, hasta el Bulevar de los Italianos para hacerse lustrar los zapatos en el Pasaje de la Opera (que hoy ha desaparecido). No quería que esta tarea se hiciera en casa, ni siquiera por la sirvienta.

Gran amante de café, como muchos hombres de letras, iba él mismo a abastecerse en la casa Pantin, Calle Tronchet, y la mezcla que escogía era tostada por mi madre, en la casa [...]

— ¿Y porque me lee eso? —pregunto Catalina —

—Sabe que yo, al igual que usted también he hecho mis investigaciones y sé que usted proviene de familia Ecuatoriana, precisamente de Ambato, la Ciudad donde nació Juan Montalvo.

— ¿Y esto a que viene?

Había algo muy encantador en aquel hombre, pero Catalina no pensaba bajar la guardia del todo.

—Lo que no entiendo es por qué me besó.

André, sin poder evitarlo, bajó la mirada hasta sus pechos.

—Se ha manchado la blusa.

Catalina bajó los ojos. El aceite hacía que la blusa pareciera casi transparente. Y, por supuesto, había manchado los objetivos más protuberantes: sus pechos. De modo que se cruzó de brazos para tapparlos.

—Es aceite. ¿Va a contestar a mi pregunta o no?

André se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

— ¿Por qué besa un hombre a una mujer bonita?

En Tinta Verde

Catalina tuvo que disimular una sonrisa. Oír esas palabras le gustaba más de lo que quería reconocer, pero no pensaba rendirse tan fácilmente.

—No lo sé, dígamelo usted.

Él apartó la mirada, pero dudaba que estuviera estudiando el paisaje. Después de todo, un Almacén y una cocina en llamas no eran precisamente un panorama interesante.

—Muy bien, merece que le diga la verdad. Era una prueba.

—¿Y la pasé? ¿O suspendí? —preguntó Catalina.

—No se lo tome a mal, pero la prueba no tenía nada que ver con usted. Era para mí. Tenía que saber una cosa.

—¿Qué? Yo le ofrecí un trabajo y usted me besó. ¿Qué clase de prueba quería hacer?

—preguntó ella, exasperada. Pero de repente entendió —. Ah, ya veo. Me besó porque quería saber si se sentía atraído por mí. Y como no fue así, aceptó el trabajo. ¿Es eso?

—Mire, fue un error, una estupidez. Pero usted no me lo puso fácil.

—¿Yo?

—Acercarse a mí en el bar diciendo que necesitaba un hombre, yo sólo estoy buscando trabajo.

—Sí, muy bien, podría haberlo dicho de otra forma —reconoció Catalina—. Pero no tenía usted ningún derecho a besarme.

De modo que era eso. André Sampedro le había hecho recordar todas las cosas que se estaba perdiendo como mujer para decirle luego que no se sentía atraído por ella. La había hecho sentir cosas que no había sentido en años para luego decirle que no le inspiraba nada. Que no sería una tentación.

Genial.

—Mire, he venido a darle disculpas. Sé que cometí un error y lo siento mucho.

En Tinta Verde

Había sinceridad en sus ojos. Y, por alguna razón, Catalina lo creyó.

—Muy bien, acepto sus disculpas.

—Me alegro. Y ya que estoy aquí, yo sé algo de carpintería. Puedo arreglar los armarios de la cocina si quiere. Tardaré todo el día, pero no tengo nada mejor que hacer.

Catalina respiró profundamente.

—No sé si puedo pagarle.

—Lo haré gratis — dijo él rápidamente.

—No puedo aceptar eso, André— suspiró Catalina, tuteándolo por primera vez.

Una pena que tuviera un cuerpazo, un rostro más que atractivo y unos ojos que podrían agujerear su alma. Porque André Sampedro no la encontraba atractiva en absoluto.

— ¿Seguro que sabe algo de carpintería?

—Tengo cierta experiencia.

Catalina asintió. Ella no sabía cómo arreglarlos y no parecía que una horda de carpinteros fuera a pasar por allí aquel día.

—Muy bien.

André asintió con la cabeza.

—Dime una cosa, Catalina.

— ¿Qué?

—Antes te oí gritar, ¿quién es el hombre por el que has sufrido tanto?

CAPITULO XII

—Tampoco hay que ser tan pesimista... —musitó Juan Montalvo.

— ¿Pesimista? ¿Pesimista? — Gritó Ramón Rosero, mientras saltaba del sofá y se ponía en pie—. ¡Realista! ¡Eso es lo que soy! ¡Realista! Llevo tiempo advirtiéndole de lo que haría Garcia Moreno y no me habéis creído. Desde que tuvo que marcharse de Quito, porque allí nadie te hacía caso, no ha dejado de soñar con ser el dueño de ese país.

— ¡Oh, vamos, Ramón, no seas tan paranoico! —Protestó Juan Montalvo— Ecuador es una democracias y no vamos a permitir el avance de una dictadura como la de Garcia Moreno, bueno.

—Alfaro es tu amigo personal.

—No seas ingenuo, —le interrumpió el escritor—. Alfaro más que amigo es un aliado y, por lo que se refiere a las democracias, ninguno de sus políticos desea perder unas elecciones por defendernos. Nadie va a mover un dedo por un escritor, y criticón que les canta las verdades y más vale que te des cuenta de ello cuanto antes.

Ramón guardó silencio y reclinó la cabeza contra el pecho. Un niño que los escuchaba miraba a los dos adultos y sentía que ninguno de ellos parecía creer en que pudiera existir un rayo de esperanza en medio de una situación confusa. Juan Montalvo salía a dar paseos vespertinos, pensaba en el amor que había quedado en Ambato, el amor de María Manuela Guzmán, un amor apasionado y tormentoso. Antes de casarse hubo una separación —Juan pensaba, hablando en vos alta— “anda y pregúntale a ese río cuántas lágrimas he derramado a sus orillas”. Y llegaba a su memoria sus dos hijos. Alfonso, el varón, que murió apenas a los cinco años, esto lo afectaba mucho. Pero a la vez lo inspiraba y luego se lanzaba a sus resmas de papel para escribir sus obras más importantes.

—Juan —dijo finalmente—, quizá, quizá no sea tan grave. Si los políticos de todo el mundo no lo ven. No sé puede ser que así se evite una guerra. Mi tío murió en la guerra y mi padre, mi padre quedó enfermo ya para siempre.

—Mira, Ramón — reiniciaba la conversación con su amigo —, la vida no es como nosotros queremos, sino como es en realidad. Lo malo es que la mayoría de la gente no quiere verlo. Los políticos, los financieros, los periodistas, hasta la gente común y corriente lleva años sin querer verlo. Se habría podido detener a Garcia Moreno cuando militarizó Quito, cuando comenzó a crear un ejército que estuviera de su lado. Llevamos años gritando que hay que negociar, que hay que dialogar, que hay que buscar una salida política al problema que representa. ¡Estúpidos! ¡Con el terror no se puede negociar!, al final, tendremos una guerra todavía peor que las de independencia, porque será interna, porque si lo dejamos será mucho más fuerte de lo que era.

Ramón guardó silencio y Juan pudo ver cómo sus ojos se asemejaban a un mar en el que se entrecruzaban la pena, la cólera y el desaliento. El escritor no estaba orgulloso porque lo que venía preconizando desde hacía años se había cumplido. Por el contrario, sentía el inmenso pesar de haber acertado y la enorme angustia de saber que su visión del futuro no iba a resultar equivocada.

—Ésta —dijo Juan Montalvo con un nudo en la garganta— es la tierra de nadie. Resbarbiponentes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: ¡Tirano, yo no soy de los tuyos! la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Y el resto gritando que lo más importante es la sangre, la lengua y la raza. Son tan necios que acabarán determinando qué gallinas son de raza y cuáles no.

—Debes marcharte, Juan—dijo de repente Ramón—. Tienes que salir de la frontera cuanto antes.

Juan Montalvo el escritor tubo su visión en las montañas de Ipiales, su verde, su cielo, como si los vieran por primera vez se quedaron sorprendidos, allá en medio de los volcanes

Chiles y Cumbal. En el cielo el sol dibujaba, figuras, jugando con nubes de color verde. Juan saco de su bolsillo unos papeles y con efusiva elocuencia leyó:

“Yo he visto en el horizonte de cierto País Andino cuadros portentosos que no hallarán cabida en la imaginación de Milton: " Las nubes repartidas en largas plumas, que se extienden desde el occidente hasta el cenit en forma de abanico apocalíptico o de cola de un pavo real gigantesco. Estas plumas son blancas; el fondo azul celeste y la simetría tan perfecta, que realmente parece obra de un artista sobre humano. La escala del suelo de Jacob no es ni más grande ni más bella, ni más misteriosa; medio oscura ya la tierra, un suave fulgor ilumina todavía la bóveda celeste; en esa hora incierta, umbral terrible que pasa el día para hundirse en la noche, la imaginación menos pintoresca ve palpablemente un sinnúmero de ángeles saltando por esa escalera celeste, al son de esa lejana y confusa música de los astros. El Domo de San Pedro, el Sepulcro de Adriano, el Castillo de San Angelo, las Fortalezas de Sebastopol, las Torres de Londres, todo está representado en ese horizonte por medio de pelotones enormes de nubes teñidas de púrpura, violáceas, amarillas como el oro de Portugal y mil y mil colores que presenta un globo ese arrebol inmenso. “El sol en el trópico de Cáncer, se pone justamente tras el Cumbal, coronado de nieve perpetua. En una quebrada del monte se apiñan por la tarde enormes nubarrones; el sol en su descenso los hiere de soslayo, los enciende y arden esas nubes figurando una hoguera suspendida en el firmamento; arden vivamente como las entrañas de un volcán, de suerte que esas brasas sin fuego tienen hasta soflama que hace agresión a la vista del filósofo o el poeta observador, apasionado de esos portentos.

Estos cuadros dignos del Todopoderoso, delineados por su Mano, coloreados por sus Ojos, vivos como su Aliento y fugitivos, " El rojo se desangre, el amarillo palidece, el violeta flaquea, el blanco desmaya, muere todo, y un pardo cielo se extiende por el universo, cuando no permanece visible en el horizonte sino un gigante retinto, que, cual vencedor del mundo, se queda dueño del oscuro anfiteatro. " Otras veces, las dos terceras partes del cielo han sido barridas por

el dragón del Apocalipsis, se mueve la cola de parábolas inmensas y la bóveda inconmensurable queda limpia; en medio de un fulgor vago que ya no es luz y aún no es oscuridad, las estrellas de la tarde principia a rutilar casi perdida en el océano violáceo de altura y extensión superiores al más profundo pensamiento. Tal cual nubecita que habrá sido rubia o purpurina media hora antes, está colgada del otro hemisferio como un pañal del Niño Jesús, o alma puesta allí para doce horas penitencia. No hay poesía superior a la bóveda celeste; los cantos del poema universal están estampados allí en las nubes en forma de jeroglíficos grandiosos, empero así los idilios de Gessner, como los poemas de Homero, se desvanecen y pasan como la fantasmagoría de un sueño....”

—Qué te parece —dijo inmediatamente Juan—. De verdad, estoy convencido de que exageras, Ramón, pero, pero, por si acaso, por si se diera la fatalidad de que tengas razón, lo mejor que puedo hacer es marcharme de este mi pueblo.

—Aunque no sé porque —Continuo Juan—. ¿Qué he hecho en Ipiates para tener que irme?

Por primera vez desde el inicio de la conversación, Juan Montalvo sonrió. Fue una sonrisa ancha, preludio de una carcajada que no llegó a brotar porque las circunstancias eran profundamente tristes.

—Mi buen amigo Juan —dijo Ramón Rosero— tienes una batalla personal con el dictador.

Juan Montalvo Empezó a escribir contra ellos hace ya quince años, cuando aún joven viajó a Europa. Tenían que haber leído sus artículos enfurecidos cuando en libertad fuera del ojo avizor de los dictadores se publicó “El Cosmopolita”.

—En la mañana del 3 de Enero de 1863 aparecía en los puestos de venta de periódicos de Quito una revista de carácter político-literario, de unas 42 páginas, presentada de la mejor manera que los progresos tipográficos del establecimiento de F. Bermeo lo permitían en la capital del Ecuador. “El Cosmopolita” —La revista que nadie ha debido leer o que, si lo han leído, se niegan a creer —masculló Ramón a media voz.

—Desde entonces —prosiguió Juan Montalvo— siempre ha dicho que concurrían a las elecciones pero que no eran demócratas, y que su insistencia en la idea de mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos a fuerza de callar por fuerza acabarían llevándonos a una nueva guerra. Nunca se lo han perdonado.

A la mente de Juan Montalvo acudieron en ese momento las imágenes del día en que se refería, con esta explicación, a la imposibilidad de publicar, durante el régimen de García Moreno, periódico alguno de combate, de análisis o de polémica políticos. Ahora que el despótico gobernante había dejado el poder, se estaba en condiciones de discutirle. Unas semanas antes, —por cierto—, del aparecimiento de “El Cosmopolita”, ya le había discutido, adelantándose a todos, don Julio Zaldumbide, en su folleto “El Congreso, D. 'Gabriel García Moreno y la República”, que los amigos y partidarios del ex - Presidente calificaron de inoportuno y cobarde, ya que, siendo su trabajo de oposición y de ataque a Gabriel García Moreno, solamente había venido a publicarse durante otro Gobierno, cuando precisamente ya tenía el país otros problemas, otros hombres y otros errores gravísimos qué combatir y rectificar.

Naturalmente, en “El Cosmopolita” había la debida referencia al folleto de don Julio Zaldumbide y a estos ataques —no justos, según Montalvo—; pues que el influjo de García Moreno no había terminado, aparte de que, aun sin ser Presidente, ese hombres seguía siendo temible, por su energía personal y brutal violencia en la discusión con los adversarios.

—Es Presidente del Ecuador, —refuto Ramón Rosero— don Jerónimo Carrión. A pesar del influjo de García Moreno, es verdad que el Gobierno de este ciudadano no se parece en nada al de su antecesor. Inepcia en el manejo de los fondos públicos; inexperiencia o ignorancia en las cuestiones administrativas y un nepotismo agudo, hasta el punto de que el Ministro de Gobierno es nada menos que el yerno del Presidente.

—Eso precisamente es lo que escribo en “El Cosmopolita” aunque en el momento no converjan ni se concretaron, con todo, me refiero, de un modo muy generalizado, a la tiranía de García Moreno, en los años de 1860 a 1865. Haciendo, pues, casi simple historia, no polémica.

—Juan. —Dijo Ramón inmediatamente, con las palabras saliendo a borbotones—, tienes que irte. ¡Tienes que irte de Colombia!

El escritor lo miró con el ceño fruncido. Por un instante permaneció callado, pero enseguida abrió los labios con la intención de responder. No llegó a hacerlo. Un ruido bronco, áspero, insoportable, llenó la estancia. Juan Montalvo cerró la boca y se precipitó hacia el balcón. Apenas abrió la puerta, los sonidos que procedían de la calle se convirtieron en opresivos. Se apoyó en la barandilla y, rígido, como si evitara caer en el vacío, miró hacia abajo.

Ramón apenas tardó unos instantes en reunirse con él. La calle, generalmente silenciosa y aislada, se había convertido en un hervidero de gente descalza con ruanas y azadones. Taconeaban los adoquines de manera rítmica, poderosa, y violenta.

La vocación libertaria de los ipialeños se manifestó el 6 de octubre de 1809, cuando participaron junto a ipialeños, tuquerreños y comarcanos, contra los realistas, en la batalla de la Tarabita de Funes, “donde se derramó la primera sangre por la libertad de América”. El 7 de septiembre de 1810, se firmó el acta de independencia de Ipiales y la región. El 5 de noviembre de 1822, es sacrificada la heroína nacional Antonia Josefina Obando, por los realistas, frente a la capilla de La Escala.

No hubiera podido decir Juan Montalvo cuánto tiempo estuvieron deslizándose aquellas filas por la calle en tierra, apenas iluminada por la luz mortecina de los faroles de aceite. Sin embargo, cuando finalmente el último dobló la esquina de la calle y se perdió siguiendo a sus compañeros por la calle de la izquierda, aquella marcha seguía sonando en sus oídos y en su mente, anunciándole que estaba a punto de empezar un nuevo tiempo.

CAPITULO XIII

¿Adónde quiere ir a parar con esto?

—Bien, más te vale dejarme en paz, o acabarás de patitas en la calle.

—Yolima, ¿de qué hablas? No he hecho nada malo. Todavía. —Musito entre dientes—

—Si haces cualquier intento o acercamiento, me lo dices. Se llama conducta inmoral ya me contaron que hasta la salvaste de un incendio.

—Solo ha sido parte de mi trabajo.

Yolima suspira y se gira para mirarlo a la cara. Estaba tan enfadada con él que su rabia era palpable.

—Primero, hace tiempo que no te he fallado en nada. Mucho tiempo, tal como yo lo siento; y segundo, quería saber de ella por mi investigación, sabias que ellas es del Ecuador. Más exactamente de la tierra donde nació Juan Montalvo. Eso era todo parte de mi trabajo.

Ella lo mira fija y gélidamente. —Mientras le habla— Sus ojos eran tan intensos, amenazadores incluso, pero endiabladamente hermosos. Podría perderse en sus profundidades.

— ¡No me hagas reír cuando estoy enfadada contigo! —Grito—. Y él sonrió, enseñando toda la dentadura con esa sonrisa deslumbrante de hombre de mundo, y ella no pudo contenerse. Sonrió y se echó a reír también.

¿Cómo podría no afectarle la alegría que veía en su sonrisa?

—El que tenga una maldita sonrisa estúpida en la cara no significa que no esté cabreadísima contigo —dijo sin aliento, intentando reprimir su risita tonta—.

Se inclinó y ella creía que iba a besarla, pero no lo hace. Le huele el pelo e inspira profundamente.

En Tinta Verde

—Eres imprevisible, Yolima, como siempre. —Se incorpora de nuevo y la observa, con una chispa de humor en los ojos—. ¿Piensas invitarme o vas a enviarme a casa por ejercer mi derecho democrático, como ciudadano colombiano?

— ¿Has hablado con Horacio? Se ríe.

— ¿Vas a continuar con tu investigación, con tu novela? —Ella intenta ponerle mala cara — morderse el labio ayuda—, pero sonrío al abrir la puerta. André se da la vuelta, le hace un gesto y saca de su espalda el viejo libro que le leía a Catalina.

— ¿Sabías que en Ambato también tuvo hijos? —Inquirió, perdiendo la sonrisa en lo serio de su libro—

“María Manuela Guzmán, ambateña, de 28 años de edad, fue el primer amor de Montalvo. Él tenía 31 años. Sus amores tuvieron como escenario el idílico ambiente de Ficoa, en los alrededores de Ambato. Sus relaciones amorosas debieron comenzar a fines de 1863”.

—Escucha esto dice de su amada en el folleto No.3 de El Cosmopolita, publicado en mayo de 1866:

“Llegas entonces, y descubro todo ser amor y no más, Adelaida; amor indescifrable, amor sin pago y sin objeto, que sí solo ardía.” “Y me pongo a adorarte al punto mismo, si el cariño al cariño siempre excita; porque mirarme y conturbarte era uno, y mi mano al tocar te estremecía.”

—Sí que era un hombre tierno— contesta Yolima

— Así era Montalvo: un hombre romántico y apasionado. Por algo escribió el propio Montalvo “*Don Juan de la Flor*”, un pasaje hermoso sobre el amor publicado en su Geometría Moral, en el que se retrata de cuerpo entero. Juan y María Manuela mantuvieron sus amores clandestinos por algún tiempo. De este amor nació en Ambato su hijo —Juan Carlos Alfonso— bautizado el 29 de julio de 1866, como hijo del escritor. Este hijo turbó las relaciones de la pareja, porque causó serios disgustos en la casa de los padres de María Manuela. Esta fue agredida por su herido padre y Montalvo llevó dentro de sí una amarga sensación de culpa. Montalvo habló con el padre de la joven, reconoció su culpa y abogó por ella, prometiéndole no

En Tinta Verde

perturbarla jamás. De este modo, los dos amantes rompieron y el rencor mutuo se apoderó de ellos. Juan Carlos Alfonso creció junto a su madre. Montalvo retornó a su inveterada soledad y a sus viajes a Quito, en busca de editor para sus escritos. Sin embargo, por intercesión de un amigo, su hijo le era enviado con cierta periodicidad.

Yolima sigue enfadada. Esa idea le resulta desagradable. ¿Qué puede hacer? ¿Por qué tiene esa necesidad de mantenerla a salvo? —Soy mujer adulta — piensa—, por el amor de Dios. ¿Qué puedo hacer para tranquilizarme?

Observa su cara mientras se pasea por la habitación como un animal enjaulado, metido en su investigación, buscando un pasado que los remuerde a los dos, a él por saber quién es y a ella, porque a cada momento siente que lo pierde, que se parece cada vez más a su bisabuelo, que hasta en malos amores busca refugio, que son las mujeres la fuente de su lucha y sabe que de todas maneras el vuelve a ella y su rabia disminuye. Verlo allí, en su espacio, cuando creía que todo se había terminado, es reconfortante. Más que reconfortante. Lo quiere, y su corazón se expande con un júbilo exaltado y embriagador. Él echa un vistazo por todas partes, examinando el entorno.

—Es tierno; como tú dices —dijo—. Así se refiere Montalvo de su hijito.

“Cinco meses de edad y ya conoce a su padre: alegre, movable, ruidoso, es una tempestadilla en mi mesa de escribir...”

—Más tarde, el 7 de octubre de 1868, luego de intensos cabildeos, un año después de haber publicado en El Cosmopolita el opúsculo “Carta de un joven padre”, que es una especie de desahogo personal sobre su situación, Juan Montalvo contrajo matrimonio con su amiga y madre de su primogénito. A partir de este matrimonio se reiniciaron las visitas de Montalvo a la casa de los Guzmán. Y parecía que la pareja retornaba a su cauce. Pero la fatalidad quebró los planes de la familia. En enero de 1869, apenas tres meses después de la reconciliación y boda, Juan Montalvo fue obligado a expatriarse para evitar los arrebatos de venganza de su enemigo político, Gabriel García Moreno. Este destierro contribuiría a la terminación de las relaciones con María Manuela, que se encontraba embarazada de otra criatura —María del Carmen Montalvo Guzmán— nacida en Ambato el 8 de mayo de 1869, a los siete meses exactos del

En Tinta Verde

matrimonio, lo que hace suponer que María del Carmen fue engendrada fuera del matrimonio o fue una niña sietemesina. — Y continuó leyendo—

“A esta hija conoció Montalvo a los siete años de edad. Sin embargo, pese a estos avatares, así recordaba Juan Montalvo a su querida María Manuela:

“Yo soy ése que tú amabas; yo soy ése que descansaba en tu regazo; yo soy ése con cuya ensortijada cabellera tus dedos se entretenían; yo soy ése de cuyo cuello te colgabas, a quien mirabas con ojos rebosantes de amor”.

María Manuela Guzmán, su esposa legítima, moriría a los 42 años, el 23 de octubre de 1882, hecho ignorado por Montalvo”.

Levanto sus ojos del libro y se encontró con esos ojos grandes que descansaban en los suyos, se miraron.

— ¿Quieres beber algo? — susurro, ruborizada por los nervios.

—No, gracias, Yolima—. La mirada de André ensombrece.

— ¿Qué quieres hacer, Yolima? —Pregunta dulcemente mientras camina hacia ella, salvaje y apasionado—. Yo sé lo que quiero hacer —añade en voz baja. Se echa hacia atrás y choca contra el mesón de la cocina.

—Sigo enfadada contigo.

—Lo sé. —Le sonrío con un amago de disculpa y ella lo admite—.

— ¿Te apetece comer algo? —Pregunta Yolima—. Él asiente despacio.

—Sí, a ti —murmura—. Su cuerpo se tensa de la cintura para abajo. Solo su voz basta para seducirla. Oh, por Dios.

André está de pie delante de ella, sin llegar a tocarla. Baja la vista, la mira a los ojos y el calor que irradiaba su cuerpo la inunda. Siente un ardor sofocante que lo aturde y suave y misterioso trepa por sus piernas como si fueran de gelatina, mientras un deseo oscuro le recorre las entrañas.

En Tinta Verde

— ¿Has comido hoy? —murmura.

—Un bocadillo al mediodía —susurro—. No quiero hablar de comida.

—Tienes que comer.

—La verdad es que ahora no tengo hambre.

— ¿De qué tiene hambre, mi Yolima?

—Creo que ya lo sabes, André Sampedro—. Se inclina y nuevamente cree que va a besarla, pero no lo hace.

— ¿Quieres que te bese, Yolima? —le susurra bajito al oído.

—Sí —dice ella, sin aliento.

—Ya —dice, y junta los labios en una fina línea—. Ven, comamos algo.

—Sonríe— y de repente camina hacia ella, le sujeta las muñecas, la atrae a sus brazos y la estrecha contra su cuerpo.

—Come. Estás demasiado flaca. —Le besa la frente y la suelta—.

Vuelve a sus papeles, a sus libros, busca en su escritorio y como si encontrara un tesoro, le muestras unas hojas, escritas a mano.

—Mira, esto es lo que tengo de Ipiiales, la mejor creación de los amores de Juan Montalvo Fiallos, ¡mi bisabuelo! —. Lo dijo con ganas de que lo escuchara todo el mundo, era la primera vez que lo decía, que lo aceptaba y se sentía bien.

Ya en Ipiiales —que entonces era apenas una aldea— Montalvo inició una etapa gris, de amargas incertidumbres. Su misantropía incurable se acentuó en aquellos desolados y fríos parajes colombianos. Compartía el pan de mesa ajena; sufría por la pérdida del hogar y agobiado por el destierro, no tenía otra alternativa que andar por los lomeríos y escribir. Luego, con la ayuda de Eloy Alfaro, emprendería su segundo viaje a Europa y pisó por pocos meses tierras peruanas. Su vieja enfermedad reumática hizo estragos en su humanidad, pero decidió finalmente

En Tinta Verde

retornar a Ipiales. En este pueblo sucedió algo singular, que el escritor jamás aludió, ni en cartas, ni en libros, ni en documento alguno: sus amores con una empleada de apellido Hernández que le lavaba y planchaba la ropa, con quien tuvo dos hijos: Adán y Visitación, y cuyos registros bautismales fueron hallados por el Dr. Fernando Jurado Noboa. Este concubinato lo mantuvo por varios años. Pero lo más raro y al parecer nada justificable, es que “Montalvo se encerró también en su silencio de igual carácter, de indiferencia y olvido, frente a su hija de matrimonio, María del Carmen Montalvo Guzmán, hermana menor de aquel niño ambateño —Juan Carlos Alfonso— que murió prematuramente, y la cual vivió con María Manuela y sus abuelos maternos.

Juan había sufrido otros desmayos, pero no, tan profundos ni tan prolongados, como los dolores que sentía en sus huesos, ese reumatismo lo tenía al borde del fallecimiento.

Por lo demás, el doctor declaraba que por el momento había desaparecido todo peligro. Juan Montalvo, cual conviene a un convaleciente, estaba arropado con una amplia bata, y su ama de llaves le había puesto al cuello un pañuelo de lana azul; pero tenía una expresión alegre, casi como en día de fiesta.

Todo lo que le rodeaba tenía también aspecto de fiesta. En una mesita puesta frente al diván se ostentaba una enorme cafetera de porcelana, llena de aromático café, y en derredor se desplegaban pocillos, botellas de vino, platos llenos de bizcochos y de pan, y hasta ramos de flores. Seis velas finas ardían en dos candelabros de plata. A un lado del diván se hallaba un mullido sillón. Todos los moradores de la hospedería, con quienes había entablado conocimiento, aquella tarde, se encontraban allí reunidos, sin exceptuar el gato y el perro, y todos tenían cara de pascuas: el mismo perro estornudaba de gozo; sólo el gato continuaba haciendo arrumacos y guiños.

Fue preciso que Juan Montalvo dijese su apellido, nombres y calidad, así como el sitio donde nació. Al saber que era escritor Ecuatoriano, y que había estado en Paris, las dos damas prorrumpieron en exclamaciones de asombro, y ambas a una voz declararon que pronunciaba, perfectamente bien el Francés; pero añadieron que, si prefería hablar en español, podía emplear este idioma que ellas mismas comprendían y hablaban con facilidad. Juan aprovechó en el acto el ofrecimiento.

En Tinta Verde

Juan Montalvo habló así cerca de una hora. Por su parte las damas le iniciaron en todos los detalles de su existencia. La de cabello gris, la madre, era quien más hablaba. Hizo saber a Juan que se llamaba Leonor Acosta, que había perdido a su marido Giovanni, quien veinticinco años, antes se estableció en Popayán; que Giovanni era natural de España, y un hombre con un poco vivo de genio, pendenciero y encima ¡Republicano! Al decir estas palabras, la señora Acosta señalaba con el dedo un retrato al óleo, colgado encima del diván. Debe suponerse que el pintor (también Republicano añadió suspirando la señora Acosta) no había acertado a reproducir por completo el parecido, pues el retrato del difunto Giovanni representaba un bandolero sombrío y con gesto de vinagre. En cuanto a la señora Acosta, había nacido en la antigua y soberbia ciudad de Panamá, donde existe cerca los dos mares; pero su larga permanencia en Colombia la había nacionalizado casi por completo. Después, moviendo tristemente la cabeza, añadió que ya no le quedaban más que aquella hija (la indicó con el dedo), que se llamaba Mercedes, que era buena muchacha, y obediente.

— ¿si soy obediente? —Interrumpió la hija —. Oh Tú, tú eres también una Republicana.

—Respondió la madre —. Después dijo que, naturalmente, los negocios iban menos bien que en tiempo de su marido.

Bien pronto se sintió a sus anchas, como en su casa; las horas corrían con una rapidez inverosímil. Le hicieron tratar de muchos asuntos: acerca de Paris en general, el clima, la sociedad, los campesinos (y en particular los cosmopolitas), la guerra de revolución que se conoce con el nombre de revolución francesa al movimiento político, social, económico y militar, que surgió en Francia en 1789; el mismo que trajo como consecuencia el derrumbe de la monarquía absolutista, que hasta entonces había regido en Francia, a la vez que originó el establecimiento de un gobierno Republicano Democrático y así mismo, la iniciación de una nueva época llamada como la época contemporánea.

La revolución francesa difundió por el mundo los ideales de libertad y fraternidad, así como el de la soberanía popular; y divulgó, primordialmente el conocimiento de los derechos fundamentales del hombre y del ciudadano.

En Tinta Verde

Las dos damas no tenían más que una idea muy vaga de esa región inmensa y remota. Juan se esforzó en darle, así como a su hija, informes más precisos.

La conversación recayó acerca de lo que él escribiera en Francia; y al punto le rogaron que leyera algo. Obedeció sin hacerse rogar, sacando de su maleta de cuero unos papeles:

“En París, es muy difícil llamar la atención de su público, porque, sobran motivos de preocupación o entusiasmo en los diferentes grupos sociales. Así, múltiples nombres, homenajes, fiestas y publicaciones pasan inadvertidos. El pueblo francés tiene tantos hombres y cosas propias en que ocuparse, que su atención es absorbida por las actualidades nacionales o relacionadas con el interés de esta Nación... En tal virtud la propaganda de nuestros países, ajenos a los urgentes imperativos del día, es verdaderamente difícil de realizar con eficacia, por más que clamemos por ella dentro de casa. La mayor parte de los actos sudamericanos quedan, por ello, sin alcanzar mayores consecuencias de utilidad política o solo a núcleos sudamericanos, sin obtener mayor difusión periodística. Por otra parte, la Prensa francesa no concede fácilmente la hospitalidad en sus columnas. Publicar un artículo en un periódico no representa la fácil maniobra diariamente realizada entre nosotros. Y la dificultad no existe sólo para los extranjeros...”

Las damas lo elogiaron por su voz y su escritura, pero admiraron sobre todo la dulzura y la sonoridad de la lengua francesa, y le rogaron que tradujese el texto.

CAPITULO XIV

Y entonces lo noto; un tirón, esa electricidad entre ellos, tangible, que los arrastra a ambos. De pronto él la agarra y la empuja contra la puerta, con sus bocas unidas por un beso, reclamándose con ansia. Con sus manos buscando el cuerpo de la mujer que ama, de la que lo disimula muy bien, pero que la ama hasta el cansancio. Ella enreda los dedos en su cabello y se aferra a él como lo escuchó en las lecturas de Juan Montalvo, con fuerza. Con la respiración entrecortada, André presionando su cuerpo contra el de Yolima, la aprisiona. ¡La siente!, la desea, y al notar que la necesita, la excitación se sube a la cabeza de Yolima de Los Naranjos Parra Torres.

— ¿Por qué... por qué me desafías? —Masculla entre sus apasionados besos —. La sangre bulle en sus venas.

— ¿Siempre tendrás ese efecto sobre mí? —. Se pregunta. Se queda sin aliento. Sintiendo más que viendo su sonrisa pegada a su cuello.

—Nunca me canso de ti. Eres una mujer desquiciante, enloquecedora.

—Y tú me vuelves loca —murmuro—. En todos los sentidos. Sacude la cabeza.

—Ven. Vamos a desayunar. Conozco un restaurante bar, muy bueno, se llama “Capri”.

—Vale —asiente con su cabeza.

—Pago yo—. Y coge la cuenta del desayuno antes que él. André pone mala cara.

—No pongas esa cara. Estoy de pago, de quincena. Puedo permitírmelo. —Echa un vistazo a la cuenta—.

—Gracias —dice a regañadientes—. Mira el vendedor de periódicos, el muchachito tozudo ha vuelto.

— ¿Si, dónde?

En Tinta Verde

—Allí, míralo.

Le indica a un joven, casi niño, que lo mira todas las mañanas en la cafetería bar “Capri”. Yolima, lo mira, resulta tan extraño. Es tan abierto en ciertos aspectos y tan cerrado en otros.

La lleva fuera del restaurante y caminan por la calle. Hace una mañana cálida, preciosa. Brilla el sol y el aire huele a café y a pan recién hecho.

— ¿Adónde vamos?

—Sorpresa. Ah, bueno. Me gustan las sorpresas.

Recorren dos manzanas y las tiendas empiezan a ser claramente más exclusivas, pero la verdad es que la carrera sexta, está a la vuelta de la esquina de donde ella vive.

La gente los saluda en la calle, caminan hasta el parque Veinte de Julio, se sientan en una de las bancas, mientras admiran al hombre de las palomas. André, toma unas hojas de su portafolio y le indica con el dedo a Yolima, ella sigue la lectura:

Buena parte de la producción de Juan Montalvo fue escrita con el objeto de defender los valores del libre pensamiento y el derecho a la libertad de conciencia. Muchas de sus frases, como se ha dicho, fueron escritas para ser leídas en la coyuntura y el contexto contemporáneos. Pero contienen un pensamiento que va mucho más allá de la polémica ocasional, para convertirse en referentes que tienen plena vigencia hasta el día de hoy, sobre todo cuando se trata de defender valores fundamentales como las libertades ciudadanas.

En todas las obras de Juan Montalvo encontramos frases y sentencias que no solamente resumen su pensamiento, sino que también constituyen elementos de sabiduría que trascendieron las coyunturas en que fueron publicadas. Se escribieron para orientar y movilizar a sus contemporáneos, pero también con el fin expreso de aportar a un acervo más permanente de pensamiento laico y democrático.

En la república democrática los tres poderes tienen límites tan señalados, que ni el legislativo extiende el pie hacia los dominios del juez, ni el poder ejecutivo

En Tinta Verde

mueve un dedo en lo perteneciente al legislativo, sin violación escandalosa de la carta fundamental, y sin volverse buena presa del procurador de la nación.

Si el presidente hace irrupciones de hecho en el recinto de las leyes, será usurpador; si las hace por derecho, aunque indirectamente, será déspota o semidéspota, y la forma de gobierno solo para escarnio del pueblo se llamará republicana.

Todo induce a suponer que esto último lo escribió para “El Regenerador”.

El señor Rosero comenzó por presentar sus cumplimientos, y al hacer las reverencias se inclinó tan noblemente, resbaló los pies de un modo tan agradable, y entrechocó ambos tacones con tal urbanidad, que Juan Montalvo no podía sino decir.

—Este es un hombre que tiene ropa blanca y virtudes morales, es todo un hombre de primera calidad.

Juan Montalvo había llegado de París y hacia su segunda estancia obligada en Ipiales, corría el año de 1871 y se quedaría por cinco años. La vida en París si bien es cierto fue austera, lo trajo como un cosmopolita.

En la mano izquierda, calzada con guante, tenía un sombrero reluciente como un espejo y en el fondo de éste estaba el otro guante; la mano derecha, desnuda, que alargó a Mercedes Acosta con ademán modesto pero resuelto, estaba tan bien acabada que superaba a toda idea preconcebida, cada una de las uñas era la perfección misma en su especie. Luego declaró, con los términos más selectos de la lengua castellana, que había deseado presentar sus respetos y la seguridad de su gratitud al Doctor Rosero y a la familia Acosta que sabía le habían prestado un señaladísimo servicio a un hombre perseguido por la tiranía. Al decir estas palabras, extendió la mano izquierda, la que sostenía el sombrero, en dirección a Ramón Rosero. Juan Montalvo añadió que se consideraría muy feliz, si por su parte, pudiera hacer alguna cosa que le fuese grata al señor.

Ramón respondió, también, pero no sin algunas dificultades, que estaba encantado. Que el servicio era de poca importancia, y rogó a sus huéspedes que tomasen asiento. Montalvo le dio

las gracias, y levantándose en la punta de sus pies, camino y se sentó en una silla, pero tan ligeramente y de una manera tan poco segura, que era imposible no decirse:

“He ahí un hombre que se ha sentado por pura fórmula y que va a levantar el vuelo al instante”.

En efecto, levantó el vuelo unos minutos después, y dando discretamente dos pasitos adelante, como en la contradanza, explicó con aire modesto que, con gran pesar suyo, no podía permanecer más tiempo. ¡Los escritos ante todo! —pero que siendo domingo el día siguiente, con aprobación de Ramón Rosero, había organizado una gira de recreo por las fincas vecinas. Juan Montalvo le hizo en seguida unas cortesías y salió luciendo sus pantalones del matiz más delicado, negro profundo; las suelas de las botas, nuevecitas, chillaban no menos agradablemente.

La tarde se había ido, como se fue la mañana; Yolima lo invito a caminar, vamos dijo André, serrando sus apuntes, mientras los libros de Montalvo caminaban en su pensamiento sobre las hojas de los árboles del parque.

—André— dice sin más, y luego escucha. Estamos parados en plena Sexta y yo me pongo a contemplar el árbol joven que tengo delante, ese verde de hojas y follaje esplendoroso.

La gente pasaba con prisa a su lado, absorta en sus obligaciones propias de un domingo por la tarde. Pensando en sus problemas personales, sin duda. André se pregunta. ¿Es que no siento nada por ella? —Disgustado, menea la cabeza—. Esto empieza a cuadrar, no. Explica el porqué, pero no dónde. Mira a su alrededor como si buscara algo, y, sin darse cuenta, Yolima hace lo mismo. Nada les llama la atención. Solo hay transeúntes, tráfico y árboles.

—Que. —Murmura y palidece, con los ojos muy abiertos—. Ya veo, —continua — Allí está la casa donde vivió Juan Montalvo, este parque debió ser una plaza, con pasto y jardines. Montalvo y la Ipialeña Pastora Hernández debieron hacer el amor “en la hierba, bajo los árboles, cerca del río Güaitara también, —en sus largos paseos —, ese rio que suena tan bueno, que murmura tan sabroso”.

—Fernando Jurado, investigador ecuatoriano, —continuó dirigiéndose a Yolima — insinúa que lo único que se sabe es que nueve meses después, el 7 de febrero de 1873, Pastora tuvo un hijo que en Ipiales lo llamaron Adán Montalvo, pero que aparece en los registros de bautismo solo con el apellido materno, acompañado de una advertencia que lo señala como “hijo de madre soltera”.

Adán fue el primero de los cuatro hijos que tuvo Montalvo durante sus estadías en Ipiales, a donde llegó en abril de 1869, huyendo de las amenazas de muerte del ya mentado García Moreno.

— ¡Esa casa! ¡La vez!, la del fondo, es la casa que le servía de refugio; debió tener un gran patio donde permanecía en completa soledad durante buena parte del día. Una tarde, el dueño de la casa fue a buscarlo para avisarle que la cena estaba servida.

La imagen que presencié quedó grabada en su recuerdo y la transmitió a sus descendientes, y ellos a los suyos y estos a otros; hasta que ha llegado a mis oídos para divulgarla por el mundo. Montalvo estaba arrodillado bajo un árbol marchito, llorando a gritos mientras se arrancaba sus alborotados cabellos en un gesto de desesperante locura.

CAPITULO XV

La habitación de la casa de pensiones estaba en el piso de arriba, siguiendo la pendiente del tejado. De noche Juan Montalvo se acostaba en la cama, con el cabezal en la parte más baja (o sea, que si se levantaba de repente se exponía a un buen chichón) y leía a la luz de una vela que proyectaba en el techo una sombra muy graciosa, en forma de boa misteriosa. Algunas noches no se oía nada en toda la casa excepto el murmullo de la caldera de leña, que mantenía el agua caliente y el ruido de las ratas correteando en el desván. Otras, Pastora se pasaba una hora (la más cercana a las doce) dando voces para que fueran a ver si habían comido los animales, o si se había achicado el ternero.

Juan tenía un escritorio al otro lado de la habitación, con la cantidad inimaginable de papel y un centenar de libros alineados contra el zócalo.

El 6 de agosto de 1875 García Moreno fue asesinado. Todo estaba listo para que Montalvo regrese con sus ideas de libertad, pero el invierno era riguroso y los caminos estaban tan malos que era imprudente viajar, pero lo que lo detenía en realidad era el amor. Montalvo acababa de conocer a Mercedes Acosta.

Era una mujer de clase, que ha leído a los románticos, que tenía aspiraciones literarias y que compartía las ideas revolucionarias de Montalvo. Con ella pasó las mejores tardes de Ipiales conversando sobre escritores y haciendo planes para aplicar sus ideas de igualdad social.

A finales de mayo de 1876 regresó a Ecuador para cumplir sus sueños, pero una nueva dictadura se lo impidió. Ignacio Veintimilla estaba en el poder. El 30 de agosto de 1879, después de tres años de ausencia, a los 47 años de edad, regresó a Ipiales. Mercedes, que lo esperaba con fidelidad, quedó en embarazo y a mediados de 1880, Montalvo tuvo el cuarto y último hijo colombiano.

Era un niño que desde siempre manifestó su inconformidad con la realidad, pero que tuvo que mantener oculto su origen paterno para no mancillar el honor de su prestigiosa familia.

En Tinta Verde

Montalvo intentó sublevarse desde Ipiales con hombres armados, pero fracasó y debió partir nuevamente hacia Paris, donde encontró la muerte un 28 de enero de 1889. Sus últimas cartas expresan una profunda nostalgia por Ipiales, pero en ninguna de ellas menciona a sus hijos colombianos.

—Quédese, no me estorba usted de ningún modo — exclamó en seguida Juan, encantado, con la presencia de Mercedes Acosta y de aceptar la primera proposición que pudiese dispensarle de hacer él mismo alguna cosa.

Mercedes dio las gracias, y en un instante tomó posesión de Juan y de su cuarto; examinó los objetos de la pertenencia del huésped y preguntó acerca de todo lo que veía:

— ¿Dónde lo ha comprado usted?

— ¿Cuánto le costó esto?

—Le ayudó a afeitarse, —le dijo que hacía mal en no dejarse crecer el bigote —, y por último, le contó una multitud de particularidades acerca de su madre, y toda la manera de vivir de ellos.

Había desaparecido todo asomo de timidez en Mercedes, quien sintió súbitamente un afecto extraordinario por Juan Montalvo, a causa de que ¡era tan simpático! No tardó en confiarle todos sus secretos, insistiendo en particular sobre un tema. Mamá quería hacerla a toda costa comerciante, y ella sabía, sabía sin género ninguno de duda que había nacido para el arte, le gustaba la lectura y departía con él sus mejores conocimientos,

—Pero ya es hora de irme a casa —exclamó en cuanto Juan hubo concluido de arreglarse y escribir una carta a sus amigos en Ecuador.

—Vamos al correo, y de allí a casa. Mamá se pondrá contenta de verlo a usted. Almuerce usted con nosotros.

—Vamos —dijo Juan—. Y partieron.

Sería la última vez que vería a Ipiales. La puerta de madera de pino entrada de la casona. Ubicada en el centro de Ipiales.

En Tinta Verde

Ahí donde vivió sus exilios. En esa edificación de tres pisos, de ladrillo y paredes blancas de fachada. Las ventanas de madera de construcción tradicional, de formas redondas con pequeños cuadrados, también de madera.

Por la puerta lateral, debajo de uno de los balcones de la casona, se ingresa a la bodega. Allí se veían gradas pasamanos de madera, y sus pisos en cerámica, de la parte alta, con un patio interior, típico de la construcción colonial. El techo con tragaluces para el ingreso de la luz solar.

Así la guardo Juan Montalvo en su memoria la miro por última vez y sus ojos se humedecieron en el frío de la noche. Sí. — Pensó —. Este fue el hogar de mis mejores obras. Se refiere a “Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, obra que trata sobre las nuevas aventuras de Don Quijote de La Mancha; “Geometría Moral”, ensayo de corte universal, que gira en torno a la ética, la política y la religión; “Los siete tratados”, un escrito que recoge citas históricas, parábolas y ejemplos, entre otros textos.

Aun le parecía ayer, pero se remontaba a 1869. Después de que se declarase contradictor de Gabriel García Moreno iba a ser tomado prisionero, entonces se refugió en la legación colombiana de Quito. Después camino, hasta aquí, hasta Ipiales, como exiliado, junto a Manuel Semblantes y Manuel Mestanza, quienes al tener más recursos económicos siguieron su camino a París.

El escritor se había ganado el cariño de los ipialeños. Y aún estaba fresca en su memoria la noche en la que García Moreno quiso tomarlo prisionero o envenenarlo, sus amigos colombianos se opusieron y lo defendieron resguardándolo.

¡Hoy debía decirles adiós!

CAPITULO XVI

Juan sacó del bolsillo un pañuelo blanco, lo puso encima de la cara de su Elvira, y tirando de él hacia abajo poco a poco, descubrió primero la frente, después las cejas y los ojos e hizo una pequeña pausa y le dijo que mirase. Ella obedeció. —Los ojos de Elvira Terán eran en verdad hermosos —.

Hizo resbalar rápidamente el pañuelo por la parte inferior de la cara, menos regular que la superior, y volvió a llenarla de besos. Ella, sonriéndose, se volvió un poco e hizo como que lo rechazaba. Juan Montalvo fingió también luchar y se puso a acariciarla, con la felina zalamería del escritor, bajo la cual siempre se adivinaba su fuerza.

— Por fin, —dijo Elvira —, volviste a mí, yo seré tu refugio, ahora bien, Juan duerme un poco en el sillón.

Juan Montalvo le dirigió una sonrisa por única respuesta, cerró los ojos, respiró hondamente dos o tres veces y se adormeció. Elvira se sentó junto a él, en una banqueta, y sosteniendo la almohada donde descansaba la cabeza de su amado, se quedó inmóvil, llevando solamente de vez en cuando a sus labios un dedo de la otra mano, para recomendar silencio, y mirando a Juan con el rabillo del ojo cada vez que se permitía el menor movimiento.

Concluyó éste por inmovilizarse también y permaneció como hechizado, dejando a su alma admirar con todas sus fuerzas el cuadro que ante él se ofrecía. Aquella estancia medio a oscuras, donde como puntos luminosos brillaban acá y allá frescas rosas muy abiertas en antiguos vasos de color verde; aquella mujer dormida, con las manos modestamente cruzadas, con su bondadoso rostro rendido y rodeado por la suave blancura de la almohada; aquella joven que lo miraba con los ojos cerrados, tan buena, pura y admirablemente hermosa, sus ojos negros, profundos, llenos de sombra y sin embargo de fulgores. ¿Eran un ensueño, o un cuento? ¿Y cómo estaba él allí?

Maldita sea, ¿realmente acababa de hacer eso? Debió de ser el alcohol. Había llegado a Potosí a trabajar para hacerse de algún dinero y helo allí bebido.

Pastora Hernández, la mujer humilde que se encargaba de lavar sus trajes, quedó embarazada. García Moreno, al enterarse que Montalvo esperaba un hijo colombiano, atacó de nuevo. Financió folletos ofensivos que aparecieron publicados en Ambato y Guayaquil. La esposa de Montalvo y sus amigos, a excepción de Eloy Alfaro, no le enviaron más dinero. Su vida empezó a oscurecerse nuevamente.

Pastora desapareció unos meses después de tener a Adán. Entonces, Montalvo viajó a Potosí, un pueblo cercano a Ipiales, donde trabajó como abogado empírico para remediar su situación económica. Allí vivía Elvira Terán, a quien había conocido en una de sus andanzas y paseos por las fincas. La mujer le daría su segundo hijo colombiano: Jorge Montalvo Terán, el único que fue registrado con su apellido, pero casualmente fue también el único que en el futuro se avergonzaría de su origen.

André, deja por un momento el teclado de su computador y se inclina hacia Yolima, con una falsa sonrisa estampada en la cara. La besa en la mejilla y después se acerca más para susurrarle al oído, con una voz muy fría y controlada:

—No sé si adorarte puesto de rodillas o si darte unos azotes que te dejen sin aliento.

Yolima sabe lo que quiere allí en ese instante. Levanta los ojos parpadeantes para mirarlo a través de la luz, a contraluz. Ojalá pudiera interpretar su expresión.

—Prefiero la segunda opción, gracias —susurro desesperada, mientras sus ojos se cerraban.

Él separa los labios e inspira bruscamente. Oh, esa boca provocativa. La quiere sobre él, ahora. Le obsequia una radiante sonrisa que la deja sin respiración.

—Estás sufriendo, ¿eh? Veremos qué podemos hacer para solucionar eso

Insinúa, mientras desliza el índice por su barbilla. Su caricia resuena en el fondo de las entrañas de Yolima, allí donde el dolor ha germinado y se ha extendido. Ella quiere abalanzarse sobre él allí, ahora mismo, pero vuelve a sentarse para ver cómo el sigue escribiendo, leyendo, dedicado a su trabajo.

“En varias materias son cultos los hijos de Ipiales, en todas decentes, y en muchas son buenos. Mujeres hay que pudieran servir de modelo en ciudades ilustres, ora por las virtudes, ora por la maña y delicadeza con que gobiernan su casa. En cuanto a las señoritas, puesto que ya no puedo hacerme ermitaño, diré que en pueblo tan corto, no puede darse mayor número de mujeres donosas, bien traídas y agraciadas”.

“Podría yo ser imputado de parcialidad al hablar de Ipiales si todos supiesen el cariño profundo que abrigo por este pueblo”.

“Cinco años de destierro son para cualquiera cinco muertes: cinco años vividos en un destierro hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la naturaleza y los pocos hombres que la habitan, me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces”.

—Estas son claras verdades — le dijo André, levantando sus ojos, para encontrarse con los de Yolima, la tomo de la mano y continuó su lectura.

—Tomé estos datos de “El Antropófago” y de algunas cartas. Escucha:

“Jorge Montalvo, el segundo hijo, concebido en Potosí, salió adelante por sus propios medios y se convirtió en uno de los abogados más prestigiosos y mejor vestidos de Nariño. Un profundo orgullo lo llevó a quitarse su apellido paterno, y se puso el nombre de Jorge Coral Samper, el primer apellido es el de su padre adoptivo, el segundo es una expresión francesa que en español significa “sin padre”.

Montalvo regresó a Ipiales. Eran tiempos en que sólo comía habas y tomaba café que él mismo preparaba. No recibía nada por orgullo y por temor a que lo envenenaran. Desde el atardecer se encerraba en su habitación, donde escribía sin descanso hasta el amanecer. Lo único que lo consoló por aquellos días fue el regreso de Pastora y su hijo Adán, quien permanecía llorando a gritos y cuando se calmaba empezaba a destruir todo.

En Tinta Verde

Pastora otra vez quedó en embarazo. Tuvo una niña que fue llamada Visitación y que al igual que Adán aparece en el registro de nacimiento como “hija de madre soltera”. Pastora desapareció nuevamente. Nunca le dijo a su hija quién era su padre, pero ella al crecer se enteró de todo gracias a su devoción por la escritura y la lectura.

CAPITULO XVII

Levantó la mirada hacia el reloj del andén y volvió a comprobar que las manecillas se desplazaban con demasiada lentitud, para su gusto. Aunque tampoco se podía decir que se detuvieran. Faltaban tan sólo diez minutos para la salida del bus y André no había hecho acto de presencia. Yolima volvió a preguntarse si el portero le habría dado su mensaje. Se había formulado ese interrogante millares de veces a lo largo de toda la noche pasada recorriendo sin descanso Ipiales. Al igual que en las horas anteriores, quiso responderse afirmativamente pero, a pesar de que hacía todo lo que estaba en sus manos por infundirse ánimos, no conseguía dejar de sentir la fría mordedura del desaliento. Sería Horacio capaz de jugar con sus sentimientos o no podía haber sido muy capaz de guardarse el dinero y no entregar la carta. Había que ser un desalmado, desde luego, pero con los tiempos que corrían.

Desanduvo el camino que había recorrido centenares de veces en las últimas horas y volvió a mirar el portón que comunicaba el vestíbulo con el andén. Se disponía a dar media vuelta y a recorrer de nuevo aquella invisible y desesperante senda cuando, de manera inesperada, sus ojos tropezaron con un rostro conocido. Hubiera deseado que se tratara de André, pero en lugar de las facciones firmes, contempló la cara de Cardona, su ex-jefe, y con quien André había enfilado sus acciones, al encontrarlos en situaciones un tanto comprometedoras.

En otro momento, aquel encuentro le habría llenado de satisfacción, pero ahora le molestó, preocupada como estaba por la tardanza de André. No deseaba hablar con él ni con nadie, de manera que apartó la vista. Sin embargo, apenas lo había hecho cuando escuchó a su espalda la voz de Cardona, que le siseaba:

—Yolima, Yolima, espera.

Se detuvo, pero sin volverse. Dio lo mismo. Apenas un instante después el ex-jefe le había alcanzado.

—Sube al bus. Rápido —dijo Cardona—. Apenas te quedan cinco minutos.

En Tinta Verde

Las palabras cayeron sobre Yolima como la sal en una herida. Tenía el alma concentrada en André y aquella llegada sólo servía para turbarle.

—No va a venir —continuó hablando Cardona, con los ojos clavados en el suelo, —pero me dio esto para ti.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Yolima, como si hubiera sido recorrido por una violenta corriente eléctrica.

— ¿Cómo... cómo sabe que...? — balbució angustiada.

—Vino a verme esta mañana —respondió Cardona—. Al parecer, Horacio le había entregado una carta tuya. Según me dijo, en ella le pedías que se reuniera contigo para tomar el bus a Bogotá.

— ¿Por qué acudió a usted?

—Fui la segunda opción —respondió el ex-jefe con una sonrisa—. Al parecer, primero se dirigió a casa de tu familia, pero no encontró a nadie y Horacio no supo decirle nada, de manera que fue a buscarme a la oficina. Dio conmigo de casualidad. Te lo aseguro.

Yolima torció la cara en un gesto de contrariedad, pero no dijo una sola palabra.

—En la carta te explica por qué no ha podido venir —Cardona hizo una pausa y añadió:

—Te quiere. Yo diría que te quiere mucho, a juzgar por la forma en que intentaba no llorar mientras me entregaba la carta, pero no puede acompañarte.

—Pues entonces me quedo —masculló Yolima

—Entonces te vas —dijo Cardona, clavando la mano en el brazo de la joven y obligándola a caminar hacia el bus.

—No quiero —se revolvió Yolima—. No quiero marcharme y no lo haré.

En Tinta Verde

— ¡Oh! Por supuesto que lo harás —le contradijo el señor Cardona, mientras su mirada adquiría un tono acerado—. André pagó esos boletos del bus y quiere que te vayas y, te salvarás. Y él, se reunirá contigo un día de éstos.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, Cardona arrancó la maleta de la mano de Yolima. Luego continuó empujándola hasta que la tuvo en la puerta del bus.

—Ahora te subes y te vas. Sí, te vas.

El “te vas” quedó opacado por el ruido del motor anunciando su marcha y la voz ronca de un empleado de la estación haciendo el último llamamiento a los viajeros para que ocuparan sus asientos.

— ¡Vamos! ¡Vamos! —insistió Cardona, sin dejar de empujar a la joven.

Fue en ese momento cuando advirtió que la vista de Yolima había quedado fija en un punto perdido a sus espaldas.

— ¿Qué miras? —dijo, mientras se daba la vuelta para descubrir lo que tanto llamaba la atención de la joven.

Lo comprendió con sólo echar un vistazo. A unos metros de distancia, justo en el extremo del terminal, acababa de aparecer un grupo de turistas ecuatorianos, entre ellos, estaba Catalina; bella y sensual como siempre.

Cardona tragó saliva intentando no perder su aplomo que le costaba mucho conservar intacto. Luego se volvió hacia Yolima para lograr que subiera de una vez al bus. Lo que descubrió entonces fue a una bella joven cuya mandíbula inferior se había descolgado dejándola con la boca abierta en un gesto de sorpresa. ¿Qué le pasaba? ¿Tanto le asustaban los recién llegados? Se formulaba estas preguntas cuando los labios de Yolima se unieron para decir una sola palabra:

— ¡Adiós!

No entendió Cardona lo que había dicho la joven, pero ésta no tardó en aclarárselo.

En Tinta Verde

—Cardona tenías razón —dijo en un susurro—. Se quedan sin mí. Me voy y que sean felices para siempre.

El ex-jefe miró alternativamente a los ecuatorianos y a Yolima.

— ¿Esa mujer? — Preguntó Cardona.

Yolima asintió con la cabeza.

—Bien, pues sube al bus de una vez. ¡Maldita sea! —casi gritó Cardona, mientras le propinaba un empujón que la impulsó al interior del bus.

Yolima tropezó con la bolsa y, trastabillando, cayó. Colocó ambas manos en el suelo e intentó impulsarse con ellas para ponerse en pie y salir del bus. Sin embargo, en ese momento un nuevo anuncio de la salida del bus con destino a Bogotá y, apenas un segundo después, una sacudida le hizo perder el equilibrio y golpearse en el hombro contra uno de los tabiques. Intentó nuevamente levantarse, pero el movimiento del bus se lo impidió. Entonces la portezuela del bus se cerró y Yolima quedó sumida en una oscuridad absoluta.

Yolima se levantó de su asiento para responder a la despedida y luego recogió con cuidadosa solicitud sus útiles y maletas. Apenas hubo acabado, echó mano de una botella con agua y la colocó en su boca.

Mientras el contenido del recipiente llegaba a su estómago, dirigió la mirada a la ventana, para guardar la última imagen de Ipiales.

Tres pisos más abajo los niños salían corriendo al patio y comenzaban a gritar y a jugar. Quizá para otra persona aquel bullicio hubiera resultado molesto, pero a Yolima le llenaba una especie de alegría mansa y suave. Para ser sincera, tenía que reconocer que las cosas no le habían ido demasiado mal. Nada más llegar a Bogotá, se había encaminado a la dirección que Cardona le había entregado, escrita en un papel por André. Correspondía a un orfanato cuyo director, en efecto, era amigo. Hacía años que no se veían, pero la sola mención de André Sampedro provocó en él un verdadero torrente de recuerdos gratos y de palabras amable.

En Tinta Verde

—André era una persona maravillosa, señorita —decía a cada tres o cuatro frases—. Realmente excepcional. Cuando los demás estábamos empezando un libro, él ya había leído tres.

El hombre no podía —y bien que lo lamentó— ofrecerle un trabajo decente, pero estaba dispuesto a proporcionarle comida y alojamiento gratis a cambio de que por las noches dictara clases de español a los adultos.

—Creo que tu colaboración podría significar una gran ayuda.

Yolima necesitaba también algo de liquidez para sobrevivir en la Capital y comprarse ropa, pero antes de que llegara a decir nada, el director le había informado de que podría ganar algún dinerillo dando clases particulares a algún niño o realizando algún trabajo extra.

No se equivocó. En los meses siguientes nunca le había faltado algún billete para comprar lápices, cuadernos o gomas de borrar, y pronto se había corrido la voz de que una jovencita del sur realizaba dibujos de una especial calidad. Antes de que pudiera darse cuenta, ganaba el dinero suficiente, no sólo para asombrarse de su capacidad de salir adelante, sino también para enviar a su familia. Quién lo diría una afición, ahora le daba para vivir.

En ocasiones, después de clases, acudía a su cuarto para descansar un poco, recordaba su pueblo y a los padres, a los que apenas había conocido, y a su familia, y tenía la sensación de que todo ello pertenecía a una vida que no era la suya, sino otra ya concluida mucho tiempo atrás. Incluso le resultaba extrañamente distante André Sampedro, no había pasado un solo día en el que no leyera varias veces la novela de André; sobre la vida de Juan Montalvo Fiallos. Conocía de memoria su contenido, aquellas líneas.

Durante una semana tuvo la tentación de escribirle a su casa. Consiguió vencerla pensando que, si la carta era interceptada, le llegaría a Catalina y no a él. Sin embargo, justo cuando logró que su razón se impusiera sobre sus deseos comenzó a experimentar la insoportable mordedura de los celos.

— ¿Realmente André la esperaría o, por el contrario, acabaría cayendo bajo el atractivo de Catalina? Es cierto que cuando se formulaba esa pregunta, de inmediato se decía que era

En Tinta Verde

imposible que la muchacha volviera a enamorarse de alguien como él, pero aquel razonamiento se disolvía, como si fuera un cubo de azúcar arrojado al agua,

— ¿Qué habría tenido de particular que así sucediera? A fin de cuentas, Catalina y sus familiares, eran a los que ella había vencido. — Tan sólo un año antes eran un recuerdo en Quito y ahora todo el mundo parecía quererlos, y los que no, se marchaban sin oponer resistencia.

CAPITULO XVIII

A medio día bajan paseando por la carrera sexta, entre la calle trece y el parque veinte de julio, donde los demás asistentes a la fiesta de carnaval de Negros y Blancos se han reunido para contemplar el desfile de comparsas, murgas y carrozas. Los maestros del carnaval, de nuevo al mando, han permitido que se quitaran las máscaras para poder ver mejor el espectáculo. André la rodea con el brazo, pero Yolima es muy consciente de que Cardona está cerca, probablemente porque ahora están en medio de una multitud. Mira hacia todas partes excepto al centro del parque, donde los mira Cardona. La idea le provoca escalofríos, y se acurruca junto a André. Él baja la mirada y la abraza más fuerte.

— ¿Estás bien, nena? ¿Tienes frío?

—Estoy bien.

Echa un vistazo hacia atrás y ve, cerca de ellos, a los otros dos amigos de Cardona, cuyos nombres ha olvidado. André se coloca delante de ella y le rodea los hombros con los brazos.

De repente, los compases de una pieza clásica del carnaval — un sonsureño — retumba en la tarima de la plaza y dos cohetes se elevan en el aire, estallando con una detonación ensordecedora sobre el parque e iluminándolo por entero con una deslumbrante panoplia de chispas naranjas y blancas, que se reflejan como una fastuosa lluvia luminosa sobre las caras de la gente.

No recuerdo haber visto nunca una exhibición pirotécnica tan impresionante, excepto quizá en televisión, y allí nunca se ven tan bien. Está todo perfectamente acompasado con la música. Una salva tras otra, una explosión tras otra, y luces incesantes que despiertan las exclamaciones admiradas de la multitud. Es algo realmente sobrecogedor.

Sobre la estatua de la libertad, en medio del parque Veinte de Julio, varias fuentes de luz plateada se alzan unos seis metros en el aire, cambiando de color: del rojo, al verde y al blanco,

En Tinta Verde

luego se repite la serie, formando la bandera de Ipiates, y cuando la música, el son sureño alcanza el crescendo, estallan aún más cohetes.

Empieza a dolerle la mandíbula por culpa de la bobalicona sonrisa de asombro que tiene grabada en la cara. Mira de reojo a André, y él está igual, maravillado como un niño ante el sensacional espectáculo. Para acabar, una andanada de cohetes o voladores como los llaman acá en el sur; surcan el aire y explotan simultáneamente bañándolos en una espléndida luz dorada, mientras la multitud irrumpe en un aplauso frenético y entusiasta.

—Damas y caballeros —Proclama el maestro de ceremonias cuando los gritos decrecen—. Solo un apunte más que añadir a este extraordinario carnaval:

“Como autoridad del Carnaval de Negros y Blancos de esta insigne ciudad, las llaves me han sido concedidas por las autoridades oficiales para que gobierne en estos días y altere ciertos roles sociales. Que Viva Ipiates y sus carnavales, que viva la familia Ipiat, lo manda el Cacique Ipiat que la alegría dura un instante y la tristeza una eternidad”, —declaró—.

Un aplauso espontáneo brota de nuevo, y sobre la calle frente al ejército Mecanizado General José María Cabal. Aparece una majestuosa carroza que cierra el carnaval.

—Oh, André, esto es maravilloso.

Levanta la vista, fascinada, y él se inclina para besarla.

—Es hora de irse —murmura, y una enorme sonrisa se dibuja en su hermoso rostro al pronunciar esas palabras tan prometedoras.

De repente, se siente muy cansada.

Alza de nuevo la vista, buscando entre la multitud que empieza a dispersarse, y ahí está Cardona. Le dice algo sin pronunciar palabra.

—Quedémonos por aquí un momento. El señor Cardona quiere que esperemos hasta que la gente se vaya.

—Ah.

En Tinta Verde

—Creo que ha envejecido cien años por culpa del talco — añade.

— ¿No te gustan los carnavales?

André la mira con cariño y niega con la cabeza, pero no aclara nada.

—Así que estás pensando en irte a Bogotá, ¿eh? —dice, y sé nota que intenta distraer a Yolima. Funciona.

—Estabas realmente enfadado.

—Sí, lo estaba. —Sonríe.

—La culpa es tuya y de tus jueguitos.

—Te sentías bastante abrumada por toda la situación, señorita Yolima. Y el resultado ha sido de lo más satisfactorio, si no recuerdo mal. —Sonríe—. Por cierto, ¿dónde está tu ex-jefe?

Por toda respuesta recibe una explicación de los carnavales de Ipiales;

—André, ¿sabías que el 5 de enero, se celebra el día de Negros? Como reencuentro con los ancestros y la tierra, simbolizados con el cosmético de color negro. En este día hace entrada la familia Ipiál en versión indígena, quienes representan la cultura de los Pastos y a la comunidad ipialeña, recreando a través de diferentes ritmos, disfraces y elementos propios del carnaval: los mitos, leyendas, creencias, costumbres, y tradiciones. Y al terminar el desfile se remata aquí en la plaza Veinte de Julio, con orquestas y artistas nacionales e internacionales, y mira miles de personas bailan, juegan y se embadurnan de color negro.

—Sí, Yolima y el 6 de enero, día de Blancos, se relaciona con el simbolismo del aire que aparece a través de la evocación que se hace al lanzar el talco sobre otra persona o hacia el aire para cubrir a un grupo de gentes. El desfile es una muestra de arte efímero desarrollada por artistas locales, que representan en diversidad de motivos alegóricos como disfraces, murgas, comparsas y carrozas, que son juzgadas y disfrutadas según su creatividad y originalidad.

— ¿Tienes miedo de contestarme mi pregunta?, de que vuelva a sentirme abrumado, con otra persona

En Tinta Verde

— ¿quizá?

Sus ojos brillan peligrosamente.

—Espero que eso no pase —dice con un dejo de frialdad en la voz—.

— ¿No te fías de mí?

Lo mira con los ojos entornados.

Vuelve a sonar música en el parque, pero ahora es un grupo ecuatoriano el que ha puesto un tema de música guasca, con un bajo que marca un ritmo implacable.

Yolima no gustaba en manera alguna de la música ecuatoriana, y hasta la encontraba, aburrida. El elemento triste y nebuloso de esas bandas no era accesible a su naturaleza enteramente impregnada de alegría y sol.

Sin embargo, le gustaba, mucho uno de aquellos temas, de cuyo título no podía acordarse. A decir verdad, lo que le gustaba era el principio de dicha música, pues se le había olvidado el final o tal vez nunca lo hubiese escuchado.

André la toma de las manos y mirándola a los ojos, la lleva a una de las esquinas de parque, El bullicio era menor en este sitio, iban todos pintados de colores en especial negro y blanco. Caminaron por uno de los sectores menos concurridos.

Yolima cerró sus ojos y al abrirlos se encontró con grandes torres de edificios, estaba en Bogotá y debía olvidar para siempre, la frontera, la Ciudad de Ipiales y el amor. Ah, y claro está a Montalvo. ¡Todo había sido un sueño!

CAPITULO XIX

—Así, cada bocado. — soplaba el humeante café, al tomarlo, mantenía al lado un vaso de vino, con el cual pasaba la hirviente bebida. Al beber se enjuagaba la boca con el vino antes de tragarlo, y después hacía castañetear los labios. Después de comer un trozo de asado, emprendió sin más un largo discurso —sobre lo que él sabía — acerca, de las dictaduras y del verdadero que hacer de los hombres libres, y habló de eso con infinitos detalles, empleando los mejores términos del castellano.

—La libertad del pensamiento ha constituido siempre la libertad política; y estas dos libertades por maravilla no habrán traído consigo la libertad civil, grupo adorable y seductor como el de las tres Gracias. A medida que el absolutismo toma pie las tres libertades se separan: cuando descuella con todas sus fuerzas, cuando oprime con cien brazos, como dice Montesquieu, no deja sombra de ellas, bórranse, destrúyense, el lienzo queda limpio para recibir la imagen del tirano.

Se llevaba el vaso de vino a su boca y continuaba.

—El que eche por la senda de la tiranía, impida las sociedades, conculque el derecho de reunión: los que se resignen a la esclavitud, dejen de reunirse, vivan aislados, o reúnanse mezquinos para matar el alma y el tiempo en miserables distracciones. Si juegas mientras te remachan los grillos, ¿con qué derecho te llamas ciudadano? Los dignos de libertad bregan hasta el último instante por defenderla; y si a pesar de su ahínco la perdieron, viven para recobrarla algún día, viven pensativos y angustiados, y solo les anima la esperanza; y si la pierden también, su alma está triste hasta la muerte.

—Queréis “la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar”, —continuaba— vosotros los enemigos de la libertad del pensamiento, la palabra, el trabajo, el aprendizaje y la enseñanza. Les hago una pregunta ¿Cómo sucede que venís a querer lo que no queréis de ninguna manera? —El mismo se contestaba—

—Libertad de pensar es libertad de formar conceptos, opiniones; y este santo derecho es mortal para la fe: vuestro gran principio es la fe, el anonadamiento de la razón; luego no trabajáis por el imperio de esa libertad, sino por su ruina y olvido. La libertad de raciocinio va derechamente a la libertad de conciencia: esta es prohibida por vuestro soberano, y así no podéis quererla sin caer en rebelión y apostasía, o sois juguetes miserables de la ignorancia que no da con el toque de las dificultades. Nada os conviene menos para vuestros fines que la libertad de pensar: si esa libertad fuera de vuestras máximas, no habrías echado al fuego infame de la inquisición a los que han cometido el crimen de pensar libremente; no mandarías a empellones al infierno a los que se toman la libertad de pensar; no fulminarías excomuniones ni echarías maldiciones sobre los que piensan como filósofos y obran como sensatos.

Sorbió el café, ardiendo, no sin repetir muchas veces al mozo de comedor, con voz iracunda, y lacrimosa, que la víspera le habían servido frío el café, ¡frío como un sorbete!

Luego, se durmió, según costumbre, con gran regocijo de su casero, que se puso a pasear sobre la blanda alfombra, soñando con el género de vida que llevaría con un hombre tan inteligente y culto en su casa y pensando en las noticias que iba a llevarle a su mujer. Sin embargo, Juan Montalvo se despertó mucho más pronto que de costumbre, según él mismo hizo observar: no había dormido más que una y media horitas.

Bebió un vaso de agua con hielo traído desde el nevado de Cumbal, después fijó sus ojos en el dueño de casa y le preguntó si quería leer algo. El aceptó con sumo gusto: le temblaban las piernas; no sea cosa que Juan empezara otra vez a hablarle de los hombres libres y de las políticas de estado.

El anfitrión y su huésped volvieron juntos a la sala; un criado les llevó unos libros y empezó el estudio. Al regresar la señora de casa, los halló entregados a esa distracción inocente.

En cuanto entró, al ver los libros en manos de su esposo, soltó una estrepitosa carcajada. Juan se levantó con prontitud, pero ella le dijo:

— ¡Quédense, y estudien! No hago más que cambiar de traje y vuelvo.

Luego desapareció, quitándose los guantes y andando con un ruido de seda.

En Tinta Verde

En efecto, casi al momento regresó. Su elegante vestido se había trocado por una amplia bata de seda de color lila, con manga perdida; un grueso cordón de nudos y retorcido le apretaba la cintura.

Se sentó junto a su marido y aguardó a que éste cerrara el libro, para decirle:

—Vamos, mi gran hombre, basta ya. —Al oír Juan esta expresión— de “gran hombre”, la miró con asombro, y ella le devolvió mirada por mirada, con alegre sonrisa que hizo aparecer todos sus encantos.

—Ya basta —prosiguió—; veo que tienes ganas de dormir, bésame y vete. Tenemos que hablar Juan y yo.

—No tengo ganas de dormir —dijo la señora, levantándose con trabajo de la butaca—, pero en cuanto a besarte y marcharme, no digo que no. Le Presentó ella la mejilla derecha, sin cesar de sonreírse y de mirar a Juan.

—Y salió sin decirle buenas noches—.

—Ahora, hable, cuénteme —dijo Rosendo Rosero con vivacidad, poniendo a la vez en la mesa ambos codos desnudos y chocando unas con otras las uñas con aire de impaciencia. ¿Es cierto eso? Decidió irse.

En Ipiales corría la noticia. La muerte de García Moreno, a quien de buena gana Montalvo le hubiera perdonado la vida. Montalvo regresó al Ecuador. Durante su estadía en Quito (1876) tuvo pequeños contactos con sus familiares, de manera especial con su hermana monja —Isabel Adelaida del Espíritu Santo— y su pequeña María del Carmen, que ya tenía siete años de edad. Tras la ascensión al poder de Ignacio de Veintimilla —a quien le dedicó *Las Catilinarias*— tuvo notables discrepancias, y volvió a su antiguo reducto de Ipiales, y poco después, con la ayuda de su amigo Eloy Alfaro emprendió viaje a Panamá y más tarde a Europa, adonde llegó el 25 de septiembre de 1881. Este sería su último y definitivo viaje.

Montalvo tuvo la oportunidad de conocer bien a Ignacio de Veintemilla durante el destierro de ambos en Shumiral. El escritor ambateño era retraído, mesurado y falto de tacto social, aparte de que estaba acosado a diario por la pobreza. Por el contrario, Veintemilla era

En Tinta Verde

extremadamente sociable, daba rienda suelta a sus vicios y le despreocupaba el dinero, pues lo recibía de casa. Así, nació de Montalvo un inmenso desprecio hacia el general quiteño.

Durante el gobierno de Boris Gaycha, se le confió la zona militar del Guayas a Veintemilla. El 8 de septiembre de 1888 el general quiteño se declaró “Jefe Supremo” y depuso al entonces mandatario, a pesar de que el 30 de agosto del mismo año le había manifestado su lealtad y servicio a través de una carta. Montalvo, con serenidad y mesura, criticó los acontecimientos, razón por la cual Veintemilla mandó a apresarlo en horas de la madrugada, para luego desterrarlo a Panamá.

El viaje a Panamá fue muy tranquilo. Juan hablaba poco y su acompañante llevaba en la mano el sobre que contenía los papeles de su libro “Las Catilinarías”. Ahora sabía cómo. Ahora sí sabía y se preguntó si estaría sufriendo mientras le ayudaba a preparar esa sorpresa para la publicación de su tanpreciado libro.

Descubrir a Juan Montalvo enamorado había sido una revelación. Pensaba que era inmune al amor, que su fracasado matrimonio con María Manuela Guzmán, ambateña, de 28 años de edad, fue el primer amor de Montalvo. Él tenía 31 años. Sus amores tuvieron como escenario el idílico ambiente de Ficoa, en los alrededores de Ambato. Sus relaciones amorosas debieron comenzar a fines de 1863, como había destrozado cualquier esperanza de un final feliz. Aunque no esperaba un final feliz con la vida que llevaba.

Ahora lo entendía mejor. Sospechaba que lo de ir de ciudad en ciudad tenía que ver con la muerte de su hijo. Quizá estaba castigándose a sí mismo. Yendo de un lado a otro no podría formar lazos con nadie y quizá era eso lo que quería.

Quizá lo necesitaba para sobrevivir. No sentir, no preocuparse por nadie, no atarse a nadie.

Le dolía el corazón al pensar en ello. Pero no se engañaba a sí misma. ¡Juan no la quería!. Quizá jamás sería capaz de sentir algo por otra persona. Ella misma no había esperado volver a enamorarse.

Y la sorpresa de que no fuera así seguía dejándola asombrada.

—Ya estamos llegando. ¿Estás nerviosa?

En Tinta Verde

—Un poco, pero también estoy ilusionada. Esto me hace mucha ilusión, el único problema es que no aprueben la publicación.

—Serían tontos si no la aprobaran. No creo que nadie pueda hacer mejor que la imprenta panameña.

—Gracias— sonrió Mercedes Acosta. Juan asintió con la cabeza.

—Oye, sobre lo de ayer, quiero darte las gracias por lo que dijiste. Significa mucho para mí, pero no ha cambiado nada. No quiero que te muerdas la lengua o que tengas miedo de decir algo.

— ¿Eso significa que estás dispuesto a hablarme de tu vida? El negó con la cabeza.

—Me temo que eso no cambiaría nada. Así que no, es mejor no hablar del pasado.

—Mercedes Acosta suspiró—.

El dolor era tan grande que aún no estaba dispuesto a abrirle su corazón a nadie. Lo entendía, desde luego. Cuando dejó su casa, por correr tras los papeles de Montalvo, ella tardó semanas en contárselo a alguien. Sencillamente, fingió que no pasaba nada, inventando excusas. Sólo duró un tiempo, claro, porque enseguida sus amigos empezaron a sospechar.

Había tardado mucho tiempo en recuperarse de aquello y se preguntaba si no habría tenido ella parte de culpa.

En el fondo de su corazón, sabía que no era hombre para ella. No había sido el amor de su vida. Había descubierto eso después de seguirlo, pero al principio sí sentía un gran cariño por él. Había intentado ser una buena mujer Mercedes Acosta, lo había pensado mucho y, al fin, había llegado a la conclusión de que fue él quien destrozó su matrimonio. No había sabido comprometerse. No había sabido cuidar de nadie más que de sí mismo.

Mercedes Acosta, había madurado lo suficiente como para entender y aceptar eso. Ella hizo lo que pudo, pero no sirvió de nada. Y entendía a Juan precisamente porque había pasado por una situación parecida.

En Tinta Verde

—Muy bien. No hablaremos del pasado—. Él sonrió. La primera vez que lo hacía desde que lo encontró en la habitación allá en su casa el día anterior.

—Gracias. ¿Quieres que vaya contigo o prefieres que espere?

—No, no, ven conmigo. Así podrás darme tu opinión.

—Muy bien.

Unos minutos después entraban en la imprenta para hablar con el director de la imprenta.

—¿Quieren ver los libros ahora mismo? — les preguntó, después de revisar la documentación.

—Sí, por favor. Estoy buscando un diseño muy joven, moderno.

—Ahora mismo tenemos dos. Puede elegir.

Cuando salieron de la oficina, Mercedes Acosta, vio más de una docena de libros en varios estantes.

—Son preciosos — sonrió Mercedes Acosta.

Juan Montalvo y ella estaban sentados en la terraza de un café. Juan estaba tomando un café y ella una ensalada. No tenía mucho apetito. Las últimas veinticuatro horas le habían dejado el estómago hecho polvo.

Se había enamorado de un hombre que desaparecería de su vida en unas semanas, estaba planeando comprar un animal y ahora Juan le proponía que se gastara un dineral en los libros de su vida.

—Los caballos necesitan hacer ejercicio todos los días. Tienes suficiente terreno para ello, pero eso no significa que cuando estén en el establo no hagan lo mismo que antes.

—Lo sé, Juan, pero los establos reforzados son muy caros. Y ahora mismo sólo puedo arreglar los que están deteriorados. Cuando empiece a ganar algo de dinero quizá podría meterme en esa inversión, pero...

—El hizo un gesto, como si acabara de ocurrírsele una brillante idea—.

En Tinta Verde

— ¿Y si yo...? No, déjalo. Tú eres escritor.

Cuando terminaron de comer fueron a la ferretería a comprar unas herramientas antes de volver al hotel.

—Ay, mira qué cosa más linda — exclamó Mercedes Acosta, cuando iba a subir a su caballo.

Era un cachorro. Le encantaban todos los animales, pero como había tenido uno de pequeña no pudo evitar pararse a hablar un momento con la dueña.

Juan se apoyó en la recua, sonriendo. Mercedes Acosta, era una mujer extraordinaria. Siempre se lo había parecido, pero cuanto más la conocía más la admiraba.

Había tenido que morderse la lengua para no decirle que él podría pagar los establos reforzados. En su opinión, era una inversión fundamental para la finca. Pero se había callado a tiempo. Porque de haberle ofrecido el dinero, tendría que haberle contado quién le había ayudado y habría que poner en evidencia a su amigo Eloy Alfaro y cuanto menos hablara de su vida pasada, mejor. Ya le había desnudado parte de su alma el día anterior y se había pasado la noche dando vueltas en la cama mientras los viejos recuerdos volvían a aparecer para atormentarlo.

Además, seguramente Mercedes Acosta, no habría aceptado su dinero. Tenía más orgullo y más determinación que la mayoría de los hombres que él conocía. Se habría sentido insultada.

De modo que no dijo nada. Sería mejor para los dos que no supiera. Mejor porque cada vez se sentía más unido a ella.

Saber que se marcharía en menos de dos semanas lo estaba matando pero, al mismo tiempo, era como un bálsamo para su alma. Tenía que marcharse. Era la única salida.

La echaría muchísimo de menos. Pero haber pasado algún tiempo con un escritor sería un bonito recuerdo, o eso esperaba, y era mejor que complicar su vida contándole la verdad.

—Juan, ¿a qué es precioso?

En Tinta Verde

Justo entonces Juan Montalvo vio un carruaje bajando lentamente por la calle. Mercedes Acosta, miró a los dos hombres que había en el interior, pero Juan estaba seguro de que a él no lo habían visto.

De modo que esperó a que pasaran y luego tomó a Mercedes Acosta, del brazo y la metió en la ferretería, mirando por el cristal del escaparate.

— ¿Juan? ¿Qué estás...?

El, la silenció con un beso que dejó a los clientes de la ferretería con la boca abierta. Cuando se apartó, Mercedes Acosta, lo miraba con el ceño arrugado.

— ¿Se puede saber...?

—Estabas tan linda con el cachorro que no he podido evitarlo.

—Ella hizo una mueca de incredulidad—.

—Estás mintiendo. ¿Quién eran esos hombres? ¿Y por qué no querías que te vieran?

—Juan no contestó—.

— ¿Vas a decírmelo o no?

Mercedes Acosta, no era tonta. De modo que tendría que darle alguna explicación. Pero no lo haría hasta que llegaran al hotel

—Venga, vamos.

—Ella negó con la cabeza y se cruzó de brazos, obstinada—.

—No pienso irme de aquí hasta que me digas quiénes eran esos hombres.

— ¿Por qué quieres saberlo?

— ¿Quiénes eran?

—No lo sé — contestó Juan por fin.

En Tinta Verde

Y era verdad; no sabía quiénes eran. Pero había visto el coche tirado por briosos caballos. Él había dejado claro que no quería ser encontrado, pero a sus perseguidores eso les importaba un bledo, como siempre.

—Entonces, ¿por qué te escondes de ellos?

—Hay una diferencia entre esconderse y no querer ser encontrado.

—No, no la hay.

—En mi caso, sí.

Ella lo miró, recelosa. Y Juan tenía que borrar esa expresión de su cara. Lo último que deseaba era que Mercedes Acosta, no confiara en él.

—No soy un delincuente.

— ¿No?

— ¡No! Claro que no.

— ¿Le debes dinero a alguien?

—Juan tuvo que sonreír—.

—No, no le debo nada a nadie.

—Entonces, ¿por qué...?

—Necesito que confiesen mí, Mercedes. ¿Confías en mí?

—Ella vaciló un momento—.

—Sí.

— ¿En serio?

—En serio. Confío en ti.

En Tinta Verde

—Muy bien. No he cometido ningún delito y jamás te haría daño, por nada del mundo. Sé que te gustaría hacer muchas preguntas, pero no puedo contarte nada más. ¿Podrás soportarlo?

—Pues... si no me queda más remedio.

Era pedirle mucho y Juan lo sabía. Pero el anonimato era su única protección. Necesitaba eso. Y sí, quizá estaba escondiéndose. Pero le contaría algo más para que confiase en él.

—Digamos que es un asunto político.

En aquellas circunstancias, Mercedes Acosta, pensó que lo mejor sería cancelar su cita para cenar, pero Juan se negó en redondo. Llevaba toda la tarde dándole vueltas al asunto y estaba agotada. Juan había dicho que era un asunto político de su País.

—Eso la tranquilizó un poco—.

Pero no significaba que no sintiera curiosidad por su tierra ecuatoriana y por lo que había pasado para que no quisiera que lo encontrasen. Aunque no era asunto suyo, por supuesto.

De modo que se arregló para salir a cenar. En lugar del vestido negro que se había puesto para viajar con Juan, se puso un vestido rojo que aún tenía la etiqueta puesta, un par de sandalias a juego, pendientes de cristal que casi le llegaban a los hombros y un colgante de plata que caía entre sus pechos.

Juan Montalvo le había dicho que se arreglara y eso estaba haciendo. Mercedes Acosta, sonrió ante el espejo mientras se recogía el pelo con un pasador de plata.

No estaba mal, tuvo que reconocer. Al fin y al cabo, Juan se iría pronto. Y su vida volvería a ser la misma de antes. Podía soltarse el pelo por última vez, pensaba.

Cuando Juan llamó a la puerta, Mercedes Acosta, abrió y ella se quedó boquiabierta.

Llevaba unos elegantes pantalones negros, camisa gris con corbata a juego y la chaqueta del traje colgada al hombro. Afeitado y con el pelo peinado hacia atrás, estaba de infarto.

—Vaya, qué sorpresa.

En Tinta Verde

—Espero haber pasado la prueba — sonrió él.

Mercedes Acosta, se había quedado tan sorprendida que no vio que llevaba un ramo de flores en la mano.

—Ah, ¿esto es para mí?

—Claro.

—Qué detalle. Y estás muy guapo, de verdad.

—Tú sí que estás guapísima. La mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

Parecía decirlo completamente en serio. Al menos, la miraba como si quisiera comérsela.

—Gracias. Bueno, voy a ponerlas en agua— Murmuró Mercedes Acosta, tan nerviosa como una adolescente en su primera cita.

Juan la siguió a la cocina y en cuanto las flores estuvieron en un jarrón de cristal, la envolvió en sus brazos, besándola en el cuello.

—No quiero meterte prisa, pero si no salimos de aquí ahora mismo, a saber lo que podría pasar.

Estaba muy cerca, tan cerca que Mercedes Acosta, sabía sin la menor sombra de duda lo que podría pasar.

—Juan.

—Calla. Qué bien hueles.

—Se llama Perfume y es de Paris. Creo que es pecado usarlo.

—Lo que es un pecado es lo que me gustaría hacerte sobre la mesa de la cocina ahora mismo. Pero entonces te arrugaría el vestido, ¿no?

—Sí —asintió Mercedes Acosta, juguetona—. Y no queremos estropear mi vestido nuevo.

—Juan pareció pensárselo un momento—.

—No sé yo...

En Tinta Verde

—Y tampoco queremos estropear mis sandalias. Cuando me las quites.

—No.

Él tuvo que respirar profundamente para llevar aire a sus pulmones.

—Y el moño se me podría deshacer...

Juan tuvo que sonreír.

—Eres muy cruel, Mercedes Acosta. Venga, vamos.

Esa noche se conocerían los dos tomos de *Las Catilnarias*. Lo formaban un conjunto de doce ensayos escritos por Juan Montalvo de manera independiente. Todos ellos fueron editados en Panamá —corría el año de 1882—.

A pesar de no formar un libro unitario, la obra tiene un carácter homogéneo ya que comparte el mismo objetivo en todos los ensayos. Esta finalidad concreta es mostrar las iniquidades cometidas por el dictador Veintemilla.

Juan detuvo el carruaje frente a una casa medio escondida en el bosque, frente a un lago, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. Había sido un viaje más bien largo, se preguntó si a Mercedes Acosta le importaría. Pero ella no se había quejado en absoluto. Ni siquiera había hecho preguntas.

Porque estaba dormida, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Juan tuvo que contener una carcajada, aunque lo enternecía verla dormida.

—Ya hemos llegado, Mercedes.

—¿Eh, ya? —exclamó Mercedes, mirando alrededor—. Pero eso, este sitio es maravilloso.

Lo era. La casa del lago había sido construida como refugio, ahora era una finca de recreo.

Juan conocía bien a los propietarios, una pareja de setenta años, y cuando llamó el día anterior para pedirles la casa por un día se la ofrecieron de inmediato, sin hacer preguntas. Ya no

En Tinta Verde

iban por allí más que los fines de semana y, afortunadamente para Juan, estarían fuera del país durante todo el mes.

—Juan bajó del carruaje y le abrió la puerta—.

—Pero no entiendo, — empezó a decir Mercedes Acosta.

—Ella miraba alrededor como si no pudiera creer lo que veían sus ojos—.

Juan Montalvo la llevó a través de una verja de hierro hasta la parte trasera de la casa. La luz de la luna brillaba sobre las aguas del lago y de alguna parte salía una música muy suave.

— ¿Dónde vamos?

—Ahora lo verás.

Juan la llevó hasta un patio en el que había una mesa redonda cubierta por un mantel de hilo, con vajilla de porcelana y copas de fino cristal.

Llevaba días intentando convencerla de que era un escritor, una persona sin raíces ni ataduras y, sin embargo, Mercedes Acosta era la única persona por la que había roto sus rígidas reglas.

Quería que aquélla fuese una noche especial para ella, pero ya no tenía interés en conseguir lo que quería a cualquier precio. Ése era otro Juan, otro hombre. Uno que había muerto meses atrás.

—Esto es precioso. ¿Cómo has podido...?

Mercedes Acosta soltó una risita. Pero lo miraba todo con una ilusión y con una alegría enternecedoras. Y él quería que fuera así. Quería que fuese un cuento de hadas para ella. No habría final feliz, pero al menos tendrían esa noche.

— ¿Tienes hambre?

—Sí.

En Tinta Verde

Juan levantó la tapa de una bandeja de plata. Dentro había exquisita carne de langosta cocinadas al limón sobre una base de pasta, con una salsa que olía de maravilla.

—Pero esto es increíble.

—No es lo que se suele comer en Ipiales. Espero que te guste.

—Tiene una pinta maravillosa. Pero sigo sin entender cómo has conseguido todo esto.

—Juan sonrió, enigmático—.

—Las primeras citas siempre tienen que ser especiales, ¿no?

—Sí, pero esto es...

—Disfrútalo y deja de hacerte preguntas.

—Muy bien, de acuerdo. Pero no creo que vuelva a tener una primera cita como ésta —rió ella, encantada.

Eso era lo que Juan secretamente esperaba. Aunque sabía que debía marcharse, quería que ella lo recordase. Quería dejar una huella, por pequeña que fuera, en su vida. Mercedes Acosta había sufrido mucho y nunca había sido tratada como se merecía. Y se merecía lo mejor.

Cenaron sin hablar mucho, pero sin dejar de mirarse a los ojos. Entre ellos parecía haber una energía magnética. Cuando terminaron, Juan se levantó y le ofreció su mano.

—¿Quieres bailar?

—Me encantaría.

—Juan la tomó por la cintura y empezaron a moverse al ritmo de una balada—.

¡Pecado!. Ese era su perfume. No lo olvidaría nunca. Mercedes Acosta apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, dejándose llevar por la magia del momento. Bailar a la luz de la luna era algo fantástico y lo hicieron en completo silencio, oyendo los latidos del corazón del otro, sintiendo pero sin poder expresar sus sentimientos porque sabían que todo aquello era un sueño que acabaría pronto.

En Tinta Verde

— ¿Quieres ver el lago? — preguntó Juan poco después.

Ella asintió con la cabeza. Bajaron al embarcadero de la mano y se quedaron mirando la superficie del agua, movida por la brisa.

—Qué bien se está aquí — dijo Mercedes Acosta.

—Es un buen sitio para pensar.

—O para no pensar.

—Sí, es verdad. No pensar también es buena idea —sonrió él. Lo sabía bien. Durante toda su vida había pensado y repensado las cosas, pero acababa de aprender que a veces no pensar era la única solución—. ¿Cómo eres tan lista?

—Sigue halagándome y conseguirás lo que quieras — rió Mercedes Acosta.

— ¿Ah, sí? ¿Y si lo que quiero no es apropiado en una primera cita?

—Por ahora lo estás haciendo muy bien.

Sonriendo, Juan tomó su mano y la llevó por un camino flanqueado por altos robles. Pero no podía esperar más y, apoyándose en el tronco de uno de ellos, la atrajo hacia él. Como Mercedes Acosta no protestó, empezó a acariciarla, jugando con el encaje de su vestido.

—He querido hacer esto durante toda la noche.

—Juan tiró hacia abajo el vestido y ella lo ayudó a quitárselas.

—Y esto —murmuró, abrazándola con fuerza—. Mercedes empezó a besarlo sin vergüenza alguna.

— ¿Te gusta?

—Me gusta mucho

Siguió acariciándola hasta que él mismo no pudo más. Con la mano libre tiró hacia abajo del escote del vestido, dejando al descubierto un diminuto sujetador de encaje rojo que apenas

En Tinta Verde

podía contener sus pechos. Juan se lo quitó en unos segundos e inclinó la cabeza para acariciar sus pechos. Mercedes Acosta echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar suspiros de placer.

—Así, cariño — murmuró Juan, mientras ella se frotaba contra su mano. Cuando no pudo más, la beso apasionadamente, y la apoyó contra el tronco del roble. La lluvia era fina, y mojaba sus cuerpos, mientras se perdían en sombras de amor que no olvidarían jamás.

Se abrazaron luego, en silencio. Había sido el mejor paseo para Mercedes, pero era más que eso. Sabía que estaba siendo una despedida. Un imbécil porque, ¿cómo podía creer que iba ella a entender que debía partir y dejar a aquella mujer maravillosa, valiente e inteligente y no enamorarse de ella?

—Juan, me encanta este sitio —suspiró Mercedes Acosta—. Pero se está haciendo tarde. ¿No deberíamos irnos?

—Agradecido por la interrupción, él contestó—:

—Sólo si tú quieres, cariño.

—Tienes un largo viaje de vuelta por delante.

—Podríamos dormir aquí.

— ¿En serio? Pero no he traído nada

—No creo que te haga falta —rió Juan—.

—Mercedes Acosta sacudió la cabeza, mirándolo con los ojos brillantes—.

— ¿De verdad podemos quedarnos aquí?

—Hay cinco dormitorios.

—Es un viaje de vuelta muy largo, ¿verdad?

—Mucho.

—Pero tendremos que levantarnos al amanecer. Mañana hay que trabajar.

En Tinta Verde

Habían acordado que si salían el sábado trabajarían el domingo. Y habían estado jugando. A Juan le encantaba jugar con ella.

—Si tienes razón tenemos que trabajar, tenemos que trabajar. ¿Qué dices? ¿Nos quedamos a dormir aquí?

—Bueno, como ya has decidido.

Juan tomó las ropas y el sujetador del suelo y los guardó en su bolsillo mientras Mercedes se arreglaba el vestido. Saber que no llevaba nada debajo lo excitaba de nuevo. La tela se ajustaba a cada curva, marcando sus formas claramente, definiendo la redonda evidencia de su cuerpo.

—Vamos a probar uno de los dormitorios, cariño.

Mercedes Acosta asintió. Él la ayudó a levantarse del sofá y, de la mano, fueron a la habitación. Sabía que de aquí en adelante le esperaba un futuro que una vez había creído perdido para siempre.

Un futuro que empezaba aquel mismo día para dar a la luz sus Catilinas.

CAPITULO XX

Llovía aquella mañana como solo llueve en la frontera, un páramo constante y como alfileres miles y miles de gotitas, más el viento helado que viajaba por el zaguán del gran Cumbal y del Chiles, más el toldo que hacía ver la ciudad aún más oscura. Un joven, casi niño corría con los periódicos que ya había terminado cuando llegó al “Capri” la cafetería, y entró a tomarse una taza de café.

Era un sitio que estaba abierto toda la noche y pertenecía a un hombre blanco de buen porte, con una mirada transparente: mantenía abierto un ojo azul y otro verde; se llamaba Rubén. Miraba a la calle desolada y vacía, tenía un aire simpático y alegre; junto a la caja de pago en la mesa de entrada había un par de obreros, tres indios de Otavalo, con su tradicional ropa ecuatoriana y su trenza que les caía hasta el fin de la espalda y, en una esquina, un hombre encorvado, con las narices y media cara dentro de un jarro de cerveza. El niño llevaba una gorra peruana, que le cubría medio rostro. Cuando entró en el café se desató la especie de barboquejo parte de la gorra peruana y levantó la orejera derecha sobre su orejita colorada. Casi siempre, mientras bebía el café, alguien le decía algo cariñoso. Pero esta vez Rubén no lo miró y ninguno de los hombres le habló. Pagó, y ya se iba, cuando una voz lo llamó:

—Hijo. ¡Hey!, guagua.

Se volvió y el hombre de la esquina le hacía señas con el dedo llamándolo. Había levantado la cara del jarro de cerveza y parecía de repente muy alegre. El hombre era largo y pálido, con una gran nariz y el pelo negro y un delineado bigote, sí; era André.

—Eh, hijo.

El jovencito de los periódicos fue hacia él. Era un chiquillo escuálido de unos doce años, con un hombro más alto que otro por el peso del saco de periódicos. Tenía la cara chupada y pecosa y sus ojos eran unos ojos redondos de niño.

En Tinta Verde

— ¿qué, señor?

André puso una mano sobre los hombros del chico de los periódicos, luego le cogió la barbilla y le movió despacio la cara de un lado para otro. El chico retrocedió incómodo.

—Diga, ¿qué quiere?

La voz del chico era chillona. El café de pronto se quedó muy silencioso. El hombre dijo despacio: “¿qué haces a esta hora?”.

En la barra los hombres se rieron; el chico ya se había echado para atrás, y quería irse, no sabía qué hacer. Miró por encima del mostrador a André y André lo miraba con una mueca aburrida de burla. El chico intentó reírse también, pero el hombre estaba serio y triste.

—No he querido tomarte el pelo, hijo. Siéntate y toma una cerveza conmigo. Tengo que explicarte una cosa —le dijo—.

Cautamente, con el rabillo del ojo, el casi niño de los periódicos consultó con los hombres de la barra, preguntándoles qué hacer. Pero ellos habían vuelto a sus cervezas y a sus desayunos y no le hicieron caso.

Rubén puso en el mostrador una taza de café y una jarrita de leche.

—Es menor de edad— dijo.

El muchacho de los periódicos trepó hacia el taburete. Su oreja, debajo de la orejera levantada, era muy pequeña y muy colorada. El hombre asentía con la cabeza seriamente.

—Es importante —dijo—. Y buscó en el bolsillo de atrás y sacó algo que enseñó en la palma de la mano para que la viera el muchacho.

— ¡Mírala atentamente! — le expreso.

El jovencito miró, pero no había nada que mirar con atención. El hombre tenía una fotografía en la palma de la mano. Era un rostro de mujer. Borroso que solamente se veían con claridad el traje y sus ojos expresivos.

En Tinta Verde

— ¿Ves? — dijo André.

El muchacho de los periódicos asintió y el hombre le enseñó otra fotografía. La mujer estaba de pie junto al monumento de “la Pola”.

— ¿Has mirado bien? — Se inclinó más todavía acercándose y, finalmente, preguntó —: ¿La habías visto antes?

El muchachito estaba sentado sin moverse, mirando de soslayo al hombre.

—No, que yo sepa.

—Muy bien. —André se volvió a guardar las fotografías en el bolsillo—. Era mi mujer.

— ¿Murió? — preguntó el muchacho.

Despacio, André negó con la cabeza. Frunció los labios como si fuera a silbar y contestó de manera indecisa: Eh...—dijo—. Te explicaré.

La cerveza, en el mostrador, delante de André, estaba en su gran jarro oscuro. No la cogió para beber; en vez de eso, se inclinó y, poniendo la cara sobre el borde, estuvo así un momento. Luego, con ambas manos, agarro el jarro y sorbió.

—Cualquier noche te vas a dormir con tu narizota dentro del jarro y te ahogará —dijo Rubén— “Eminente escritor ahogado en cerveza”. Sería una muerte muy graciosa.

El muchacho de los periódicos trató de hacer una seña a Rubén. Cuando el hombre no miraba volvió la cabeza e hizo un gesto con la boca preguntando sin hablar: ¿Borracho?

Pero Rubén levantó las cejas y se volvió para poner dos trozos de chorizo en la parrilla. André apartó el jarro, se irguió y juntó sus manos sueltas y huesudas sobre el mostrador.

Tenía la cara triste, mirando al jovencito. No pestañeaba; sólo, de vez en cuando, bajaba los ojos de color negro pálido. Estaba casi rayando el día y el chico se cambió de hombro el peso de los periódicos.

En Tinta Verde

—Estoy en el fin de mi estadía acá en Ipiales, me voy, al igual que partiera mi bisabuelo, queriendo estas tierras, pero para no verlas nunca, como no veré jamás el amor —dijo André, estrujando un paquete envuelto en papel y amarrado con una cabuya; igual como llegara Juan Montalvo—. Para mí esto es mi ciencia. —Y apretó el atado entre su brazo izquierdo.

El muchacho se empezó a escurrir del mostrador. Pero André levantó el índice y hubo algo que retuvo al jovencito, que no le dejó moverse.

—Hace doce años llegue a Ipiales, en busca de mi pasado, me enamoré de la mujer de la fotografía. Fue mi mujer durante un año, nueve meses, tres días y dos noches. La quería. Sí.

—Aclaró su voz ronca y dijo de nuevo—.

—La quería y pensaba que ella también me quería a mí. Yo soy escritor y vine a investigar sobre esto —coloco el atado sobre el estante, sin quitarle una mano de encima—. Ella tenía todas las comodidades y lujos nunca se me pasó por la cabeza que no estuviera satisfecha. Pero, ¿sabes lo que pasó?

— ¡Hummm...! —dijo Rubén. André no quitaba los ojos de la cara del jovencito—: Me dejó. Una noche, cuando volví, la casa estaba vacía y ella se había ido. Me dejó.

— ¿Por otro? —Preguntó el chico suavemente—, el hombre puso la palma de la mano sobre el mostrador.

—Claro, naturalmente, hijo. Una mujer se escapa de esa manera, nunca sola.

El café estaba tranquilo; la lluvia, negra e interminable, en la calle. Rubén con su ojo verde miro a André, mientras con el azul, seguía el arder de la parrilla y aplastó los chorizos que se estaban asando en las púas de su gran tenedor.

—Así que llevas dos años persiguiendo esa idea. André miró a Rubén por primera vez:

—Por favor, no seas curiosamente indiscreto. Además, no te estoy hablando a ti. —Se volvió al joven de los periódicos y le dijo en tono de confianza y secreto: — No le hagas ningún caso, ¿eh?

En Tinta Verde

—El joven de los periódicos asintió, no muy convencido—.

—Fue así —Continuó André—. Soy una persona que se impresiono mucho con las cosas. Durante toda mi vida, una cosa tras otra me han impresionado: la luz de la luna, las piernas de una mujer bonita... ¡la vida de Juan Montalvo! Una cosa tras otra. Pero la cuestión es que, cuando había disfrutado de algo tenía una sensación extraña, como si estuviera dentro de mí andando suelta. Nada parecía llegar a terminarse ni a encajar con las otras cosas. ¿Mujeres? Ya tuve mi ración de ellas. Es lo mismo. Después, vagando sueltas en mí. Yo era un hombre que no había amado nunca.

Cerró los párpados muy despacio y el gesto fue como la caída del telón cuando termina un acto en el teatro. Cuando habló de nuevo tenía la voz excitada y las palabras venían de prisa; los lóbulos de sus orejas grandes y sueltas parecían temblar.

—Luego encontré a esta mujer. La tuve hasta que cumplí cincuenta y uno años; ella siempre decía que tenía treinta. La encontré por accidente, un día que ayude a su hermanito en un ataque de epilepsia y nos casamos a los tres días. ¿Y sabes cómo nos fue? No puedo ni decírtelo. Todo lo que siempre había sentido estaba reunido alrededor de esta mujer. Ya no había más cosas sueltas dentro de mí, todo estaba concluido en ella.

El hombre se calló de repente y se dio golpes en la nariz larga. Su voz se sumergió en un tono bajo, firme, de reproche.

—No lo estoy explicando bien. Lo que pasó fue esto. Ahí estaban esos sentimientos hermosos y esos pequeños placeres sueltos, dentro de mí. Y esta mujer era para mi alma algo así como la culminación de la novela de mi vida. Hacía pasar por ella esos capítulos de mí mismo y salía completo. ¿Me entiendes ahora?

— ¿Cómo se llamaba? — preguntó el chico.

—Oh. — dijo él —. Yolima de Los Naranjos Parra Torres. Pero eso no tiene importancia.

— ¿Y trató usted de hacerla volver?

—El hombre no pareció oír—.

En Tinta Verde

—En esas circunstancias, ya te puedes imaginar cómo me quedé cuando me dejó.

Rubén cogió los chorizos de la parrilla, y colocó dos tajadas dentro de un pan. Tenía una cara gris, con ojos hendidos, una nariz un tanto aguileña, salpicada de suaves sombras azules. Uno de los indios ecuatorianos pidió más café y Rubén se lo sirvió. Rubén no dejaba de colocar algo en las brasas, para que oliera bien y tentara al gusto de los que estaban en su cafetería. El indio desayunaba allí todas las mañanas, pero cuanto más conocía Rubén a sus clientes, más tacaño era con ellos.

— ¿Y no la encontró usted nunca?

El chico no sabía qué pensar del hombre, y su cara de niño parecía incierta, con una mezcla de curiosidad y duda. Era nuevo en el recorrido de los periódicos; todavía le parecía raro estar fuera por la ciudad en la madrugada negra y extraña.

—Sí— dijo André, tomé algunas medidas para hacerla volver. Estuve por ahí tratando de localizarla. Fui a Bogotá, donde ella tenía parientes, donde yo la había recomendado para que la ayudaran. Fui a Medellín. Fui a todas las ciudades que había mencionado alguna vez, buscando a todos los hombres que habían tenido alguna relación con ella. Bogotá, Medellín, Cali, Popayán y hasta Quito en el Ecuador. Durante este tiempo corrí por todo el país tratando de encontrarla.

—Pero ha desaparecido de la faz de la tierra — dijo Rubén.

—No le escuches —dijo André confidencialmente—. Y además olvida ese tiempo. No es importantes. Lo que importa es que por ahora me empezó a pasar una cosa muy curiosa.

— ¿Qué? — preguntó el chico.

André Sampedro se dobló e inclinó el jarro para beber un sorbo de cerveza. Pero mientras se agachaba sobre el jarro las aletas de la nariz le temblaron ligeramente; olfateó el olor rancio de la cerveza y no bebió.

—La verdad es que el amor es una cosa extraña. Al principio no pensaba más sino, en que volviera. Era una especie de manía. Luego, según pasaba el tiempo, trataba de recordarla, pero, ¿sabes qué ocurría?

En Tinta Verde

—No — dijo el chico.

—Cuando me tumbaba en la cama y trataba de pensar en ella, mi cabeza se quedaba en blanco. No podía verla, Y entonces sacaba sus fotografías y las miraba. Nada, no había nada que hacer. Era como si no la viera. ¿Puedes imaginarlo?

— ¡Eh, escritor! —Gritó Rubén a través del mostrador—. ¿Puedes imaginarte la cabeza de este en blanco? Si siempre está llena de cosas y datos, sabe más de Juan Montalvo, que cualquier paisano ecuatoriano.

Despacio, como si espantara moscas, André movió la mano. Tenía sus ojos oscuros fijos y concentrados en la carita chupada del chico de los periódicos.

—Pero un pedazo de cristal roto e inesperado en la acera o una canción de diez pesos en una venta de cd callejera, una sombra en una pared por la noche, y recordaba. O la mujer que dice ser la cuidadora de la historia de Ipiales. A veces me ocurría por la calle y yo me echaba a llorar y me golpeaba la cabeza contra las paredes. ¿Me comprendes?

—Un trozo de cristal roto —dijo el chico—. La mujer guardiana de la historia de Ipiales

—Cualquier cosa. Daba vueltas por ahí y no tenía poder sobre cómo y cuándo recordarla. Uno cree que se puede poner encima una especie de blindaje. Pero el recuerdo no viene al hombre así, de frente, viene por las esquinas, dando rodeos. Estaba a merced de todo lo que oía o veía. De repente, en vez de ser yo el que atravesaba el País para encontrarla, empezó ella a perseguirme en mi propia alma. Ella, persiguiéndome a mí, ¡igual que la imagen de Montalvo!; ¡mi bisabuelo! Y no aquí en este cuerpo, ¡sino en mi alma!

—El chico preguntó finalmente—:

— ¿Por qué parte del país estaba usted entonces?

—Uy —gruñó André—. Era un pobre mortal enfermo. Era como la viruela. Te confieso, hijo, que me emborraché, forniqué, cometí cualquier pecado que de pronto me apeteciera. Me avergüenza confesártelo, pero así es. Cuando recuerdo esos días, está todo confuso en mi mente; fue terrible.

En Tinta Verde

André inclinó la cabeza y pegó la frente al mostrador. Durante unos segundos estuvo así, doblado, con la nuca nervuda cubierta de una pelambreira desordenada y las manos, con sus largos dedos retorcidos, palma contra palma, en actitud de rezar. Luego André se irguió; sonreía y de pronto su rostro fue una cara radiante.

—Pasó algún tiempo —dijo—. Y con él empezó mi investigación.

—La boca de Rubén se movió con una mueca pálida y rápida:

— ¡Vaya!, ninguno de nosotros se hace más joven —dijo—. Luego, con furia repentina. Hizo una pelota con el paño de secar que tenía en la mano y lo tiró con fuerza al suelo

— ¿Qué pasó? — preguntó el chico.

—La voz de André se volvió alta y clara—:

—Paz— contestó.

— ¿Eh?

—Es difícil explicarlo, hijo. Me figuro que la explicación lógica es que ella y yo nos habíamos perseguido tanto tiempo que al fin nos hicimos un lío, nos echamos atrás y lo dejamos. ¡Paz!

Un vacío extraño y hermoso. Era tiempo más frío en Ipiales y llovía todas las tardes. Yo me quedaba allí, en mi cama, echado en la oscuridad. Y así me vino la sabiduría.

La luz del nuevo día teñía de azul pálido las ventanas del Capri. Los Indios de Otavalo pagaron sus cervezas y abrieron la puerta; uno de ellos se peinó y sacudió su trenza antes de salir. Los obreros se encorvaron en silencio sobre sus desayunos. El reloj de Rubén sonó en la pared.

—Es esto. Escucha atentamente, Medité sobre el amor y saqué la conclusión. Me di cuenta de qué es lo que nos pasa. Los hombres nos enamoramos por primera vez. Y, ¿de qué nos enamoramos?

—Igual que le paso a Juan Montalvo. Aquí en esta tierra fría, es donde uno se enamora—.

En Tinta Verde

La tierna boca del niño estaba medio abierta y no contestó. André sacó sus escritos del atado que tenía sobre la mesa y leyó:

“Oscura está la tierra, oigo un tropel inmenso a la distancia; miro hacia abajo, y descubro un abismo imponderable. ¿Qué es? ¿Quiénes se encaminan hacia él? Vendados los ojos, mal seguro el paso, una desatinada muchedumbre se adelanta. Tras ella viene a saltos un fantasma gigantesco, y la empuja, y le grita desafortadamente a los oídos. Son un pueblo esclavo y su tirano: pueblo sin luz que rueda entre sombra, pueblo sin voz que corre mudo, pueblo sin voluntad que obedece aún para su destrucción. Si ese pueblo hubiera visto, huyera de la sima; si hubiera hablado, se entendieran para su defensa; si hubiera querido, se salvara: ni vio, ni habló, ni quiso; se perdió. —El Cosmopolita—”

—Así es uno se enamora de una mujer, o de un pueblo; o, quizá de la libertad —dijo André—. Sin sabiduría, sin nada para poder ir por ahí, emprender la experiencia más sagrada y peligrosa de este mundo. Se enamora de una mujer. ¿Es esto, no, hijo?

—Sí — dijo el chico despreocupadamente.

—Empiezan por el revés del amor. Empiezan por el punto crítico. ¿Te das cuenta de por qué es algo tan desgraciado? ¿Sabes cómo deberían querer los hombres?

André Sampedro estiro la mano y agarró al chico por el cuello de la chaqueta de cuero. Le sacudió suavemente y sus ojos oscuros miraron hacia abajo sin pestañear.

—Hijo, ¿sabes cómo debería empezarse el amor?

El chico seguía sentado, pequeño, callado, tranquilo. Poco a poco movió la cabeza. André se acercó más y murmuró:

—Un árbol. Una roca. Una nube, varias nubes, ¡Sí! ¡Y nubes verdes!

Todavía llovía afuera en la calle: una lluvia sin fin, suave y gris. La sirena de la fábrica de cerveza sonó para el turno de las seis, y los obreros pagaron y se fueron. En el “Capri” no quedaban más que Rubén, André Sampedro y el chico de los periódicos.

En Tinta Verde

—El tiempo estaba así en Ipiiales —dijo— en la época en que empezó mi investigación. Medité y empecé con precaución. Cogía cualquier cosa de lo que me contaba la gente en la calle y me la llevaba a casa. Compré un sinnúmero de libros de Juan Montalvo Fiallos y me concentré en él y lo amé. Pasaba gradualmente de una cosa a la otra. Día a día iba adquiriendo esa técnica. En el camino a Ipiiales sobre los pasos de Montalvo.

*“Ser cuerdo es más que ser sabio: cordura es prudencia, cordura es mansedumbre, cordura es benignidad. El hombre cuerdo se salva cada día y está salvando a sus semejantes. El precipitado, violento, furioso, se pierde, y sacrifica a los que tienen la desgracia de seguirle. Cosa muy diferente es la energía, la entereza de la convicción y el deber. *Mercurial eclesiástica”.*

—Ipiiales se despertaba todos los días un poquito para sorprendernos. No sé si desde la codicia o la avaricia, terminamos tirándonos en una tierra próspera para todos los tiradores. Ciudad de polvo, barro y frío, espacios habitados por la memoria que crea recuerdos olvidados, espejismos. Ipiiales, —continuo André— la frontera de razas mezcladas por el viento. Por ese ventarrón que todas las tardes se cuele por el zaguán que deja el Chiles y el Cumbal, esquivando casas y edificios, para rociar de aire puro la ciudad. frío que a mí también me unta los huesos, que camina a mi lado, produciéndome pensamientos que me sacan este Ipiiales que todos tenemos dentro; así no queramos, esta ciudad de mierda se quedó metida, agarrada en alguna retrechera entraña. Entre el Ecuador y los Andes encuentran en Ipiiales, haciendo de este pedazo de tierra un lugar engañosamente bello, unas montañas subidas con verde paciencia, una sábana angosta, vivimos en una ciudad capaz de enamorarse hasta de ella misma y al mismo tiempo de aniquilarse postrada en la codicia de unos pocos. Una ciudad de sexta categoría metida en la parte baja de un país categorizado a fuerza de política y yo nacido en una familia que descubre ahora mis raíces y que sabía que había que luchar para arañar algo de dignidad en medio de la miseria que nos acorrala siempre.

El Capri, la soledad de la Sexta, mis amigos poetas y escritores, mi única posibilidad de llorar y llorar sobre la leche derramada. Bajo los laureles, porque no hay nada que hacer, siempre seré culpable, no tiene sentido que me esfuerce por los que creen lo contrario, lo importante es saber. Ser culpable afecta, ¡no!, no comas cuento:

“No soy enemigo de individuos ni de clases sociales: donde está la corrupción, allí está mi enemigo; donde están reinando las tinieblas, allá me tiro sin miedo.

*Sed sabios, si es posible; pero antes de serlo, procurad ser cuerdos. No persigáis, no difaméis, no calumniéis, no nos expongáis a la furia del pueblo; y no os perseguiremos. Si somos cuerdos, tanto vosotros como nosotros, el día de los ochocientos, el negro día, no llegará. * Mercurial eclesiástica”*

— ¿Por qué te desgastas en explicar lo inexplicable? —Dijo levantando su cerveza—. Lo que seguramente te llevará a que choques la cabeza contra las paredes y a maldecir todo lo que piensas, sabes que siempre bajo ese estado tienes que bajar los ojos y con el rabo entre las patas decir lo siento, lo siento, lo siento. Estás jodido. Por eso dedícate a respirar hondo y a contar hasta diez, tragar saliva siempre es bueno porque te relaja, te pone en sintonía con tus propios sabores aunque éstos terminen sabiendo a las frustraciones que no te permitirán ser nadie, sólo que cuando lo descubras será demasiado tarde, en ese momento la justicia de la vida te dejará poco tiempo para celebrar tus hazañas.

En una ciudad como Ipiales, que es todo y es nada a la vez siempre aparecen los que saben pescar en río revuelto y aprovechan a los turistas incautos, que pasan por la frontera, para venderle sus viajes sin sentido. Allí estaba André Sampedro “Chapita” detrás de lo que nunca sabemos, en esa cacería impune que sólo deja una sensación de haber gastado muchas incertidumbres, rodeado de dudas detrás de su bocado.

— ¿Hasta cuándo putas voy a seguir así? —Refunfuño con rabia—. Hasta que mis amigos me digan matate pues, matate, deja de sufrir tanto, de quejarte, matate y yo les responderé que aún no soy tan valiente, que prefiero esperar a que otro me mate y se condene, que todos son unos conformistas, que deben hacer algo por no caer en esa caldera implacable de las vanidades. Pero qué va, estoy sólo son las divagaciones de un investigador, de un resentido sin sentido, de un escritor que abusa de la suela de sus zapatos y que aún cree que el destino le tiene grandes sorpresas.

André Sampedro, pasó por el café “Capri”, esquivo la nostalgia que luego lo alcanzaba justo frente al teatro “El Cid”, ese templo del séptimo arte ahora invadido por fervores cristianos

En Tinta Verde

que alaban a un Dios. Estaba en la Sexta, no en las calles que piso Montalvo. No, esta era ahora su zona con carros de perros calientes, sus estancos, la fila de taxis, los gamines y el ejército Mecanizado No. 3 Cabal.

—Cuando uno piensa que todo tiempo pasado fue mejor es porque ya se le vinieron los años encima, —le comenta al joven de los periódicos— el reloj de arena ya dio la vuelta entera, no hay nada que hacer, no queda sino el camino de regreso.

—Si —mete la cuchara Rubén— ya te llegaron los recuerdos

—Recuerdo que mi sueño era llegar a este Ipiales, ¡escribir tranquilo!, tomar cerveza y fumar cigarrillos Piel Roja. Ven muchacho —le dijo al joven de los periódicos— Acompáñame a caminar las huellas dejadas por Montalvo. ¡Vamos a caminar por las calles!

El muchacho por toda respuesta asintió con la cabeza, rascándose con su mano libre la oreja que se veía por entre el gorro. Y con la otra sujetando los últimos periódicos que le quedaban.

Llegaron hasta los bares de la calle diez, eran una transformación rara. Había que hacer una parada en la entrada para saludar a los mismos de siempre y a otros que con lo nuevo se dan a su comedia popular. Caminaron hasta un salón que se cortaba por unas escaleras que los llevaba a otro ambiente, toda esa afición por el diseño terminaba convirtiendo casas corrientes, casa de tapia, en salones de baile. El sitio era agradable pero con cierta nostalgia.

Por medio de empujones leves, pero efectivos, compro dos cervezas, y luego, por fin, llegaron al salón donde la música y el calor eran más fuertes. André bailo hasta que se hartó, — se recuesto a una pared— mirar al de la música, mientras pone, unas sobre otras, canciones que desde hace un tiempo para él se habían olvidado.

La música mueve al ritmo de las niñas aún de bachillerato, que se desplazan entre una masa de gente que baila con la cerveza en la mano. Ellas sienten que ése es su lugar, allí se creen grandes. Los siempre muchachos atentos esperando hacerse hoy el levante de sus vidas le caen a cuanta escoba con falda lo permita. Los infaltables rebeldes sin causa a los que no les gusta nada y están en todo; los peludos.

En Tinta Verde

—Ya pagué, así que a bailar —le dice al joven de los periódicos—

—Pero esa música no me gusta.

—Entonces ya nos vamos, tampoco es de mi gusto. Todo suena a casi lo mismo, quiero salir de nuevo para hablar con uno que otro conocido, esconderme de la depresión que me produce sentir una ciudad sin sentido, donde los recuerdos se me confunden con las frases dilapidantes de Montalvo, esas que aún resuenan en mi cabeza, y que las escribiera en La Bodeguita de Yaguachi, por allá en un 26 de Septiembre de 1860 y dirigidas al Doctor Gabriel García Moreno.

“No se alegue nuestra indigencia; que el valor y el honor en todos tiempos fueron recursos poderosos. ¿Y qué sería de la vida misma entre el miedo de los unos y la vergüenza de los otros? Ni son grandes enemigos los que tuviéramos que combatir, y nunca faltan medios de acometer y sostener al que antepone su consideración a su existencia. Ud, debe sentirlo y conocerlo, Ud., señor más bien que cualquier otro”.

Te das cuenta muchacho —se dirige al vendedor de periódicos— el futuro presente, se agrupa haciendo gala de no sé qué cosas, en un bar donde hay que pedir permiso para no ir a pasar sobre ningún ego. No sé si se llame pérdida del sentido común pero creo que hay una generación que, sin la desvencijada utopía habita aún esa remota posibilidad de ser, no de la imitación ramplona, me refiero al deseo de identificarse con alguien que te acompañe en la multiplicidad de necesidades de sentir.

El día paso con sus horas colgadas del viento frío y de las ramas de los árboles, que golpeaban a la noche. Siendo más de la una del nuevo día y habiendo consumido muchas cervezas y algo de licor. El último sorbo de cerveza, no estorbar más y salir como pueda entre la gente sabiendo que no regresara. Sabe que no hará falta, pero también sabe que en Ipiales se encuentra cada vez más atolondrado y que seguramente ese bar, es uno de los culpables.

La soledad es dura mientras todo el mundo choca con André en su mente, siente que por momentos necesita un milagro, que pase algo que reviente las cadenas de la cotidianidad para no terminar explorando miserias en terrenos desconocidos, peligrosos y existentes; pero esto no

En Tinta Verde

pasa de ser un mero pensamiento frustrante que se agravaba mientras la noche no paraba de estirarse.

—Estoy prendo, sé que si sigo tomando terminaré cagándola como siempre, pero aún no quiero parar, esta es la última “perra”, mi última borrachera en el sur, además no tengo casi plata y me está entrado como en reversa, una más, y una más, ¿sí o qué?.

El amor se fija en la mirada de dos cuerpos que no se dicen nada. La angustia, el sin sabor y la nostalgia bailan con pasos que hacen doler las vértebras. Movimientos bruscos, tragos amargos, sentimientos casi nostálgicos. Sabe André que el tiempo de las despedidas siempre es corto. Se inquieta y con la ayuda del joven de los periódicos, repasa lo escrito en su libro; al azar toma unas hojas:

“Debería correr hacia un abismo y olvidar en cada paso a cada uno de mis amores; podría abusar de mi suerte o desesperarme, tirando de mis cabellos, como lo hizo Juan Montalvo. O mejor, tratar de esperar esos milagros de los que muchos hablan, intentar que se materialicen en un cuerpo que oprime cada día más el alma; pero sé que la resistencia cargada de nostalgia cambia sustancialmente las posibilidades de mi necesario intercambio”.

“Ya en mi retirada. Regresa a mi mente esa mujer por la que lloro; Yolima. Un día sentimos que besos complementados con una que otra caricia sabían mejor, así que desde esos días buscábamos lugares oscuros, esquinitas para encontrar una firme pared, prolongar los espasmos producidos por el largo beso y por los movimientos cuidadosos de mis manos sobre su cuerpo de princesa. Primero la apretaba muy fuerte. Luego, desde su espalda, emprendía un descenso lento, siempre atento a sus reacciones; por sus nalgas que eran la gloria, la tocaba despacio y luego duro, sin pegarla mucho a mi cuerpo porque me daba mucha pena que no fuera correspondido. Desde allí mi vida tomó definitivamente otro curso, otra dimensión sublime que trascendía a los estándares más finos del deseo, me sentía un cosmopolita, mejor que en los escritos de Montalvo”.

“Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos a fuerza de callar por fuerza...”

— ¿Entiendes muchacho?

—Sí, creo que sí — titubeo el joven, agarrando con fuerza el brazo de André, para que no cayera al suelo — he aprendido mucho, en estas horas con usted.

—Pues bien —continuó André—. Se refería, con esta explicación, a la imposibilidad de publicar, durante el régimen de García Moreno, periódico alguno de combate, de análisis o de polémica políticos. Ahora que el despótico gobernante había dejado el poder, se estaba en condiciones de discutirle. Unas semanas antes, —por cierto—, del apareamiento de “El Cosmopolita”, ya le había discutido, adelantándose a todos, don Julio Zaldumbide, en su folleto “El Congreso, D. 'Gabriel García Moreno y la República”, que los amigos y partidarios del ex - Presidente calificaron de inoportuno y cobarde, ya que, siendo su trabajo de oposición y de ataque a Gabriel García Moreno, solamente había venido a publicarse durante otro Gobierno, cuando precisamente ya tenía el país me refiero al Ecuador —aclaro André— otros problemas, otros hombres y otros errores gravísimos que combatir y rectificar.

Naturalmente, en “El Cosmopolita” había la debida referencia al folleto de don Julio Zaldumbide y a estos ataques —no justos, según Montalvo—; pues que el influjo de García Moreno no había terminado, aparte de que, aun sin ser Presidente, ese hombre seguía siendo temible, por su energía personal y brutal violencia en la discusión con los adversarios, reafirmo con elocuente salto las palabras dichas, —y continuo—.

Era Presidente del Ecuador, en efecto, para ese tiempo, don Jerónimo Carrión. A pesar del influjo de García Moreno, es verdad que el Gobierno de este ciudadano no se parecía en nada al de su antecesor. Mal manejo de los fondos públicos; inexperiencia o ignorancia en las cuestiones administrativas y un nepotismo agudo, hasta el punto de que el Ministro de Gobierno era nada menos que el yerno del Presidente.

— ¿Te das cuenta que en eso no ha cambiado mucho? —Le interrogo al muchacho—. Este por toda respuesta movió su cabeza.

En Tinta Verde

—Las críticas de “El Cosmopolita” —continuó André— no convergieron ni se concretaron, con todo, a estos problemas del momento. Se referían, de un modo muy generalizado, a la tiranía de García Moreno, se hacía, pues, casi simple historia, no polémica.

—Te das cuenta muchacho, como si soy un cosmopolita. Ya que desde otros aspectos, “El Cosmopolita” produjo una convulsión entre la juventud intelectual del Ecuador y de América. Algunos se sintieron envidiosos y agresivos; otros, en mayoría, elogiaron la publicación magnífica, por la lectura variada — viajes, poesía, crítica, divagación política, y por la nobleza y elevación del pensamiento—.

Caminaron por las calles vacías, con un frío insoportable, se pararon en los andenes, se tomaron los descansos que quisieron, junto al General Santander, en el parque, frente al cuartel del Ejército Nacional. Bajaron por la quinta y se chocaron con “la Pola”, con su mano extendida, con su grito de libertad mudo y echo estatua y volvieron al “Capri”, el día había cambiado, la noche anduvo errante junto a ellos y una nueva madrugada los recibía, en el mismo sitio, donde comenzó su fin.

—Te cuento muchacho, —le reafirmo André—. Un día, seguro por efecto de los vinos, ella tomó mi mano y en un diálogo de nuestras lenguas, allí sentí el amor, las tales mariposas en el estómago acompañadas de angustia, de anhelos. Entré en ese raro estado que hace que la sangre corra más rápido cambiando nuestra perspectiva del mundo. Cuando me concentraba en sus ojos veía por vez primera el universo. Por eso en las tardes nos encontrábamos en mi apartamento para las exploraciones de ese nuevo territorio que creaba la unión de los cuerpos. Ávido de aventuras para probar, probarnos y aprobar todo lo dicho. Pero mi media naranja, la madre de mis hijos, la heredera de mi futura fortuna, la mujer detrás de todo gran hombre, tocó a mi apartamento un tarde de un lunes gris. Llegó con la maleta y con una carta. Me la dio, se puso a llorar y bajó las gradas.

En pocas palabras, lo que decía era que me quería muchísimo, que ella no me merecía, que no me quería hacer más daño y que lo mejor era que nos dejáramos.

Festejo mis fracasos, ¿qué más podría hacer frente a una vida perdida en medio de ilusiones vanas? Culpables sin rostro danzan frente a mi retrato. Ayer transcribí con sudores un

En Tinta Verde

camino que delimitaba la angustia de mi amor y la realidad de esta tierra, a la que vine en busca de quien soy, de mi pasado, o de lo que quede de mí.

¿Cómo así que nos dejáramos? Eso quería decir que no estuviéramos juntos, pero no lo creía de ella, mi Yolima de los Naranjos, no podía hacerme esto, pero, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? Y no me llamó de nuevo ni me pasaba al teléfono. Yo me tiraba la tarde en el parque detrás de su casa hasta que un día la vi besarse, como me besaba a mí, con un hombre todo bien arregladito. Los seguí, iban de la mano y se subieron a un vehículo. ¡Era su ex-jefe! ¡El señor Cardona!

Quería matar por primera vez en la vida a un hombre. Me fui a mi casa. Me senté en la mesa del comedor y de un sólo lapo le escribí treinta y siete poemas, los firmé con mis lágrimas y se los dejé debajo de la puerta de su casa. Nunca pensé que mi vida de escritor terminara con semejante despecho. Descubrí el poder de la palabra — *“mi pluma lo mato”* —, es la frase con la cual Juan Montalvo sancionó el asesinato de García Moreno:

“Mi pluma lo mató”. Hasta dónde puede llegar el poder de la pluma y de su mejor producto: la palabra; de juntar letras para exorcizar la vida y vea pues los avances que esos treinta y siete poemas han logrado.

André se apoya en la rugosa pared, el joven de los periódicos, cuida su sueño de a ratos.

—Cuando de pie se duerme unos instantes—.

Esta de paseo por el terreno de las conjeturas, al lado de esas preguntas pequeñas que separan las ganas de la decepción. Sabe que debe decidir qué sentir y no alcanza a ver hasta donde muere el deseo.

Caminaron llegando a una sala llena de desconciertos desde donde se veían un grupo de hombres plagados de culpa, al verlos grito.

—hoy renuncio a la demencia y tomo posturas claras frente al sueño, maldigo a la memoria.

Tomaron el sendero corto de los placeres, saltando pegados a las paredes untándose de noche y silencio. En el último salón, dos latas de cerveza, cinco o siete cigarrillos y la garganta

En Tinta Verde

llena de propuestas para una mujer de pasos distantes, de ardientes razones y de planes utópicos que habían encontrado junto a la puerta que nunca se cierra. Hasta que volvieron “Al Capri”.

— ¡Oh, llegaron los perdidos! —Aulló Rubén al verlos entrar empapados de amanecer—.

— ¡Calla, calla!

André seguía agarrando a la chaqueta del muchacho; temblaba y su rostro estaba muy serio, iluminado, salvaje.

—Ya ha pasado el tiempo por el que voy por ahí solo haciéndome mi saber. Y ahora soy un maestro, hijo. Puedo amarlo todo. No tengo ya ni que pensar en ello. Veo una calle llena de gente y una luz hermosa dentro de mí. Miro a un pájaro en el cielo o me encuentro con un viajero en el camino. Cualquiera cosa, hijo, o cualquier persona. ¡Todos desconocidos y todos amados! ¿Te das cuenta de lo que puede significar una investigación como la mía?

El muchacho se sostenía, tieso con las manos curvadas agarrando fuertemente el borde del mostrador. Al fin, afirmo.

— ¡Y no encontramos a aquella señora!

— ¿Qué? ¿Qué dices, hijo?

—Digo —hablo tímidamente el chico—, no hemos encontrado a esa mujer. Solo ha disertado de su pasado, de sus parientes; su bisabuelo ¡Juan Montalvo! y, ha descubierto conmigo el anochecer y el amanecer de una ciudad de frío.

André aflojó las manos de la chaqueta del muchacho. Se volvió y por primera vez asomó a sus ojos negros una mirada vaga y dispersa. Levantó el jarro del mostrador y bebió la cerveza dorada. Movía la cabeza despacio, de un lado a otro. Por fin, contestó:

—No hijo. Fíjate, ése es el último paso en mi investigación de escritor. Voy con cuidado. Todavía no estoy preparado del todo.

—Bueno. —dijo Rubén—, bueno, bueno.

—André estaba de pie junto a la mesa de la puerta abierta—.

En Tinta Verde

—Acuérdate —dijo—. (Allí, en medio de la húmeda luz gris de la madrugada parecía encogido, y frágil. Pero su sonrisa era luminosa). Acuérdate que hoy aprendí mucho de ti. — Lo dijo, sacudiendo la cabeza por última vez. Y la puerta se cerró sin ruido detrás de él.

El muchacho no habló durante un buen rato. Se alisó el pelo sobre la frente, y pasó su dedito mugriento por el borde de una taza vacía. Después, sin mirar a Rubén, afirmó.

—Estaba borracho.

—No creo— dijo Rubén brevemente.

—El jovencito levantó aún más su voz clara—:

—Entonces, sí que está loco.

—No.

El muchachito miró a Rubén, con una carita fea desesperada y su voz chillona y urgente:

— ¿Está loco, pues? ¿Crees que está chiflado? —La voz del chico de los periódicos bajó de pronto con una duda—: ¿Eh, Rubén? ¿O no?

André, dejó la cerveza en la mesa y tomando su gajo de papeles, se dio su tiempo con delicadeza y parsimonia para desatar la cabuya; un gajo de hojas aparecieron y él escogiendo las últimas leyó en voz alta:

“En los días siguientes los síntomas de su enfermedad fueron empeorando y Montalvo cayó prácticamente en la indigencia. Durante ese largo tiempo de padecimientos frecuentemente le visitaron Agustín L. Yerovi y Clemente Ballén. Los médicos que habían atendido a Juan Montalvo los primeros días de su enfermedad no se dieron cuenta que la neumonía inicial que lo aquejaba se había convertido en un derrame pleural, como determinó el médico León Labbeé, quien lo sometió a un tratamiento que, aunque lo mejoró durante un tiempo, no pudo detener sus cada vez más intensos padecimientos. Cuando Labbeé se dio cuenta, tras un nuevo examen del líquido pleural, de que se había presentado un

peligroso foco de supuración, indicó la conveniencia de practicar una operación inmediata, difícil, a la que Montalvo aceptó someterse”.

—Cuando llegó el día de la operación, —continuo— en el momento de decir si concedía su permiso para la anestesia, para sorpresa de todos contestó diciendo: *“En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos. No tema, doctor, que me mueva. Operará usted como si su cuchilla no produjera dolor”.* Los detalles testimoniales del doctor Agustín Yerovi, sobre este hecho, son los que siguen:

—La operación que sufrió Montalvo, horroriza. — hizo un gesto de disgusto y continuo— Consistió en levantar dos costillas de la región dorsal, después de cortar en una extensión de un decímetro, las partes blandas de esa región; dar la mayor dilatación a la herida, mediante pinzas que recogen carnes sangrientas, y luego colocar algo como una bomba, que tiene el doble objeto de aspirar los productos del foco purulento, e inyectar líquidos antisépticos; es decir: algo como fuego. —Todo esto duró cosa de una hora—; mientras tanto, el enfermo no había exhalado una queja, ni contraído un músculo. La actitud serena y hasta majestuosa, interesó a los médicos, practicantes y espectadores. Uno de ellos exclamó: —ese hombre es un carácter—.

Montalvo también fue sometido a una operación de apostemas en la garganta. Al terminar el largo proceso operatorio, el cirujano advirtió que había evidencia de que el foco infeccioso había invadido otros puntos del organismo, y que no había otra opción que dejar abierta la herida para ir drenando periódicamente el líquido purulento. Esa herida quedó abierta hasta su muerte. Montalvo comprendió que su fin se aproximaba y pidió ser conducido a su casa de la rue Cardinet No. 26 donde dijo: *“Solo siento que toda mi vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía como no la he hecho en mi juventud”* Leopoldo García Ramón, quien confesó que iba a acompañarlo semanalmente mientras estuvo postrado, relató lo siguiente:

“Cuando a mi regreso de España, en septiembre del año pasado (1888), fui a visitarle, se me oprimió dolorosamente el corazón al comprobar los progresos de la terrible neumonía purulenta que le consumía. Le consideré perdido. Llevaba en el costado una herida que a propósito mantenían abierta los médicos; habían practicado en su garganta una operación difícil y dolorosa; muy a pesar de todo, ¡qué limpieza la de su ropa interior! ¡Con qué afán arreglaba los puños de la

camisa de dormir para ocultar sus pobres muñecas! ¡Cuánto agradeció a mi mujer que consintiese verle así, sin afeitarse, despeinado, hecho una ruina! Luchaba con rabia contra la enfermedad: no quería morir”.

—La condición de Montalvo cada vez era peor, —prosiguió— y el 15 de enero de 1889 hizo aproximar al doctor Agustín L. Yerovi para manifestarle sus últimos deseos (entre ellos el ser enterrado en París); el 16 de enero comenzó a agonizar, el 17 de enero pidió a su ama de llaves que lo vistiera con su traje negro y con frac y le pidió que tratara de comprar un puñado de claveles para su féretro. Fueron sus últimas palabras.

La colonia ecuatoriana costeó sus funerales que fueron solemnes y en la iglesia de San Francisco de Sales. Durante el régimen liberal se repatriaron sus restos embalsamados a Guayaquil, y el 12 de julio de 1889 fueron enterrados en el cementerio de la ciudad, donde permaneció hasta el 10 de abril de 1932. Al día siguiente de su exhumación se trasladaron a Ambato, a donde llegaron el 12, para reposar desde entonces en su mausoleo. En 1895 se publicó de manera póstuma en Francia Capítulos que se le olvidaron a Cervantes; y en 1902, Geometría Moral.

André Sampedro, cerro sus ojos, y como si volviera a una realidad de la cual venía huyendo, apretó contra su pecho los papeles de su historia, sabía que eran los de su vida, la parte que siempre le había faltado, por la que había venido a Ipiales, en busca de lo nunca perdido; así haya encontrado, jugado y perdido el amor de una mujer, ahora lo entendía y sabía que nunca más volvería a ser el mismo. Esperaba algún comentario de quienes lo miraban.

Pero ni Rubén ni nadie le refutaron absolutamente nada, se limitaron a escuchar su disertación, con asombro.

Rubén hacía tantos años que tenía su café “Capri” y se consideraba experto en locuras. Estaban los tipos de la ciudad y también los ecuatorianos que llegaban como si vinieran del fondo de la noche. Conocía las manías de todos. Pero no quiso satisfacer la curiosidad del niño. Contrajo su cara pálida y siguió callado.

En Tinta Verde

Así, el muchacho de los periódicos se bajó la orejera derecha del gorro y, volviéndose para marcharse, hizo el único comentario que le parecía seguro, la única observación que no podía ser reída ni despreciada.

—Desde luego que debe ser un loco, el hombre que ha escrito demasiado y ha visto el cielo y ha descendido a los infiernos sabrá entonces que no pertenece a la geografía del espacio, ¡una vez hayas probado el vuelo siempre caminarás por la Tierra!, —con la vista mirando al cielo—. Arriba junto a las nubes todo lo escribiré, ¡con tinta verde!

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Entre las principales conclusiones y recomendaciones de este proceso de investigación-creación, se encuentran las siguientes:

La novela “En Tinta Verde” sobre la vida de Juan Montalvo en la Ciudad de Ipiales, asunto elegido de este estudio, muestran diferencias sustanciales, no sólo por el tema tratado sino, sobre todo, en lo que se refiere a la forma y al fondo de la misma.

Diferencias en la estructuración interna de la novela, las acciones conforman la historia a través de diversas líneas narrativas, dando lugar al argumento, que resulta bastante sencillo. No lo hacen en lo que se refiere a su estructura externa. La novela pertenece al género narrativo y está formada por 20 capítulos. El narrador se trata mayoritariamente en tercera persona omnisciente que vive todos los sucesos; pasado, presente, y futuro. Es un narrador que conoce psicológicamente y sabe analizar interiormente los sentimientos, vivencias e inquietudes de todos los personajes.

En cuanto a la investigación sobre uno de los grandes humanistas del S.XIX se erige Juan Montalvo (1832-1889), en cuyo espíritu se acrisolaron con especial magnetismo los ideales ilustrados con la tormenta y la furia románticas. En un lugar de los Andes, al pie de un volcán¹⁵, nace Juan Montalvo con el objetivo de salir de Ambato para conquistar el mundo con su pluma¹⁶.

En lo referente al tiempo, el siglo XIX, una época tan rica y tan compleja histórica y artísticamente, tiene en Hispanoamérica un singular escenario, ya que en este momento comienza a forjarse la identidad americana tras las sucesivas emancipaciones de las nacientes Ciudades. Es una coyuntura muy especial donde los americanos se descubren a sí mismos. Por esto mismo

¹⁵ Dentro de la interpretación romántica algunos biógrafos han vinculado la fuerza del volcán ardiente con el propio espíritu incendiario y polémico de Montalvo. Esto nos recuerda a otras grandes figuras americanas como Sor Juana Inés de la Cruz, de quién Amado Nervo también dijo que su alma barroca era “de fuego y hielo”, por nacer en un valle que separaba las nieves eternas de una montaña y el fuego de un volcán (Nervo 1928), (Arciniegas 1961-II: 41).

¹⁶ En muchas de sus líneas podemos rastrear una intencionalidad política, movilizadora, “le obsiona la energética de la palabra, su eficiencia” (Díaz-Plaja 1966: 304).

En Tinta Verde

resulta muy significativo el hecho de que autores como Montalvo, anticipándose a Rodó¹⁷, traigan a Hispanoamérica lo más egregio de la vieja Europa. Montalvo se instituye así como una suerte de guía para el pueblo a través de sus obras. De la mano de Juan Montalvo su escritura tiene una nueva epifanía en América, una nueva manifestación, ya que renace renovada de la pluma de este escritor.

Desde el plano del discurso narrativo la novela muestra una marcada tendencia al creacionismo, no sólo expresada en las imágenes con que se da cuenta de la realidad, sino en lo que respecta a la historicidad.

Estos recursos implican una ruptura con las convenciones narrativas, rompiendo los límites que separan el tiempo y el espacio de lo narrado con el tiempo y el espacio desde los que se efectúa la narración.

La novela al creacionismo no conoce límites, el narrador puede participar activamente en los acontecimientos. A lo largo de la historia se ha desarrollado un debate bastante arduo sobre la dificultad para sostener la distinción entre el relato histórico y el relato de ficción, basado en el criterio de que relatan, respectivamente, acontecimientos reales o imaginarios. Se podría decir que esta discusión comienza con Aristóteles, quien afirmaba que “la literatura se ha considerado como ficción y la historia se ha definido en relación con los hechos reales”, ya que la diferencia radica en que uno narra lo que ha ocurrido y el otro lo que ha podido ocurrir. Por ello la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía canta más bien lo universal, y en cambio la historia lo particular” (Aristóteles, 249).

A partir de esta tradicional concepción se afirmó que la prosa no ficcional, como la historia, la autobiografía o el ensayo, no era literatura; sin embargo, es Aristóteles quien también deja entrever la esencia realista de la literatura y el matiz creador de la historia al resaltar que “si [el poeta] en algún caso trata cosas sucedidas, no es menos poeta; pues nada impide que algunos sucesos sean tales que se ajusten a lo verosímil y a lo posible, que es el sentido en que los trata el poeta” (Aristóteles, 250); de esa forma, Aristóteles deja entrever la estrecha relación entre la poesía y el relato de los hechos reales.

¹⁷ Recordemos que José Enrique Rodó con su *Ariel* (1900) pretendía instaurar el espíritu helénico en la juventud de América. Vid. Rodó 1967: 206.

En Tinta Verde

En general, se podría decir que toda novela es histórica, puesto que, en cierta forma, cada una de ellas se presenta como un reflejo del contexto social que rodea a sus personajes. Sin embargo, cuando se habla de la novela histórica la relación es aún más evidente. Esta iniciativa ha llegado a retomar lo planteado por la historia y re-escribirlo para reflexionar sobre ese pasado en relación con el presente.

Por este motivo, “En Tinta Verde” es un texto, en el que se alterna con la historia; para cotidianizar a su personaje se echa mano de su mejor sentido para disipar la frialdad colonial que aún subsiste en la época que, por supuesto, aparece en unos capítulos muy concretos.

La historia novelada de Juan Montalvo y la historia real del protagonista (no sólo se repiten nominalmente) se autodestruyen en el mismo acto de repetición, en la medida que los dos personajes, llegan en busca de su destino.

En suma, “En Tinta Verde” es una novela con un gran contenido social que refleja la situación que rodeaba al escritor Juan Montalvo y a su intensa actividad en aquella época.

No obstante, en algún supuesto también transgrede limitaciones y hace constar que existe una realidad detrás de la estampa onírica que se escribe. En definitiva, en la novela se consigue con Juan Montalvo transmitir una sensación de incertidumbre sobre los límites de lo real y lo onírico, de la vigilia y el sueño del protagonista.

En síntesis, se puede afirmar que la historia se entiende como el resultado de un proceso sistemático y riguroso de indagación sobre los hechos del pasado. Este proceso de indagación está orientado por una metodología que pretende dotar de científicidad a la labor investigadora. El resultado de este proceso es un texto cuya pretensión de verdad se soporta en el rigor y el método seguidos en la indagación.

Por otra parte, se puede concluir que la novela histórica, se propone mostrar la fragilidad de los límites entre la historia y la ficción, cuya inestabilidad se evidenciaba desde los paradigmas escriturales del Romanticismo¹⁸. Pero, además, parecería que, más allá de una mera propuesta estética, estas nuevas formas de releer episodios del pasado quieren poner en marcha, como

¹⁸ Período cultural y artístico que tuvo lugar en Europa y América durante el siglo xix y durante el cual se desarrolló este movimiento cultural.

En Tinta Verde

propone María Cristina Pons¹⁹, la idea de que estas revisiones del pasado o lecturas críticas del mismo, de ningún modo deben ser leídas como una simple construcción discursiva ni como un mero objeto estético o de consumo. Estas lecturas proporcionan una nueva perspectiva para mirar y reflexionar sobre el pasado, desde un presente postmoderno.

¹⁹ Pons, María Cristina (1996). *Memorias del Olvido: Del Paso, Garcia Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo. xx México: siglo XXI.*

PALABRAS FINALES

Ante todo, diré que cada uno de los libros y escritos de su obra rica en lectura. No sólo por aquello de disfrutar lo que uno lee, sino también por las preguntas y problemas que arroja, más allá de la figura de Montalvo incluso. En ella se patentizan algunos problemas clave de nuestra historia y cultura: la relación de nuestra literatura local con lo universal; el eterno dilema de cómo asimilar la novedad del pensamiento externo; la relación entre culturas diversas frente a un proyecto de modernidad homogeneizador; la construcción de la civilización, la nación, una identidad común.

Montalvo nos lleva a repensar estos problemas no sólo como una preocupación de su obra o su época, sino también y sobre todo, de nuestra vida social ahora. Si sus respuestas fueron en buen grado europeizantes y abstractas, eso no invalida la vigencia de tales interrogaciones.

Siendo honesto, son más las preguntas que las respuestas que me quedan. Y ello, porque mi intención más que horadar la montaña ha sido abrir la brecha. ¿Hacia qué?, lo he dicho: hacia nuevas preguntas que interroguen la vida de Juan Montalvo y la etnoliteratura.

Creo en la necesidad de “repensar” las tradiciones lectoras de nosotros como escritores y ello, para no hacer de nosotros lo que quisiéramos querido ser.

Montalvo es un ejemplo claro de esto. Quienes lo entienden no como escritor sino como hombre, santifican así mismo la imposibilidad de entenderlo como otro.

En la novela “En Tinta Verde repensarlo como “hombre”, para ver si esta interpretación además de simplificar su obra, simplifica también la etnoliteratura como parte de nuestro propio pensamiento y nuestro tiempo.

Miguel Alfredo Oviedo Risueño

San Juan de Pasto

2015

ANEXO 1

Vamos a efectuar un breve recorrido por la ruta de vida de Juan Montalvo, destacando aquellos acontecimientos más llamativos de cada periodo de su vida. Para este trabajo se ha seguido la cronología fotográfica de esta investigación, a la que se ha ido agregando material de video e información entresacada de los viajes a Ipiales (Colombia) y Ambato (Ecuador) que se han manejado para la confección de esta tesis.

*Adjuntos CDs con este material. Fotográfico y de video.

Entrevistas:

Profesor Henry Manrique: Escritor e Investigador (Ipiales)

Maestro Julio Cesar Chamorro: Director Casa Montalvo Núcleo de Ipiales

Doctora Cecilia Valdés: Directora Casa Montalvo (Ambato – Ecuador)

BIBLIOGRAFÍA

Aínsa, Fernando. (Enero-Marzo, 1996). "Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico". *Casa de las Américas*, 1 (202), 9-18.

Aristóteles. (1974). *Poética*. Madrid: Gredos.

Burke, P. (Ed.). (1999). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Universidad.

Las Catilinarias, Minerva, Ambato. 1981 edición Clásicos Ambateños. Tomo Primero

Las Catilinarias, Minerva, Ambato. 1981 edición Clásicos Ambateños. Tomo Segundo

Lara, A. Darío (1981). *Juan Montalvo en París, Tomo I*. Quito: Subsecretaría de cultura I. Municipio de Ambato.

Montalvo, Juan, 1948 *Obras Escogidas*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito. 1970 *Los Siete Tratados*, tomo 1, Casa de Montalvo, Ambato. 1977 *Las Catilinarias y otros textos*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho. Mercurial Eclesiástica.

Naranjo, Plutarco (1966). *Los escritos de Juan Montalvo*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Pérez, Galo (2003). *Remembranzas de la vida y obra de Juan Montalvo*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana. ISBN 9978-92-249-0.

_____ René, 1990 *Un escritor entre la gloria y las borrascas*. Vida de Juan Montalvo,

En Tinta Verde

- Biblioteca de la Revista Cultura, No. VI, Banco Central del Ecuador, Quito.
- Roig, Arturo Andrés (1995; 2ª Edición). *El pensamiento social de Juan Montalvo. Sus lecciones al pueblo*. Quito: Corporación editora nacional.
- _____. (1995; 2ª Edición). *El pensamiento social de Juan Montalvo. Sus lecciones al pueblo*. Quito: Corporación editora nacional.
- Sacoto, Antonio (1973). *Juan Montalvo: el Escritor y el Estilista*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Salamea, Antonio Sacoto, 1987 *Juan Montalvo: el escritor y el estilista*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca.
- Ureña, Pedro Henríquez, 1994 *las corrientes literarias en la América Hispánica*, Fondo de Cultura Económica, Santafé de Bogotá.
- Varios (1988). *Coloquio internacional sobre Juan Montalvo*. Quito: Fundación Friedrich Naumann.
- Varios (2002). *Enciclopedia del Ecuador*. Barcelona: Océano. ISBN 84-494-1448-2.
- (2003). *Reescribir el pasado. Historia y ficción en América Latina*. Mérida: Litorama.
- White, Hayden. (1985). *Tropics of Discourse: essays in cultural criticism*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

CIBERGRAFIA

Wikisource en español contiene obras originales de Juan Montalvo.

Wikimedia Commons alberga contenido multimedia sobre Juan Montalvo.

El ensayo "Ojeada sobre América" tomado de El Cosmopolita

El ensayo "Los Indios" tomado de El Espectador

Roberto Andrade: Montalvo y García Moreno

Lascano, Mario: Juan Montalvo y su época

Pérez, Rodolfo. «Juan Montalvo Fiallos». www.diccionariobiograficoecuador.com. Consultado el 7 de agosto de 2007.

<http://www.elcomercio.com/blogs/la-silla-vacia/vida-desconocida-juan-montalvo-faustosegovia.html>

<http://juanmontalvo-elcosmopolita.blogspot.com.co/2012/02/biografia.html>